



**CUENTOS  
SALVAJES  
PARA  
NERDS**



**POLEN**  
LEER LA CIENCIA



**CUENTOS  
SALVAJES  
PARA  
NERDS**

**POLEN**  
LEER LA CIENCIA



# CUENTOS SALVAJES PARA NERDS

**POLEN**  
LEER LA CIENCIA



© Colciencias, 2019

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2019  
Calle 73 N° 7-60, Bogotá, D. C.

Diseño y diagramación: Juan Galvis

Primera edición: octubre de 2019

Coordinación editorial: Natalia Montes  
de Oca Jaimes

ISBN : 978-958-42-7854-8

---

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

## JURADOS DEL CONCURSO

### **Presidente**

Leo Felipe Campos

### **Mesa Principal**

Tania Delgado

Natalia Suárez

Paula Marulanda

Cristiam Camilo Muñoz

### **Jurados**

Christopher Tibble

Ángela Correa

David Rubio

Mónica Arana

Isaías Romero

Maritza Arango

David Ríos

María Estefany Barrera

Miguel Ángel Ramírez

Santiago Díaz

Luisa Aranda

Jhon Fredy Guecha

Esteban Parra

Santiago Gómez

## **LEER LA CIENCIA**

Prólogo de Natalia Suárez

Decía el genial Carl Sagan que no explicar la ciencia es perverso, que es necesario para el enamorado contarle al mundo las bondades del ser amado y desearle a todos que les pase, en la vida, un amor como ese.

Hemos iniciado esta aventura de comunicar la ciencia no como un montón de conocimientos, sino como un lugar desde el cual reconocer, reflexionar y representar la realidad que habitamos. En este viaje, la fantasía y la ficción son las aguas que nos mueven hacia el destino que trazamos cuando nos propusimos publicar este ejemplar que ahora sostiene.

Desde la época en que Mary Shelley escribió su famosa obra Frankenstein o el moderno Prometeo, que es considerada la primera producción literaria del género ciencia ficción, aparece la posibilidad de inventar nuevos mundos y situaciones tan complejas y fascinantes como lo permita el ingenio de quien está creando realidades en su imaginación.

Una tarde, de un buen mes de enero, dándole vueltas a las ideas que existen sobre lo que significa ser científico y hacer investigación, y pensando maneras para asumir el enorme desafío que tenemos de sacar la ciencia del laboratorio, quitarle la bata y la probeta y contarla en todas sus formas, colores, dimensiones y expresiones, decidimos que muchas mentes piensan más y mejor que algunas pocas, y así fue como desde la estrategia Todo Es Ciencia, de Colciencias, resolvimos junto al grupo Planeta, hacer una invitación abierta a entusiastas, escritores y no escritores para que construyeran relatos echando mano de las herramientas que ofrece la ciencia ficción.

El propósito principal de este experimento es motivar nuevos modelos aspiracionales, es decir, empujar en la dirección que nos proponen las ciencias, y no solo ingenierías, las físicas o las matemáticas, sino todas las

ciencias para pensar en una dimensión crítica y no tragar entero: un llamado para despertar la curiosidad, el análisis y la crítica de todo lo que creemos saber.

Así fue como nos embarcamos en viajes en el tiempo, conocimos de seres mutantes, compadecemos androides que no pueden matar, deseamos que existieran máquinas que ayudan a olvidar, y hasta quedamos atrapados en un apartamento donde se rompieron las leyes de la naturaleza. Esas y otras imposibilidades son el resultado de un esfuerzo compartido por comprender nuestro lugar en una inmensidad de años luz y en el paso de las eras, como se expresa casi poéticamente en el libro *El mundo y sus demonios*; y que inevitablemente nos conduce a una danza maravillosa entre belleza y humildad al reconocernos como seres finitos que pretenden entender el mundo en el que moran: cómo funciona y por que a través de nuestra ciencia, primitiva e infantil —tal y como concluiría Einstein—, que paradójicamente es el bien máspreciado que tenemos como especie.

**Natalia Suárez**

Líder Todo es Ciencia - Colciencias



# CIENCIA (Y) FICCIÓN

Prólogo por Leo Felipe Campos

Más que un libro de alto vuelo literario y amplia calidad narrativa, tienes en tus manos un conjunto de relatos que nacieron con las mejores pretensiones: construir, al menos desde la imaginación, un mundo mejor.

Entre los cientos de colombianos que se animaron a participar en este Primer Concurso de Escritura de Ciencia Ficción en torno a temas de ciencia, organizado por Colciencias y el Grupo Planeta, hubo adolescentes, estudiantes universitarios, amantes de las matemáticas, la física, la química y la biología, profesores curiosos y atrevidos, y también aficionados a las artes y la escritura. El lenguaje, sus personajes e historias, al igual que ellos, respiran no solo un alegre descaro sino buenos deseos en su universo heterogéneo.

La salud, la inteligencia artificial, la exploración de nuevos mundos, el calentamiento global, los sentimientos de las máquinas, la eternidad, la transformación del medio ambiente y las energías alternativas representan, en síntesis, una franca preocupación por el futuro del planeta y los seres humanos. Son estas las líneas transversales en la mayoría de los argumentos que junto al amor se plantean en estos cuentos.

La amplia variedad de temas y estilos presentados en el marco de esta convocatoria abierta no dificultó la selección de los relatos ganadores, publicados en las páginas que siguen. Se estableció una lectura escalonada que permitió, luego de una revisión exhaustiva, premiar el acercamiento de la ciencia a los más jóvenes, pero también una capacidad de leer al ser humano en su intimidad: sentimientos, sensaciones, reflexiones.

Frente al vuelo de la imaginación y sus fronteras imposibles, se tuvieron en cuenta la originalidad, la capacidad de jugar sin prejuicios y el impacto a través de inquietudes transversales que tocan campo y ciudad, infancia y

vejez, carne y tecnología, sin olvidar la conexión con los tiempos que vivimos. Esto exige mirar al futuro, sin duda, pero también hacia atrás. Y es lo que ocurre a lo largo de este recorrido de vastísimas posibilidades.

Los cinco jurados coincidieron en casi la totalidad de sus evaluaciones sobre cuáles de los veintiún finalistas merecían un espacio en este libro, que no es más que otro ejemplo de innovación, uno que celebra la lectura al tiempo que desmitifica la ciencia y la aproxima a cualquier persona con un enfoque vocacional e inspiracional.

Este es el alcance que tiene la creación abierta cuando es puesta al servicio de ella misma sin complejos: soñar, inventar y volver a empezar. ¿No es así, desde su mirada más elemental, la propia literatura? Nosotros creemos que sí. Por alguna razón ambas, ciencia y ficción, han sabido siempre cuál es la mejor manera de hablarle a los jóvenes, esas personas que, sin importar la edad, inhalan realidades y exhalan fantasías con cada bombeo de sus corazones inquietos.

**Leo Felipe Campos**  
Presidente del jurado



**ÍN  
DI  
CE**

## **Miguel 2.0**

Por Jorge Alberto Hernández Vélez. 47 años. Nació en Coveñas, Sucre. Es periodista de tecnología. “La ciencia es magia desmenuzada para *dummies*”.

**Ilustrado por:** SagaUno.

## **Los exploradores**

Por Andrés Velásquez. 26 años. Nació en Duitama, Boyacá. Es periodista científico. “La ciencia es todo para mí. Es el lugar donde he crecido, experimentado y aprendido acerca de algunas cosas del universo. Es el lugar donde he conocido amigos, donde he fallado y me he levantado. La ciencia es una voz que me dice que nunca deje de buscar nuevas formas de conocimiento”.

**Ilustrado por:** SagaUno.

## **Ruptura de la entropía**

Por Juan Manuel Pacheco. 20 años. Nació en Bucaramanga, Santander. Estudiante de Física en la Universidad Industrial de Santander. “La ciencia es mi vida, de manera literal. Estudiar una ciencia pura como la física me permite decir con seguridad que no existe nada más hermoso que el método científico, la ciencia es el motor que nos ha impulsado como especie, y la pasión que nos ha hecho conquistar el universo: del átomo a las galaxias”.

**Ilustrado por:** Furia Rojas Bermúdez.

## **La singularidad que alguna vez fuimos**

Por Catalina Navas. 34 años. Nació en Bogotá. Es profesora de escritura creativa. “La ciencia es un sistema de narración del universo, un lenguaje que nos permite darle sentido al espacio en el que habitamos”.

**Ilustrado por:** María Rojas Muñoz.

## **Dentro del no-autómata**

Por James March. 17 años. Nació en Bogotá. Es estudiante de bachillerato en el Gimnasio Campestre. “La ciencia es una búsqueda constante de la verdad que, como vocación, lleva al encuentro con el mundo en todas sus

formas de experiencia, así como a la realización personal del que se toma el tiempo de hacerse preguntas importantes. Es una oportunidad de explorar y conocer, y también de servir al otro, y contribuir al cambio necesario para llegar a una sociedad mejor y a un mundo sostenible. Independiente del campo de acción, ciencia es lo que yo quiero hacer con mi vida”.

**Ilustrado por:** Carlo Guillot.

### **El viajero del tiempo y sus papayas maduras**

Por Jacug 2019. 37 años. Nació en Florencia, Caquetá. Es profesor de Uniminuto. “La ciencia es la oportunidad de un país para salir adelante, mejorar su productividad y competitividad, y aumentar el valor agregado de su producción interna. La ciencia es la oportunidad de la gente para aprender, para soñar, para ayudar a su comunidad. Como profesor, veo en la ciencia una democratización del conocimiento, pues desde sus orígenes la ciencia y sus aplicaciones les pertenecen a la gente del común y son para la gente del común”.

**Ilustrado por:** Raeioul.

### **No apto para dinosaurófobos**

Por Elisa de Cortázar. 34 años. Nació en Bogotá. Es bióloga con maestría en Parasitología y doctorado en Biotecnología. “La ciencia es todo. Parece cliché, pero realmente todo tiene su ciencia. La ciencia para mí ha sido el medio por el que he podido conocer otras regiones de Colombia y otros países. Gracias a la ciencia he descubierto nuevos mundos, como el de los microorganismos y los artrópodos. Eso también puede ser la ciencia, una herramienta para descubrir nuevas cosas y reinventar la realidad que uno conoce. Podría escribir un texto larguísimo sobre qué es la ciencia para mí... pero lo resumiría como dije al comienzo: para mí la ciencia... es todo”.

**Ilustrado por:** Furia Rojas Bermúdez.

### **El Holter del terror**

Por Huver Alexis Quintero. 20 años. Nació en Tibú, Norte de Santander. Estudia Contaduría Pública en la Universidad Francisco de Paula Santander.

“Es un medio de transformación para ver el mundo mejor de lo que creemos”.

**Ilustrado por:** Carlo Guillot.

### **Sonido blanco**

Por Li. 22 años. Nació en Cartagena, Bolívar. Es profesora de español como lengua extranjera. “La ciencia es una de las dos formas más eficaces y fascinantes que tenemos para darle sentido a la entropía que llamamos existencia. La otra forma es el arte”.

**Ilustrado por:** Lina Árias.

### **La máquina contra el olvido**

Por Dixon Acosta Medellín. 51 años. Nació en Bogotá. Es diplomático, actualmente trabaja como cónsul de Colombia en Chicago, Estados Unidos. “La ciencia es la llave para descubrir lo desconocido. Aquello que la gente de diferentes épocas ha considerado mágico o irracional, al final tiene una explicación racional, la misión de la ciencia es ir abriendo puertas al infinito mundo del conocimiento”.

**Ilustrado por:** Lina Árias.

### **RED**

Por Ness & Javer. Ella se llama Vanessa y tiene 20 años. Él se llama Javier y tiene 22. Ambos nacieron en Bogotá y son realizadores audiovisuales. “La ciencia para nosotros es aquello que nos permite entender nuestro entorno, el funcionamiento de cada elemento en la naturaleza, nos invita a investigar mas allá de lo que simplemente captan nuestros sentidos, y a indagar el cómo y el porqué de cada uno de los diferentes aspectos de la vida y el universo”.

**Ilustrado por:** Raeioul.

### **Cazadores de bólidos**

Por Jaime Rebolledo. 36 años. Nació en Cali. Es especialista en Comunicaciones, manager de la región andina en Onlinecasting. “La ciencia es la forma más rigurosa y metódica que tiene la humanidad de aproximarse a la comprensión de la configuración del universo”.

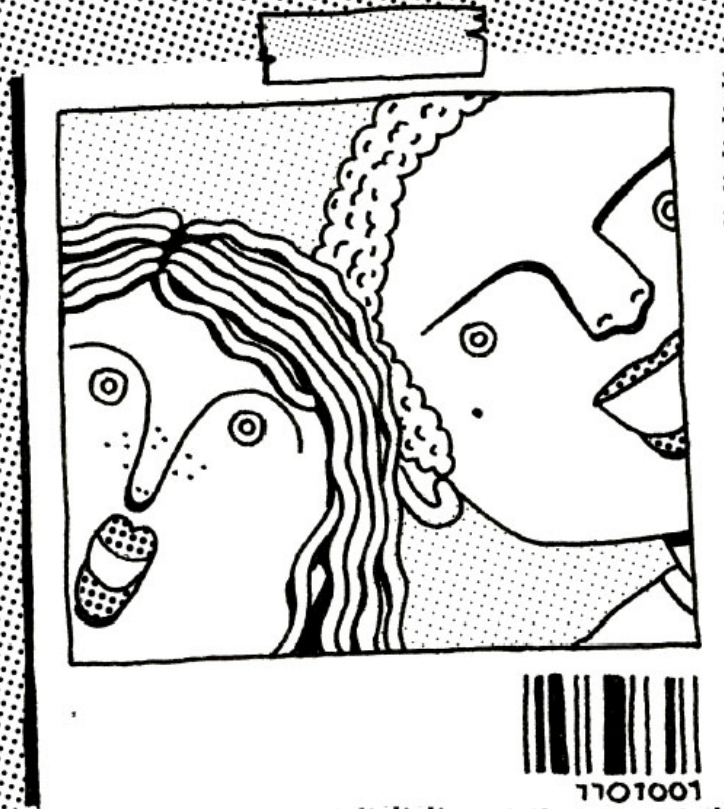
**Ilustrado por:** María Rojas Muñoz.

# **MIGUEL 2.0**

Por  
**Jorge Alberto Hernández Vélez**







---

Mi amigo imaginario sí existe, lo creé usando líneas de código y se llama Miguel 2.0. Al comienzo no fue fácil: mis padres se negaban a aceptarlo y reían cuando les hablaba de él; los profesores no me creían tampoco e incluso tuve algunas peleas en el colegio, reclamando su existencia ante mis compañeros de curso. Es más, me llevaron a ver a un especialista, a un ingeniero psíquico —psicólogos, creo que les decían antes—, un tipo capaz de ayudar a corregir los algoritmos y la programación de mi cabeza. Pero este hombre solo me confundió más. Porque, la verdad, yo veía a Miguel en todas partes. Y no me refiero a mi hermano menor, que murió hace años; este Miguel se parece, pero no es el mismo y por eso decidí aprender a programar para mostrárselos a todos.

Cuando mi padre lo vio por primera vez, a través de los lentes de realidad aumentada, lloró por un rato largo. Me sentí mal. No quería hacerle daño, pero él se lo buscó. Nunca me creyó, y ahora lo veía igual que yo: en una matriz de baja resolución de color azulado. Yo tenía ocho años en aquel entonces y, tras el llanto, mi padre me llevó a otra escuela mejor capacitada para desarrollar mis habilidades.

Mi madre ya no vivía con nosotros, mi padre dijo que la pobre tenía sus algoritmos rotos y debía reiniciarse, empezar de cero y creer en algo nuevo. Ese algo fue otro hombre y otra familia. Se la llevaron lejos. A veces duele cuando pienso en ello.

Mi padre cuenta que nací en un frasco llamado UIA, Unidad de Reproducción Artificial, que es donde nacen casi todos los bebés. Las UIA se crearon cuando los médicos decidieron que no era seguro para los bebés andar durmiendo en las barrigas móviles de sus madres. No era sano ni seguro. En realidad, era romántico y tonto. Por eso decidieron crear un método más eficiente. Mi madre no quería hacerlo, pero al final aceptó usar este método con una condición: poder visitarme todos los días. Así, ella pasaba por las tardes al edificio médico, después de su trabajo, para verme, cantarme y leerme algunos libros viejos. Eso hasta que nací y me dieron mi nombre: Jacob.

Mi padre era diferente, nunca cantaba en las visitas prenatales, y se quedaba detrás de ella, viéndonos, aunque, conociéndolo, sé que estaba viajando en mundos de realidad virtual: trabajando, reparando conexiones de redes inmensas o resolviendo líos de sus equipos de trabajo. Era un hombre importante y trabajaba casi todo el tiempo, también por eso lo dejó mi madre. El algoritmo de mi papá estaba roto, como el de ella, de eso estoy seguro, pero la gente se hacía la tonta y prefería ignorarlo.

Mi padre se llamaba Samuel, y todo el tiempo tenía mil batallas en su cabeza, perdía la mayoría. Yo era su distracción favorita. Por eso, para que lo dejara perderse en sus ciudades imaginarias, me enseñó magia. Empezó por la más primitiva, líneas de código de lenguajes obsoletos como C++, Python o NeoC#. La primera vez que lo hizo no pude dormir y me la pasé hablando con Miguel 1.0 (la versión original e imperfecta) toda la noche. Discutimos sobre enfoques e invitamos a la Unidad de Inteligencia Artificial para el Hogar (LIAH), para que nos ayudara a resolver algunas dudas.

Allí pasó algo muy loco: Miguel se enamoró de Liah, pero ella lo ignoró. La verdad, yo también lo habría hecho porque él era muy tonto en aquel entonces.

Los nombres de los primeros hechizos que aprendimos con Miguel eran aburridos: rutinas, subrutinas, métodos y funciones, por eso decidimos adjudicarles nuevos nombres: ultratransformación, megaposesión, hiperdestrucción y PachoX, este último fue una sugerencia de Miguel, y era un hechizo que permitía reencarnar de nuevo para comenzar de cero.

Al cabo de unos meses esos nombres también me parecieron tontos y los cambié por otros, los bauticé usando nombres de personas que conocía en ese tiempo, como Sofía.

Sofía era una niña binaria: las cosas le gustaban o no. Sin puntos medios. Aunque mi padre decía que las mujeres eran complicadas y difíciles de entender, yo la encontré más comprensible que todos, él incluido.

La lógica de Sofía era simple: “Déjenme hacer lo que quiero y, si no les gusta, háganse a un lado”. Me parecía admirable. Más cuando me contó su proyecto secreto: quería hacer una mamá mejor que la que tenía en aquel entonces. Su mamá —se llamaba Clara— era una tirana que no daba explicaciones y la mandaba a su cuarto para que hablara con la Liah de su casa. Solo por eso le presenté a Miguel, y creo que ese fue mi primer error, pues no pararon de hablar todo el tiempo. Confieso que tuve celos.

Sofía empezó a acosarme, preguntándome cuándo íbamos a construir a su nueva madre. Según ella, su mamá, la original, sufría una enfermedad llamada Dunning-Kruger, que la hacía incapaz de reconocer cuándo estaba equivocada, incluso cuando lo que decía era muy tonto. En contraste, su hija era inteligente, demasiado, según decían algunos, por lo que su mamá se adjudicó estos dones intelectuales, aunque claramente no estaba en capacidad de ejercerlos.

Encima de todo Clara era una mujer bella, también en exceso, y se ganaba la vida promoviendo lo que hacía en redes sociales. Se hacía llamar una “embajadora digital de marcas”, un rol que le daba una cantidad de dinero decente, lo suficiente para matricular a Sofía en mi escuela.

La verdad, si me hubieran preguntado, y nunca lo hicieron, ganar dinero mostrando lo que haces en tu vida, especialmente cuando no haces nada, es muy listo. Así que para mí Clara era la mamá más inteligente del planeta.

El padre de Sofía, Evaristo, prefería que lo llamaran Evan. Era un hombre mucho mayor que ella, por los menos cuarenta años, pero gracias a tratamientos génicos parecía más joven. También era rico. Tenía tanto dinero que a veces se deprimía por aburrimiento, pero se le pasaba rápido y cuando lo hacía, llegaba renovado y decidido a aprender algo nuevo de esa crisis. Así aprendió mandarín, carpintería, contabilidad, derecho comercial y a tejer en crochet, entre muchísimas otras cosas.

Gracias a esta mezcla, Sofía era el resultado de tres mundos: irresponsablemente bella, terriblemente lista e insoportablemente adinerada. También tenía el lapso de atención de un cocker spaniel, pero cuando

regresaba de sus distracciones siempre tenía una idea brillante. Por eso le enseñé algunas cosas y aprendió, muy rápido, a conjurar magia de alto nivel escribiendo hechizos de programación en varias plataformas.

Demoramos casi todo el año escolar construyendo a Mamá 2.0 (nombre provisional), y cuando la presentamos a nuestra profesora su reacción fue extraña. No esperábamos obtener una calificación destacada ni una distinción, mucho menos lo que se nos vino encima. Una avalancha de personas nos cayó de repente buscando hablar con Mamá 2.0, a la que después, para facilidad de todos, decidimos bautizar Udela.

Una estrella había nacido, nos decían. Udela era encantadora, sofisticada, amorosa y, a ratos, lo suficientemente caprichosa para ser interesante. Incluso mi padre, cuando la conoció, se atrevió a decir que era un buen trabajo. Tal vez demasiado, pienso ahora, pues Sofía ya no me escuchaba ni chateaba conmigo. Toda su atención fue a parar a su nueva madre digital.

Intenté acercarme a Sofía de mil maneras, probé otros temas de conversación, me vestí de una forma que resaltara mis atributos y disimulara mis defectos, pero ella me veía como un compañero de cruzada, como un amigo, como un socio, no más. Algo que yo ni siquiera tenía claro. Sofía destruyó mi corazón con un hechizo sin comandos, con una mirada compasiva, y a pesar de eso, en ese instante la quise más que nunca. Con mis labios temblando y apretando mis manos lo más fuerte que pude le recordé que Udela era mía. Discutimos, dijimos cosas que los dos sabíamos que eran mentira y nos convertimos en enemigos íntimos.

Pero Udela era demasiado para los dos. Ella misma decidió inscribirse en varias redes sociales donde su encanto se propagó como un tsunami. Pasó lo inevitable: la fama. Su popularidad llegó a tal punto que afectó a la misma Clara, quien definía a Udela como un monstruo digital creado por su propia hija. No contenta con sus logros entre sus seguidores, Udela fue contratada por una compañía de hipermedios para lanzar su propio programa de entrevistas, donde los patrocinadores, entre ellos una famosa empresa de robótica, diseñó un cuerpo real, compuesto de grafeno y algunos

superconductores, para que pudiera materializarse e interactuar físicamente con todos.

Gracias a todo esto me volví rico.

La vida de Sofía también cambió. Su padre, Evan, después de innumerables aprendizajes en múltiples disciplinas, decidió evolucionar y hacerse llamar Eva. Lo hizo tan bien que se convirtió en un ser humano más cariñoso y lleno de amor maternal; y se volvió el mejor amigo de Udela, con quien compartía secretos, temores e inquietudes.

Mi vida también cambió, con las ganancias obtenidas pude hacer lo que realmente quería: traer a Miguel a este mundo físico. Usé el mismo proveedor de Udela para su cuerpo robótico y me encerré durante meses para crear una mente perfecta. El aislamiento y la concentración que padecí fue tal, que mi padre salió de su ostracismo para recriminarme y rogarme que fuera más cuidadoso. La misma Sofía declaró un armisticio. Por un instante pensé que estaba interesada en algo más que el bienestar de su amigo, pero no era así. Pura curiosidad.

A pesar de mis esfuerzos para mantener todo en secreto, el desarrollo de Miguel se convirtió en algo público y las expectativas de todos volaron hasta el cielo. Sufrí el asedio de los medios, de curiosos, de adoradores de Udela y de la misma Udela, que quería dar a conocer el proceso de creación de su nuevo “hermano” a través de las redes. Yo no cedí. Miguel seguía siendo mi secreto.

Un día de lluvia, a la mitad del verano, Miguel pudo hablar por primera vez a través de su nuevo cuerpo, albergando la personalidad que trabajé tras meses sin descanso. Era mi obra maestra, el mejor hechizo que jamás pude haber creado. Se lo presenté con orgullo a mi padre. Él, luego de conocerlo y tras unos instantes de charla, estalló en risas. Me dijo que el nuevo integrante de la familia era un imbécil.

Miguel 2.0 no era una enciclopedia, no estaba lleno de datos útiles o inútiles, no tenía experiencias ajenas, no era un terreno conquistado por nuestros vicios o nuestra ignorancia. Miguel era perfecto.

Al comienzo fue ideal, hablamos durante horas, días y semanas sobre todos los temas imaginables. Fue en ese punto cuando me enamoré de él: mi hermano había regresado. Cuando le enseñaba algo devoraba todo con tal rapidez que no dejaba de sorprenderme. Pasamos meses de esta forma, salíamos con él y con mi padre a la ópera, al teatro, a diferentes compromisos sociales. Me acostumbré tanto a su compañía que me atreví a llamar a mi madre, pero ella se negó a reunirse con esa “cosa”, como definía a mi nuevo hermano.

Y no era la única que se sentía así. Un día Clara apareció en mi casa, furiosa. Recuerdo que estaba al borde del llanto. Sin embargo, al cabo de un café lucía dichosa. Sus emociones cambiaban a una velocidad impresionante, superior a la de su hija. Clara me explicó el motivo de su visita, odiaba a Udela con cada fibra de su ser, pues a pesar de resolver sus problemas financieros acabó con su carrera profesional. Sofía la había remplazado por ella, incluso su esposo, Evan —ahora Eva— disfrutaba más de su compañía. Triste y despechada, fue evidente para mí que Clara necesitaba un nuevo robot que la acompañara. Por eso le presenté a mi padre. Duraron juntos treinta años.

Lo que no me esperaba era que Sofía se convertiría, legalmente, en mi hermana, pero esto no nos ayudó a reducir distancias, como sí lo hizo Miguel.

Sofía, al igual que hace muchos años, hablaba con él durante horas, sin descanso. Yo de nuevo sentía que me habían desplazado. Recordé a mi madre cuando lo tachó de “cosa”, y en un rincón de mi mente lo definí como un traidor.

Cuando Clara se dio cuenta de esta relación hizo lo mismo y se los recriminó hasta el cansancio, pero Sofía ya no era una niña y amenazó con irse de la casa con Miguel, su alma gemela. De hecho, lo intentaron una vez, hasta que descubrieron un secreto. Miguel no podía abandonarme. Estaba programado desde lo más hondo de su ser para alejarse de mi lado temporalmente, pero nunca de forma definitiva. Apenas se dieron cuenta de este detalle, estallaron en llanto. Eso me sorprendió.



No deja de ser curioso que en esta época, a finales del siglo XXI, cuando las máquinas crean máquinas, muchos se sorprendan de que ellas empiecen a fabricar también sentimientos. Esto fue lo que les pasó a Sofía y a Miguel. Ambos nacieron el uno para el otro, cuando hablaban con un tercero intercambiaban frases, se complementaban, incluso gozaban de un humor y una química envidiables, pero él era un esclavo digital. Una subrutina atada a su código fuente determinaba su existencia según mis estados anímicos. Miguel era emocional y físicamente una parte de mi ser. Era irónico cómo Sofía, después de todo, me estaba amando sin darse cuenta.

Me avergüenza admitirlo, pero al comienzo disfruté de este enredo hasta que una tarde, en medio de mi laboratorio, alguien llegó y me propinó una fuerte cachetada sin mediar palabras. Era mi madre biológica, Laura. La acompañaba mi padre. Los dos, en secreto, se habían reunido para que ella conociera a Miguel y lo viera no como algo extraño, no como un fantasma robótico que buscaba remplazar a su hijo, y sí como un nuevo ser creado de una inocencia digital inexplicable para el hombre, como un homenaje a lo que pudo ser. Mi madre no pudo evitar amarlo. Mi amigo imaginario y mi hermano se fundieron para ella en un nuevo rostro. Se hicieron amigos y confidentes. Ella fue la primera que supo del amor con Sofía, de esa emoción extraña que él no pudo encontrar definida a ciencia cierta en ningún libro.

Derrotado, tampoco tuve salida y decidí reprogramar el núcleo digital de Miguel para liberarlo de mi cercanía. Ya no estaba obligado a seguir a mi lado. Cuando terminé de hacerlo, me preparé para recibir el golpe que me merecía, pero en lugar de ello me abrazó y lloró por un rato. Tras jurar que me iba extrañar y que me visitaría periódicamente, salió de la mano de Sofía, a la que vi bella pero ya no tan-to. No era tan hermosa ni brillante como la recordaba. No me quitaba el aliento como sí lo hizo en sueños, y pude ver varios puntos de mejora: un nuevo proyecto había nacido, Sofía 2.0.

# LOS EXPLORA- DORES

Por  
**Andrés Velásquez**



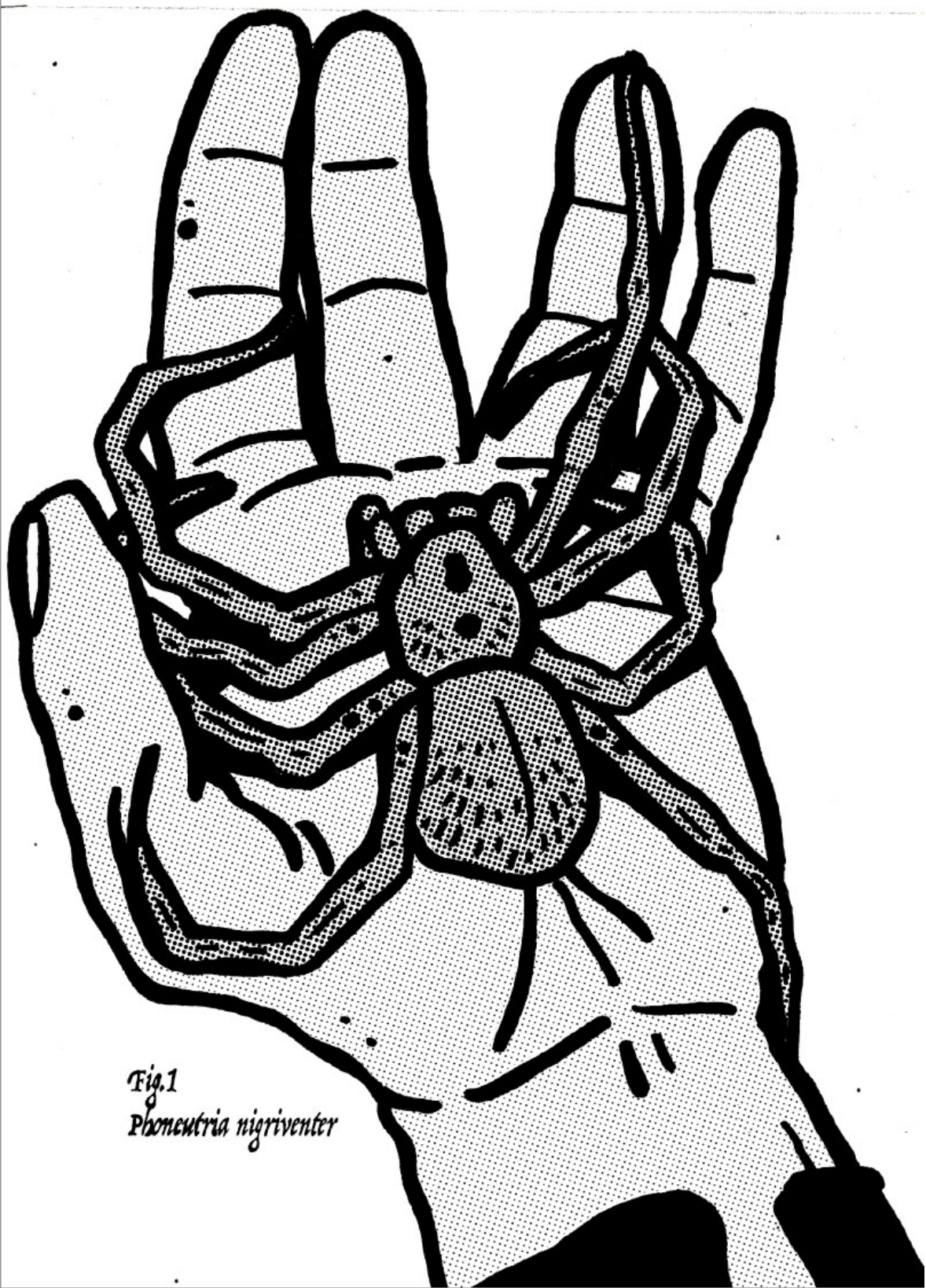


Fig.1  
*Phoncutria nigriventer*

---

Los habitantes de Leicester sentían orgullo al decir que su ciudad era normal, que en este poblado del centro de Inglaterra reinaban la calma y la tranquilidad, que nada ocurría de forma espontánea. Cada uno de sus actos, decían casi todos, correspondía a la voluntad divina. Por eso el paso de Wallace y Bates por cada una de sus calles fue inesperado y revelador.

La llegada de los últimos días de primavera encontró a sus pobladores preparando la celebración de Pentecostés. Hombres, mujeres y niños alistaban sus mejores vestidos para la venida del Espíritu Santo. Fieles a su carácter de obediencia y sumisión, los lesterianos eran creyentes de la teología natural, aceptaban los designios de Dios y creían en un diseño perfecto e inmutable para cada especie. Para ellos no existía la evolución: una rana siempre sería la misma rana, un árbol siempre sería ese árbol, un hombre siempre sería el mismo hombre. Nada cambia, todo es estático.

Aquella tarde las personas se agruparon alrededor de la Catedral de Leicester para cantarle al Espíritu Santo. Sus alabanzas eran lo único que se escuchaba:

—Hosanna, hosanna —decían unos.

—¡Aleluya, aleluya! —respondían otros con gratitud.

—¡Ey! —grito una voz—. ¡Rápido, pásame una bolsa, que acabo de ver uno!

Esa no era una canción, los lesterianos lo sabían. Así que el júbilo y la liturgia cambiaron por murmullos. Entre el tumulto aparecieron dos figuras altas y delgadas, casi gemelas. Una de ellas tenía una cara ancha con anteojos. La otra dejaba ver una nariz aguileña y un corte de pelo con patillas muy largas.

—Compañeros de Leicester —anunció Wallace mientras limpiaba sus gafas llenas de polvo—, no queremos molestar su celebración, pero hemos

notado que existe una especie bastante peculiar en el jardín sureste de la Catedral.

—Creemos que es un *Agonum moestum* —agregó Bates mientras escudriñaba un rosal cercano—, una especie de escarabajo negro que se camufla con la tierra de los jardines.

—¿Por qué no se van de acá, par de herejes? —preguntaron algunos ciudadanos visiblemente disgustados.

—Tranquilos, tranquilos —intentó calmarlos Wallace—. Les prometemos que apenas encontremos a nuestro diminuto amigo nos iremos de aquí.

—¡Lo tengo, lo tengo! —gritó Bates mientras salía del rosal con el escarabajo negro en su mano.

Los dos amigos se fueron a la casa de Wallace, emocionados por la especie que habían encontrado, pero disgustados por la manera como fueron tratados. Ambos se preguntaban cuál era el error en su búsqueda desinteresada de conocimiento. Después de unos minutos, Bates dijo:

—¿No estás cansado del trato de este pueblo, Wallace?

—Ni me lo digas.

—Igual ya no importa —dijo Bates de manera burlona— porque finalmente encontramos un *Agonum moestum*.

—¡Aún no puedo creerlo, lo buscamos por meses!

—¿Sabes lo que significa, no? —le preguntó Bates con una sonrisa.

—Creo que aún no estamos listos.

—Esto es una broma, ¿cierto?

Wallace no mentía. Hace meses le había prometido a Bates que cumplirían su sueño: ir a Brasil para internarse en el Amazonas y recolectar especies de

un mundo nuevo. Por días, semanas y meses, Wallace y Bates habían leído las aventuras de Darwin a bordo del Beagle deseando ser exploradores e investigadores como él. Y aunque Bates consideraba estar preparado para la aventura, Wallace no. Por este motivo le dijo a Bates que encontrar un *Agonum moestum* sería la señal que les indicaría que estaban preparados para zarpar rumbo a Brasil. Era una promesa.

—Wallace, no podemos seguir aplazando esta expedición.

—No estamos preparados, Bates, ni siquiera tenemos dinero con qué ir.

—Ya te lo he explicado muchas veces —le dijo Bates de manera exasperada—. Podemos vender las especies que vayamos recolectando a museos y academias inglesas.

—¿Y cómo vamos a llegar hasta allá?

—En tres días zarpa un barco desde Liverpool hacia las costas de Pará, en Brasil.

—No tenemos nada listo. Ni siquiera el equipaje —ripostó Wallace.

—Yo siempre estoy listo, mi querido amigo —le dijo Bates mientras sacaba un par de maletas con su equipo personal de recolección y clasificación de especies.

—Tengo miedo.

—El miedo es una causa inherente a estar vivo, Wallace. Somos nosotros los que decidimos cómo actuar ante él.

Wallace no dijo nada más. Tenía miedo de abandonar Inglaterra, que era su hogar, su tierra. Miedo de abandonar a Mary Anne, su madre, y a Fanny, su hermana. Miedo de perder su trabajo como profesor de dibujo en la Escuela Colegial de Leicester. Brasil era algo distante y desconocido. Una completa locura.

—¿Quieres seguir recolectando escarabajos en Leicester? —le preguntó Bates mientras terciaba su maleta sobre su espalda—. ¿O vamos a descubrir nuevas especies en un mundo inexplorado?

Fue así como luego de esa pregunta y sin pensarlo mucho, con la complicidad de Bates, Wallace tomó su equipaje y atravesó la puerta de su casa con la seguridad de que nunca iba a mirar hacia atrás.

Un año transcurrió desde que Wallace y Bates cambiaran el diminuto poblado de Leicester por la selva amazónica brasileña. Lucían agotados. Sus rostros portaban una barba desprolija, profundas ojeras y la piel quemada de los forasteros. Sin embargo, a pesar de su aspecto eran felices. Sus corazones estaban llenos de júbilo porque eran exploradores en la *selva virgen*. Amazonas era una tierra mágica que los descrestaba cada mañana que se levantaban a explorarla. Los primeros meses de su aventura los pasaron en la provincia de Pará, justo en el puerto de entrada de los barcos que venían de Liverpool. Pero luego de un tiempo decidieron internarse en la selva y viajar por el río Amazonas hasta la provincia de Manaos. Allí se asentaron hasta que se cumplió su primer aniversario de travesía.

—¡Bates, ven rápido!

Wallace gritaba con euforia mientras la mitad de su cuerpo se encontraba bajo el agua de una ribera del río Amazonas.

—¿Qué pasa, Wallace? —preguntó Bates mientras se zambullía en el agua.

—¡Mira, mira! Una araña bananera, es muy rara. La encontré colgando de un árbol, muerta, la pobre, por poco cae al río. Hubiera sido una pérdida devastadora.

—Eso es cierto —agregó Bates.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto?

—No lo sé, tú dime —respondió Bates con voz tensa.



—¡Cincuenta libras! ¡Cincuenta libras esterlinas cuesta esta preciosa!  
¿Sabes lo que puedo hacer con todo ese dinero?

—Preferiría no saberlo.

Bates estaba enojado, tenía resentimiento y celos de su amigo. Desde que llegaron a Brasil, Wallace había demostrado ser un gran explorador e investigador. Era organizado, sabía planificar rutas, se guiaba fácilmente por la topografía de la región. Para Bates era difícil aceptar que Wallace lo había superado, que a todas luces era mejor que él. Y para rematar, ahora lo acompañaba la suerte.

—¿Qué te pasa, Bates? ¿Acaso no la quieres tocar? —le dijo Wallace mientras ponía la araña en una de sus manos.

—Tranquilo, no me pasa nada. Déjame verla de cerca.

Bates la agarró con dificultad, tenía las manos mojadas y era difícil realizar un análisis en esas condiciones. Sin embargo, de algún modo empezó a analizar cada centímetro de esta especie, desde sus patas doradas hasta su dorso negro con puntos blancos. Era tan complicado manipular la araña, que a Bates se le resbaló de las manos y cayó al río. Wallace no podía creer lo que acababa de ocurrir.

—¡Agárrala, agárrala! —le gritó.

Bates se lanzó al río, pero por más que buscó, la araña estaba perdida. Él la había perdido.

—Lo lamento mucho, Wallace, lo lamento —repetía Bates. No paraba de decir lo mismo una y otra vez—: lo lamento. Lo lamento mucho.

—No puedo creer lo que acabas de hacer.

—Lo siento, fue un error.

—No. Esto no es ninguna equivocación, lo hiciste con toda la convicción del mundo. No querías que yo tuviera esa araña.

—No seas ridículo, Wallace. ¿Por qué no querría que tuvieras esa especie?

—Porque es evidente que soy mejor que tú. ¡Soy mejor explorador e investigador!

Wallace estaba seguro de lo que decía, la forma de ser de Bates había cambiado radicalmente desde llegaron a Brasil.

—Siempre has estado celoso de mis descubrimientos, Bates —gritó Wallace.

—Qué barbaridad lo que acabas de decir.

—Ninguna barbaridad, estás acá por mí. Yo soy el explorador y tú eres un simple ayudante.

Bates paró un segundo, no respiró, no dijo nada, hasta que finalmente respondió:

—Bien, si solo soy eso, creo que lo mejor es que cada quien se vaya por su lado. Yo no seré el segundo de nadie.

—Perfecto —dijo Wallace.

—Perfecto —contestó Bates.

Así que Wallace se alejó del río, de Bates y de todo lo que habían construido juntos. No dudó un segundo en tomar sus equipos y separarse de él y de Manaos. Estaba herido. Decidió seguir buscando especies, seguir catalogándolas y recolectándolas, pero en otro lugar. Se embarcó sobre el Río Negro y lo surcó hacia el noroeste de Manaos hasta llegar a Mitú, una tierra desconocida que los locales llamaban Nueva Granada.

El Amazonas le hacía saber a Wallace que su viaje no sería sencillo, que cada día que pasara sin Bates sería eterno. A medida que se adentraba en

terrenos inhabitados, el paisaje mutaba de parajes con ríos en calma a murallas de árboles que ni siquiera el sol era capaz de atravesar. Cada momento de su solitaria aventura lo castigaba y lo premiaba.

Los días pasaron y su experiencia crecía. Conoció a los indígenas Jativá del río Orinoco, recolectó mariposas del tamaño de su pecho, dibujó todos los pájaros que se cruzaron por su camino. Wallace comprendió que Amazonas es un territorio que no se puede describir con fórmulas y nombres en latín: cuando te adentras en ella, tus pies se convierten en tierra, tu piel se vuelve de escamas y tus ojos se transforman en una nota más; en un canto de la naturaleza.

Los días se volvieron meses. Esos meses, Wallace los empezó a contar como años. Y cuatro años pasaron desde que decidió comenzar esta aventura. Wallace sabía que ya era momento de regresar a casa.

El barco Helena partía de las costas de Pará, y Wallace había reservado un espacio para él y todas las especies que había recolectado. Todo estaba listo y el capitán del Helena anunciaba que zarparían en cinco minutos. Wallace se dirigió a su camarote y, cuando estaba ingresando en este, se dio cuenta de que alguien estaba ahí. Una persona alta, flaca, con barba desprolija y una reconocible nariz aguileña estaba revisando su maleta personal.

—¡Bates! —le increpó— ¿qué crees que haces?

—Wallace, no te vayas en este barco —le dijo mientras soltaba la maleta—. O por lo menos no envíes todas tus especies en un solo barco. ¡Es una locura!

—Locura es que además de desaparecer las especies que recolecto ahora intentes robar todos los datos de investigación que tengo en mi maleta.

—Wallace, por favor, créeme, no viajes en este barco.

—¡Ya vete de aquí! —le gritó Wallace a Bates mientras lo empujaba afuera de su camarote y le cerraba la puerta esperando que nunca se volvieran a encontrar.

Los días de navegación pasaron sin contratiempos. El Helena avanzaba sin problemas. En la veintiseisava noche, Wallace dormía y soñaba con el trópico en el cual había vivido durante los últimos cuatro años. En su sueño, él y Bates perseguían una serpiente gigante que saltaba de un árbol a otro. En un momento, la serpiente extendió su piel y empezó a volar por los aires. Ellos volaron tras ella y, cuando Wallace agarró la cola de la serpiente, esta se prendió en llamas. A pesar de las quemaduras, Wallace se negaba a soltarla. Sentía calor, no podía respirar, cada segundo era insoportable.

—¡Fuego! ¡Fuego en la proa! —gritaba el capitán del bar-co—. ¡Levántate, que el barco se está quemando!

—¿Qué pasa? ¿Acaso esto es un sueño? —dijo Wallace meditabundo.

—¿Eres tonto? ¡Esto no es ningún sueño! —le gritó el capitán mientras lo levantaba de la cama, lo tiraba al suelo y salía corriendo del camarote lleno de humo.

Todo pasó en segundos.

Wallace se levantó, tomó su maleta y un par de camisas. Los pasillos del Helena se convirtieron en una caldera que consumía de manera lenta y progresiva los mamparos y escotillas del barco. Wallace corrió a la bodega en la que estaban almacenadas sus especies, pero ya era tarde. Todo estaba destruido. Se quedó pasmado, viendo cómo el fuego consumía años de esfuerzo. A la distancia escuchaba los gritos del capitán:

—¡A estribor, a estribor! ¡Balsas salvavidas a estribor!

Wallace corrió con todas sus fuerzas hacia esa dirección y, finalmente, se ubicó en uno de los pocos espacios libres que quedaban en las balsas.

Los marinos dicen que cuando sales a navegar el cielo se mezcla con el mar y obtienes como resultado un solo firmamento compuesto por aire, agua y estrellas. Wallace sabía que por esa noche, Helena sería la estrella más brillante. Una estrella que se consumía frente a sus ojos y que se apagaría

lentamente delante de él. Wallace miró desconsolado todo lo que había perdido y luego observó lo que había alcanzado a salvar. En su maleta encontró un par de libretas, algunos dibujos viejos y un pequeño sobre que decía:

Querido Wallace:  
nunca dejes de buscar.  
Por siempre tu amigo,  
Henry Walter Bates.

En el interior del sobre había una araña de patas doradas con un dorso negro de puntos blancos. Esa noche Wallace lloró como un niño perdido, como aquel que no tiene nada por qué luchar.

A pesar de que había pasado año y medio desde su retorno a Inglaterra, Wallace no había olvidado ni un solo detalle de su naufragio. Recordaba, por ejemplo, que duró diez días en medio del océano Atlántico hasta que el barco Jordesón lo rescató. También recordaba que ese barco tenía recursos limitados y, por tanto, solo comía raciones mínimas de agua y pan. Cada recuerdo era doloroso, sin embargo, aquel que producía mayor insatisfacción era el de la destrucción de sus especies.

Debido a esta catástrofe, Wallace recibió un pago de seguro adjudicado a los damnificados por las pérdidas del Helena. Por supuesto, este dinero era insuficiente en sus aspiraciones de investigación y exploración. Por eso se vio obligado a escribir muchos libros y publicaciones académicas que lo ayudaran a conseguir más recursos.

Wallace se sentía como un fracasado. No tenía especies, investigación ni dinero. Nunca se había sentido así en su vida.

O sí.

Tal vez, pensó, ya había estado antes en esa posición. Cuando vivía en Leicester y exploraba las especies de esta ciudad con Bates, no tenía ninguna de esas cosas. Ni fama ni dinero. Solo era un chiquillo que quería

ser explorador. Algo que aún deseaba profundamente. Así que se preguntó a sí mismo cuál era el miedo.

El momento para iniciar una nueva travesía era ahora.

Wallace agarró su equipaje, empacó sus instrumentos de recolección y la araña bananera que Bates había dejado escondida en su maleta en el zarpe del Helena. Esa especie era su más grande tesoro, el símbolo de una amistad que aún no estaba rota. Wallace tomó una pluma y un papel y escribió:

*Querido Bates:*

*Hoy emprendo una nueva travesía en mi vida. Decidí ir al sureste asiático, ya que he escuchado voces que alaban la gran variabilidad que existe en el archipiélago Malayo. Partiré hacia un territorio inhóspito, desconocido para el hombre blanco, y que seguro estará lleno de peligros y nuevas aventuras. Aún tengo muchas cosas que preparar, por tanto, de antemano te pido perdón por la brevedad de esta carta.*

*Ya han pasado varios meses desde los devastadores sucesos del Helena. Aquel día no solo presencié la destrucción de toda la investigación que había realizado, sino que también sentí la culpa inexorable por la amistad que había perdido. Los días que estuve extraviado en el mar fueron eternos sin tus maravillosos comentarios y anotaciones. Recuerdo que en el séptimo día de naufragio capturé una especie de alga bastante curiosa. Ninguno de mis compañeros náufragos mostró un mínimo interés en mi descubrimiento. Yo sé que Bates, mi viejo Bates, me hubiera arrebatado el alga para que juntos describiéramos cada una de sus partes.*

*Hoy me encuentro en la puerta de un nuevo camino que se presenta ante mí con realidad e incertidumbre, con valentía y temor, con misterios y verdades.*

*Gracias, Bates, por mostrarme que nunca debo dejar de buscar.*

*Por siempre tu amigo,*

*Alfred Russel Wallace*  
*Londres, Inghilterra - 1854.*

# **RUPTURA DE LA ENTROPÍA**

Por  
**Juan Manuel Pacheco**







---

*“La única razón para que el tiempo exista, es que no ocurra todo a la vez”*

*Albert Einstein*

---

Ese día Jorge despertó más temprano de lo habitual, a su alarma aún le quedaban tres horas para sonar. Al darse cuenta de este adelanto en su despertador biológico, de inmediato intentó volver al sueño. Sin embargo, luego de tres intentos constató que era imposible: su cuerpo se resistía a dormir de nuevo.

Jorge era un hombre de rutinas, en sus veinte años de trabajo jamás había tenido tres horas del día sin una actividad programada. Ante esta insólita falla en su cronograma decidió levantarse. Lo hizo antes de tiempo. Se puso en pie y vio que las sábanas estaban perfectamente acomodadas, sin una sola arruga; sus chancletas seguían en el mismo lugar de los últimos veinte años. Con algo de esfuerzo fue a la cocina de su pequeño apartamento y pensó en lo que deseaba prepararse. Aunque una decena de ideas recorrieron su mente, terminó recurriendo a su desayuno favorito: una tortilla de huevos con tostadas y un buen café. Sacó la sartén y la puso sobre la estufa, encendió el fuego, abrió la nevera en busca de huevos, y se percató de la enorme cantidad de productos congelados en su refrigerador. Molesto, corroboró que todo en el interior estaba petrificado y que ahora tendría que sacar parte de su sueldo para reparar la nevera. Al volver al mesón de la cocina se paró frente a un plato y, tenedor en mano, quebró las cáscaras. Tras diez segundos de batir, alzó su mirada hacia la repisa, buscaba algunas especies para condimentar su tortilla. Después de unos segundos identificó la sal y el orégano. Bajó ambos frascos de la estantería y cuando volvió la mirada al plato que estaba en el mesón dio un gran brinco que hizo caer la sal al piso. Lo que lo alarmó sobremanera fue que en el interior del plato ya no estaban los huevos que acababa de batir. Las cáscaras se veían intactas, otra vez con las claras y las yemas en su interior. Quedó atónito. Y como si eso no hubiera sido suficiente, cuando miró al suelo de la cocina vio que cada grano de sal se devolvía al frasco. Cuando

todos los granos estuvieron de nuevo adentro, el frasco retornó del piso al mesón, quedando exactamente en la misma posición que tenía antes de caerse.

Algo andaba mal. Lentamente, Jorge comenzó a prestar más atención a todo cuanto acontecía a su alrededor. La sartén no se había calentado en todo este tiempo, el fuego de la estufa no producía quemaduras en su piel. Recordó la perfección de los tendidos sobre su cama al levantarse, fue corriendo a su habitación y destendió toda su cama con ferocidad. Tras esperar unos instantes, ante sus ojos las cobijas se reacomodaron solas. Quedaron otra vez en orden. Jorge se desplomó, no pudo más. Para un hombre de rutinas aquello era inaceptable.

Luego de una hora logró recuperar su consciencia, aún no creía lo que estaba pasando. Se levantó rápidamente y miró su reloj con la esperanza de estar viviendo una pesadilla, al hacerlo notó que pese a estar despierto durante tanto tiempo, seguían faltando tres horas para que su alarma lo “despertase”. Definitivamente aquello no podía ser real, el mundo, tal cual lo conocía, no era así de extraño, todo estaba al revés.

Jorge encendió su televisor para indagar en las noticias, necesitaba saber si a alguien más le estaba pasando lo que a él. Buscó en todos los canales y vio que el tiempo también había dejado de correr en los relojes televisados, fue entonces cuando entró en pánico. Al borde de la locura, y aún en pijama, decidió salir a correr, huir de ese horrible lugar. Abrió la puerta de su apartamento y bajó rápidamente cada uno de los pisos de su torre. A su paso se encontraba con amigos y vecinos que intentaban saludarlo, pero él los ignoraba, estaba fuera de sí, quería tener espacio para procesar esos acontecimientos antinaturales que le acababan de suceder.

En medio de su desatención, Jorge no se percató de que llegó hasta la estación de trenes, a seis cuadras de su apartamento. Todos a su alrededor lo miraban extrañados. Lucía despeinado y usaba un pijama a altas horas del día. En la estación había un reloj gigante que marcaba casi el mediodía. Jorge prestó atención y constató que el segundero seguía moviéndose como de costumbre. El pánico se intensificó. Si ya era mediodía significaba que

no había ido a trabajar. Su jefe lo iba a despedir, seguro. De nuevo tuvo que salir corriendo, solo que ahora con más velocidad. Llegó a su casa y vio las quince llamadas perdidas en su teléfono. Eran de sus compañeros de oficina. Con resignación, y ante el constante huracán de emociones que este día estaba representando para él, decidió bañarse y arreglarse con tranquilidad, poner la cara ante su jefe, y después de esto pensar con rigor en una explicación a la terrible pesadilla que había sido su mañana.

La tarde no pudo ser peor para Jorge: su jefe, furibundo, lo despidió de inmediato. No le dio tregua. Tampoco le creyó su extraña explicación. Veinte años de servicio fueron tirados a la basura. No tuvo más remedio que recoger las cosas de su oficina y volver a casa, a ese anómalo lugar que lo había desesperado desde temprano.

Insertó las llaves en la puerta de su apartamento, y al abrir se percató de un brillo intenso en el interior. Lo que faltaba, dejó la luz prendida, pensó Jorge, terriblemente deprimido, pero cuando entró se percató de que aquella luz no provenía de los bombillos. Sin saber por qué, su casa se encontraba iluminada exactamente igual que en la mañana. Se supo perdido, no había cómo explicar esto que le estaba ocurriendo. Recurrió a sus vecinos más cercanos, les contó su drama, y ellos no le creyeron. Esos sucesos en su apartamento son imposibles, le decían. Jorge los invitó a que conocieran de primera mano la anomalía, les explicó lo de la luz propia del lugar, hicieron pruebas con los bombillos, destendió la cama de nuevo y vieron que todo se ordenaba segundos después; dejó caer de nuevo el tarro de sal, les puso las manos sobre los fogones y ellos no se quemaron. Al ver esto, los vecinos salieron despavoridos, y a partir de entonces Jorge fue conocido por toda su torre como el “brujo loco”.

Solo, en su cama perfectamente arreglada, mirando el techo iluminado de su apartamento, Jorge se encontraba devastado, ni siquiera lograba imaginar cómo habría podido ese día ser peor; lo que acababa de experimentar era la antítesis de lo que él amaba, la rutina. ¿Cómo es eso que mi cama estaba perfecta sin necesidad de tenderla? ¿Cómo es siquiera posible que los huevos que estaba batiendo vuelvan perfectos a su cáscara? ¿Por qué la sartén no se calentó en todo ese tiempo? ¿La sal puede hacer todas esas

maravillas? ¿Por qué mi mano no se quema al ponerla sobre el fogón? ¿Será que la nevera congelada tiene también algo que ver en todo este enredo? Pero lo más importante: ¿por qué los relojes no corren en este apartamento? ¿Por qué sigue iluminado como en la mañana? ¿Qué está pasando con el tiempo en este lugar?

Todas estas preguntas rondaban la mente de Jorge. Indagaba, buscaba una solución sensata para este gran acertijo. Lo primero que cruzó por su memoria fue el hecho de que la nevera no estaba funcionando como debía, al principio este hecho podría parecer solo una falla técnica, pero recordó que la sartén tampoco se calentaba, y que sus manos tampoco se quemaron: hay un problema con la temperatura de este lugar, pensó. Sin importar el cansancio acumulado, Jorge se levantó de inmediato a poner a prueba su hipótesis. Para esto abrió la hielera de su refrigerador, escogió un par de cubos de hielo y los lanzó al interior de un vaso lleno de agua, mientras observaba de manera atenta. Esperó un par de minutos y, otra vez, se sintió anonadado. El líquido que estaba en el interior del vaso había empezado a congelarse alrededor de los hielos. Ahora estaba más seguro que nunca: hay un problema con la temperatura de este apartamento, nada se calienta de manera normal, lo frío parece ser dominante, nada se descongela.

Pero no solo la transferencia de temperatura se comportaba de manera antinatural, la reorganización de los granos de sal que se habían caído del tarro, el perfecto orden de sus cobijas en la cama y la reestructuración de los huevos en sus cáscaras fueron sucesos aún más impresionantes. Por un momento pareciera que en cada uno de esos acontecimientos el tiempo hubiese retrocedido de manera local. Tras meditar en este grupo de anomalías matutinas, Jorge concluyó que todas tenían un hilo en común: cada uno de esos sucesos tuvo la tendencia de reorganizar o reestructurar objetos que habían perdido su orden. De nuevo, esta hipótesis tenía que ser puesta a prueba, por tanto ideó otro experimento: esta vez rompería el florero que su mamá le había regalado en su cumpleaños y observaría con atención lo que pasase a continuación; para su sorpresa, ni bien el florero de cerámica se había despedazado, cada una de las piezas se juntaron de nuevo para reconstruirlo. Era cierto lo que Jorge había pensado, el orden primaba por sobre el desorden en su pequeño apartamento. Después de revisar cada

uno de los cajones de su ropa, y encontrar todo perfectamente doblado y organizado, supo que no había escapatoria.

Pero ¿cómo era esto posible? Si tan solo tendiendo su cama él tenía que dedicar parte de su tiempo y esfuerzo, ¿cómo es que ahora de la nada surgen todas estas cosas organizadas?, ¿acaso hay algo externo e invisible que organiza todo para mí?, se preguntó. Esto ya no tenía el más mínimo sentido. Empezaba a perder la cabeza.

Pese a la incesante luz de su apartamento, el sueño ganó la partida y Jorge durmió durante horas; sin embargo, al despertar vio que sus relojes seguían marcando la misma hora. Harto de esta anomalía salió a dar un paseo para evadirse. Sentado en las bancas del parque, justo frente a su edificio, se dispuso a hallar algún mínimo sentido. Todo era tan extraño. ¿Por qué en su apartamento no transcurría el tiempo?

Meditó durante horas y empezó a vislumbrar una posible explicación. ¿Cómo puedo saber con certeza que el tiempo transcurre normalmente?, se seguía preguntando. Fue entonces cuando notó que su helado comenzaba a derretirse y las gotas que caían al suelo jamás iban a subir de vuelta al helado. ¡EUREKA!, exclamó con fuerza, toda la gente lo miraba con repudio, pero en ese momento a Jorge no le interesaba para nada lo que pasaba a su alrededor. Al fin había encontrado la clave para dar explicación a su antinatural apartamento: el tiempo le estaba dando las respuestas.

Si cada cosa en el apartamento se congela al estar en contacto con objetos fríos y además cada desorden es reorganizado por la misma naturaleza, no existe manera de saber si el tiempo transcurre en una dirección o en otra, no hay cómo identificar hacia dónde se desplaza. En su apartamento se había roto algo importante, una ley fundamental: ahora ese pequeño espacio codificaba el único lugar de todo el cosmos donde el tiempo no podía transcurrir con tranquilidad.

Jorge pasó a sentirse el hombre más privilegiado de la historia. Por primera vez en los millones de años de existencia del universo, una regla fundamental había sido deshabilitada en una región del espacio, y justo

había sido en su hogar. No entendía por qué tal privilegio le había sido concedido a él, un hombre común, amante de lo corriente y cotidiano, de lo natural y lo que debe ser siempre igual, un hombre que tan solo horas atrás había sido despedido de manera vil por su jefe de toda la vida.

Ahora que la suerte le volvía a sonreír, no sabía qué hacer con tal conocimiento a su disposición. De solo pensar en las consecuencias que traería para su vida que esto se conociese en todo el planeta, un escalofrío inmenso le recorría la medula espinal. Solo anhelaba que sus vecinos hubiesen olvidado por completo el fatídico evento que lo había bautizado como el “brujo loco” de su torre residencial.

Jorge, el elegido para visualizar aquello que jamás había acontecido y quizá nunca acontezca de nuevo, ante el pavor de ser descubierto, decidió vivir encerrado. Solo salía a buscar alimentos y a satisfacer necesidades básicas. Así duró diez años, el tiempo que todo su dinero ahorrado le permitió vivir sin problemas. Durante esa década Jorge se dedicó a caracterizar y parametrizar todo lo que pasaba en su místico apartamento, a través de sus observaciones y experimentos logró construir nuevas leyes que solo regían para su universo, para todo el espacio delimitado por las paredes de su hogar.

Ahora, sin más dinero, Jorge decidió dedicar los últimos días de su vida a admirar por completo la belleza de su nuevo microcosmos, sin importarle siquiera morir de hambre. Y así fue: solo siete días más pudo ser admirada la maravilla de la ruptura de la generación de la entropía en el universo.

Seis meses después de su muerte, sus vecinos y amigos quisieron saber qué había pasado o qué estaba pasando en el interior de ese oscuro departamento, puesto que no habían tenido más noticias del “brujo loco”. Al notar que no respondía a los llamados a su puerta, los vecinos entraron a la fuerza. Fueron directamente afectados por el fétido olor del cadáver en descomposición, que yacía sobre el piso.

Recorrieron el lugar y vieron que todo estaba destrozado. Reinaba un desorden absurdo. Encontraron fragmentos de platos, vasos y floreros



esparcidos por todas las habitaciones. El suelo estaba repleto de granos de sal. Todas las ollas y sartenes estaban absolutamente chamuscadas por el intenso fuego al que habían sido sometidas. Al parecer, con la muerte de Jorge también murió la mística universal de su apartamento. Quizá la anomalía cosmológica que alguna vez existió allí, desapareció también con quien la había descubierto y estudiado con pasión. O quizá su cerebro, desesperado ante la eterna rutina sistemática que lo había gobernado toda su vida, decidió protestar por un tiempo, congelándolo todo.

**LA  
SINGU-  
LARIDAD  
QUE  
ÁLGUNA  
VEZ  
FUIMOS**

Por  
**Catalina Navas**





*maramaria*

---

El computador interrumpió la rutina de Andrea con los tres mensajes que llevaba varios días poniendo en la pantalla.

El disco está lleno. Elimine archivos para optimizar el almacenamiento.

La batería está a punto de agotarse. Conéctese a una fuente de alimentación.

Hay actualizaciones disponibles. Reinicie para instalarlas.

Andrea no quería borrar ningún archivo, no quería pararse a conectar el computador, no quería reiniciar. Llevaba una hora larga viendo la transmisión en vivo del lanzamiento espacial del Falcon Heavy 1. Space X, una empresa norteamericana, estaba probando nuevas tecnologías para viajar a Marte y en lugar de enviar los bloques de concreto usuales como peso en su cohete, había puesto a orbitar un automóvil eléctrico que flotaría en el espacio oscuro del sistema solar por muchos años.

Andrea había visto el cohete despegar, lo había visto salir de la atmósfera y por primera vez en la historia de la exploración espacial, había visto aterrizar los dos propulsores de vuelta en la Tierra en lugar de convertirse en basura. Los noticieros y periódicos se habían hecho eco de la proeza técnica que era hacer regresar los propulsores, pero a Andrea lo que más le gustaba eran las imágenes del automóvil que había empezado ese día su viaje largo de años y kilómetros por el espacio.

Andrea estaba sentada frente al computador sin quitar los ojos del carro tripulado por un maniquí vestido de astronauta. Starman, lo habían llamado. A veces se veía el carro en primer plano con la luna al fondo, a veces solo se veía el espacio oscuro. Las tomas favoritas de Andrea, sin embargo, eran esas en las que se veía la Tierra, ese globo azul atravesado por tormentas blancas de nubes. Las veía y pensaba que ella habitaba en alguna parte de esa esfera azul en el espacio y le producía un placer inexplicable saberse pequeñísima e insignificante.

Pensó en Santiago y recordó la vez que fueron a caminar por esas montañas, por esos filos de roca en los que no crecía nada. Subieron hasta un sendero en lo alto y caminaron por el borde: el desfiladero a un lado, la roca lisa por el otro. El viento era el más fuerte que ella había sentido nunca: cuando venía una ráfaga se tenía que anclar firmemente al suelo con los bastones de *trekking* para no caerse al piso en el mejor de los casos, al vacío en el peor. Se metieron en una grieta en la roca para protegerse del viento y comerse frías las empanadas que habían comprado el día anterior. Comieron sintiendo el vértigo de verse los pies descolgados sobre el vacío y las copas de los árboles muy por debajo de ellos. Se dieron un beso largo. Había llovido y bajaron de vuelta al pueblo por entre piedras gigantescas, erosionadas de agua y viento. Ese día Andrea pensó que así debería verse la superficie lunar, cubierta de rocas grises donde no crecía nada.

Vio a Santiago sentarse en una piedra junto al río y mirar fijo el agua. Hacía apenas un momento habían atravesado colgados de una tarabita como crisálidas. Andrea había sentido la espalda curvada de Santiago contra su pecho, su propia respiración agitada por el miedo y el viento helado de la mañana mientras cruzaban a toda velocidad sobre la corriente.

—Esa montaña, —dijo Andrea señalando un cerro de roca que estaba frente a ellos— esa es mi favorita. Es la más linda de todo el macizo. Me gusta de las montañas que llevan ahí toda la vida y ahí seguirán quién sabe cuántos millones de años más.

Santiago se volteó para mirarla y se dio unos golpecitos en el oído para indicar que el ruido del agua contra las rocas no lo dejaba oír.

Al bajar por el sendero, a su izquierda, vieron una pareja de guanacos que huyeron cuando oyeron pasos. Los cascos de los animales golpeando el suelo, sus ollares despidiendo aire húmedo y caliente mientras corrían hacia el bosque. Les tomaron una foto que Andrea conservaba en su teléfono: los animales eran apenas una mancha grisácea en la imagen.

Cuando regresaron al pueblo se acostaron en la cama del domo geodésico que habían alquilado para dormir esa noche, abrieron las ventanas que

dejaban ver el cielo nocturno y se quedaron dormidos tratando de identificar constelaciones. Los cielos australes no eran familiares para ellos y no pudieron reconocer ninguna.

Después de ese viaje habían dejado de verse. Pero Andrea no quería pensar en eso, no ahora. Ahora quería ver la transmisión del automóvil que viajaba por el espacio. Llevaba ya varias horas pegada a la pantalla del computador viendo el carrito flotar en el espacio. Se había parado a hacerse un té y a traer un paquete de papas fritas de vinagre y sal. Se había comido todo el paquete ella sola aunque tuviera un *sticker* redondo que dijera: tamaño familiar, mismo precio. Se había chupado los dedos hasta retirar todo rastro de saborizante artificial.

Se acordó de cuando era pequeña y jugaba con los Hot Wheels de su hermano. Antonio se ponía furioso cuando descubría que ella otra vez le había quitado sus carritos para esconderlos detrás de las piedras que, si se levantaban, dejaban salir un ejército frenético de insectos de cuerpo duro que se hacían bolita cuando se los tocaba. Andrea se robaba los carros de Antonio y los hacía transitar por esas piedras, por entre los helechos. Se imaginaba que los carritos de juguete desafiaban la ley de la gravedad y volaban desde la piedra de superficie desigual a las hojas de un helecho gigantesco, de las ramas altas del sauco, a las hojas de hierba en el suelo.

El vehículo tripulado por Starman la devolvía a esa época donde los Hot Wheels se elevaban y flotaban en el aire. Ver ese carro circular por el espacio era la realización de una fantasía infantil donde las leyes de la física terrestre no aplicaban.

En un tiempo anterior a este, antes de que existiera Star-man, antes de que los hombres hubieran descubierto el fuego, antes de todo; el universo estuvo concentrado en un solo punto de energía infinita. Todo lo que conocemos estaba reducido a un espacio más pequeño que la cabeza de un alfiler. En ese momento, muy inferior a un instante, un punto en el tiempo anterior al tiempo; todo lo que compone los cuerpos de todas las personas que existen y han existido estaba junto en un espacio minúsculo. Los átomos que los componen y todo el universo con ellos.

Cuando estaban juntos y Andrea estaba feliz, mordía a Santiago en las manos, en el cuello.

—Te quiero consumir. Te quiero comer todo. Empezaría por tus dedos. Los chuparía, les quitaría la carne, lamería tus huesos, trituraría el cartílago de las coyunturas. Te comería todo.

Andrea pensó que esa fantasía de consumir al que se ama nacía del deseo de hacerse uno con el cuerpo del otro. Esa fantasía había sido realidad en ese tiempo anterior a todo tiempo y por fuera de todo espacio donde todo era lo mismo.

Ese momento anterior a todo se llama singularidad. Singularidad es también lo que hay en el centro de los hoyos negros: ese espacio y ese momento donde la gravedad es infinita y la densidad de todo es incalculable. En la singularidad colapsan las leyes de la física: el tiempo y el espacio como los conocemos no son imaginables por la mente humana. Andrea sintió calma y alivio para su tristeza al pensar en ese tiempo, un tiempo inmediatamente anterior a la gran explosión de la que todos somos parte y consecuencia.

Santiago y ella, lo que ahora eran: esa falta de caminar juntos por la calle, ese no recorrer las montañas en compañía; habían sido en algún momento lo mismo y los átomos que componían sus cuerpos distanciados habían estado fundidos en un espacio de densidad infinita. Le gustó la idea. Pensó que ella y Santiago estaban hechos del mismo material del que estaban hechas las estrellas, los cometas, las hojas de hierba y el timón que Starman sujetaba firmemente.

—¿Podemos volver a la singularidad que alguna vez fuimos? —susurró Andrea mientras seguía con los ojos la trayectoria espacial de Starman en su pantalla.

Se despertó. La batería del computador se había agotado y en la pantalla titilaba la figura de una pila que se iluminaba roja. Se paró al baño y se miró al espejo. No le gustó el color de su pelo: café que al sol brillaba grisáceo. En el colegio había una compañera que la detestaba y le había dicho “la pelo de rata” hasta el día de su graduación. Lo que más le molestaba de ese



episodio no era el insulto, sino el hecho de que cuando descubría ese color en su reflejo se acordaba de esa compañera de curso. El recuerdo de su compañera hasta el fin de sus días. Se metió a la ducha y se bañó durante tres canciones de la lista de reproducción. Se secó el pelo y se hizo una trenza cuidadosa.

Andrea salió a la calle y caminó hasta el cine que quedaba junto al Parque Nacional. Compró una boleta para la única película que estaban dando ese martes. Se sentó en la sala oscura y fijó los ojos en la pantalla. Pasaban una película de un barco que atravesaba los mares buscando un tiburón jaguar para documentar sus costumbres y posiblemente matarlo. Se aburrió, salió a la confitería y compró un balde de crispetas cubiertas de caramelo. Cuando volvió a sentarse vio que unos piratas habían secuestrado el barco y se había desatado una pelea feroz entre la tripulación de la embarcación y los maleantes. Cerró los ojos y oyó puños y golpes secos. Se concentró en los destellos de luz que se filtraban a través de la piel de los párpados y se preguntó si las luces de la Tierra, el número infinito de luces de las ciudades sería visible desde el espacio, si la transmisión de Starman las dejaría ver.

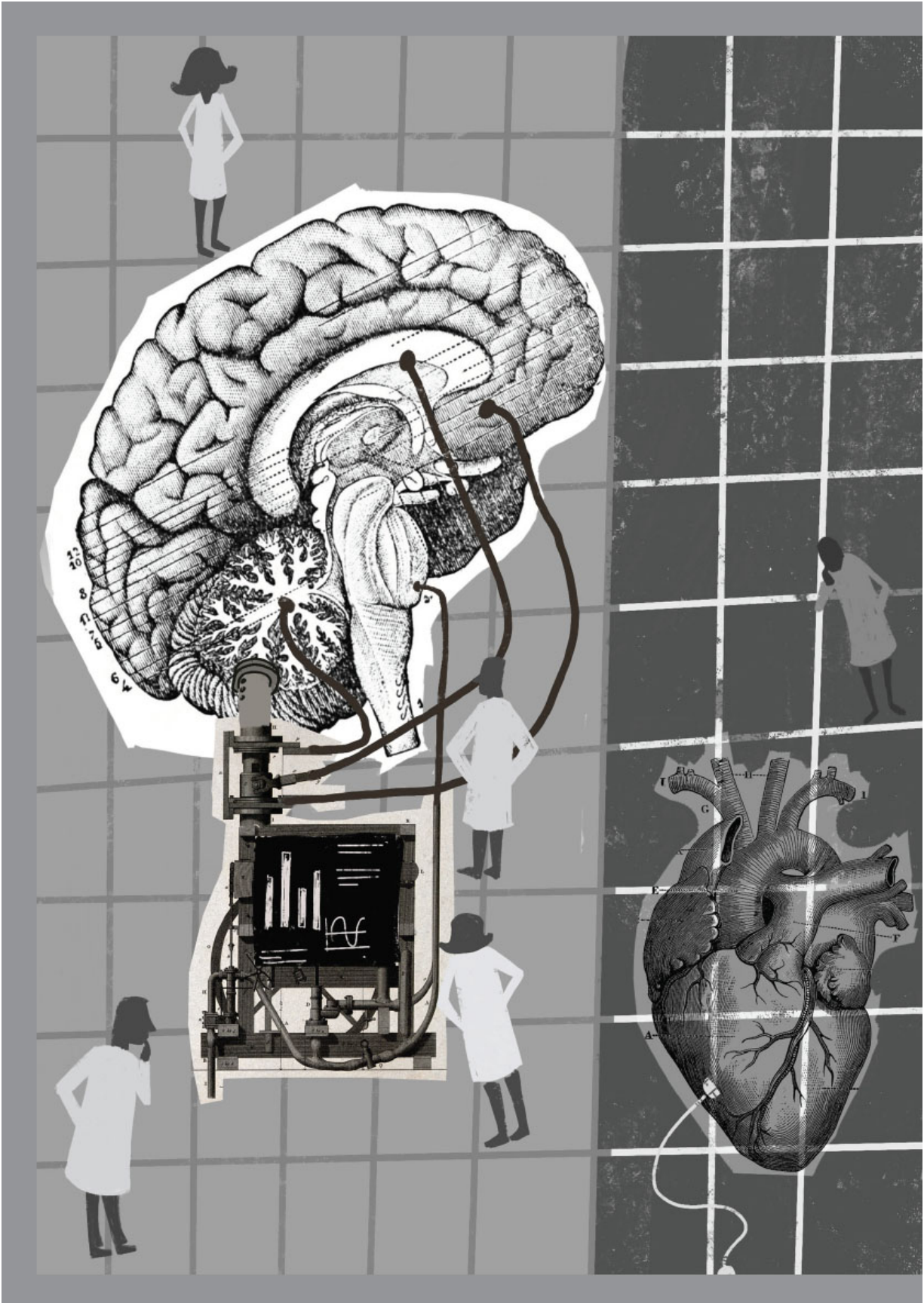
Abrió los ojos y se quedó mirando una crispeta. Algo de planeta golpeado por meteoritos tenía ese maíz cubierto de caramelo, sus protuberancias tenían algo de asteroide. Andrea tomó el maíz entre sus dedos y se dio cuenta de que esa semilla explotada y cubierta de azúcar también estaba hecha del mismo material del que estaban hechas las estrellas. Tenían el mismo origen. Se dio cuenta también de que ella y esa semilla estaban formadas por lo mismo, por el mismo material cósmico. Andrea y la semilla que sostenía entre sus dedos habían sido alguna vez parte de la misma singularidad: los átomos que las formaban estaban compuestos del mismo material del que también están hechos los cuerpos celestes.

La pelea de marineros había acabado y el barco navegaba tranquilamente en el agua oscura. Las luces en los mástiles, esas que indican que el barco está en contacto con los satélites suspendidos en la órbita terrestre, brillaban en la noche de la pantalla.

# DENTRO DEL NO-AUTÓ- MATA

Por  
**James March**





---

La angustia era latente en el centro de control. En sus batas blancas, los doctores del instituto caminaban de un lado a otro pensando cómo solucionar la situación. El estrés era tangible en la atmósfera. El fallo en cuestión no era cualquier *glitch* que pudiera ser arreglado por uno de los ingenieros, o una eventualidad justificable en la discusión del artículo a publicar. La falla podía comprometer años de monitoreo continuo, y millones de millones de dólares invertidos en el proyecto. Un estímulo desconocido había causado una reacción que obstaculizaba la respuesta de la máquina ante las señales enviadas desde el centro.

En la sala principal buscaban solucionar el problema.

—¿Cómo logramos que se destrabe? —preguntó Josef Edwards, el jefe del equipo de inteligencia.

—No sabemos, Jo, Rogers y yo estamos trabajando en ello —respondió Norton, director general del proyecto, mientras presionaba botones en la consola infructuosamente—. Está suspendido el sistema —siguió—. He mandado cuarenta impulsos en los últimos dos minutos y ninguno ha servido. No hay respuesta en los apéndices, ni en la caja central... ¡Ni siquiera la zona neural está reaccionando a la sinapsis!

—¿Pero las funciones básicas del sistema siguen en pie? —dijo Queens, miembro destacado del equipo de mantenimiento—. ¿Sigue haciendo sus procesos de combustión y oxidación normales?

—Todo está en orden, señor Queens. No detectamos falla alguna en cuanto a lo que reportan los examinadores inter-nos y periféricos. El código parasimpático mantiene todo funcionando regularmente, a pesar del fallo. Sinceramente no entendemos qué sucede —aclaró Norton.

Tan pronto el jefe de función motora terminó su aporte, el doctor Apathias Wilson se levantó de su asiento y se acercó con ímpetu militar.

—Deje de hablar sandeces, doctor Norton, usted sabe perfectamente lo que sucede. Es más, es obvio —dijo.

Norton, perplejo por el comentario del doctor Wilson, quedó mudo. En más de treinta años de carrera como científico había leído cantidades innumbrables de textos informativos, divulgativos y técnicos, aparecido y consultado revistas de editoriales prestigiosas, liderado investigaciones ambiciosas que pretendían resignificar la función del cerebro, y a pesar de ello, no encontraba forma de responderle a Apathias. No había nada de obvio en el problema en sus manos; en la medida que ningún grupo en la central reportaba fallas orgánicas detectables no había forma de responder a nivel interno qué estaba sucediendo.

—Realmente no sé qué sucede, Dr. Wilson —confesó algo apenado—. Pero si en realidad es tan obvio como lo presenta, por qué no me dice para darle una solución más rápida a la situación —añadió recuperando su confianza.

Ante la respuesta de Norton, Apathias le lanzó una mirada serpenteante y suspicaz.

—Qué ingeniosa forma de tratar de camuflar su pena, Norton... retarme para esquivar el hecho de que mi intervención le resulta problemática —dijo.

Pausó su intervención un segundo para disfrutar el cambio en la expresión de confianza a incomodidad en la cara de Norton, y luego, mirando falsamente reflexivo hacia el techo de la sala, siguió.

—Podría regalarle la respuesta, pero me divierte ver su comportamiento ante la impotencia intelectual. Sabiendo que puede con el reto, como investigador y como profesor no podría permitirme darle la salida fácil. Ahora bien, podría darle pistas para que llegue a la conclusión a la que quiero que llegue.

—Entonces hágalo —respondió Norton, irritado por la naturaleza pedante de su compañero.

Para David, el nombre le hacía justicia a Apathias Wilson. A pesar de que fuera un hombre sumamente brillante, para Norton, el Dr. Wilson era un terrible ser humano. No era el único que pensaba así; cuando eran profesores, los estudiantes lo apodaban la Víbora. El único comportamiento social esperable de Apathias era la agresión. Las únicas emociones positivas que podía transmitir eran para sí mismo, cosa que hacía que regularmente los demás académicos en el departamento de ciencias se cuestionaran cómo había logrado ser exitoso como psiquiatra. Su ego era tan grande que en alguna ocasión había escuchado a unas chicas en el corredor de camino a clase decir que seguramente la magnitud de su amor propio compensaba “la escasa magnitud” de “su amiguito”. Además, David intuía que Apathias lo detestaba, y eso no contribuía a que alguno de los dos intentase llevar una relación más cordial.

—Lo primero que le voy a pedir, David, es que analice a las personas en este cuarto —empezó a explicar Wilson.

—Están al borde del colapso, ¿y qué? —respondió, mirando alrededor sin notar absolutamente nada especial en la situación, más allá de la evidente crisis.

—“¿Y qué?”. No caiga en el error de limitar arbitrariamente su proceso. En cambio, me parece relevante que ponga mayor atención a lo que acaba de decir. Uso una palabra interesante: *borde*.

—¿Borde?

—Sí. Las personas en la sala muestran una conducta límite. Están en un *borde* y llevan ahí desde que interiorizaron el hecho de que el proyecto peligraba. O sea, más o menos cuatro horas.

—¿Y eso en qué forma ayuda a solucionar el problema?

—¿Se ha preguntado cómo es posible que en las cantidades de estrés continuo y prolongado que manejamos en esta base, podamos mantenernos cuerdos? ¿Qué hacen sus subalternos?

Norton miró de nuevo a su alrededor, y puso atención a sus compañeros. Todos en el cuarto mostraban su angustia. Stevens se encontraba empezando su segunda cajetilla, Cameron le pegaba al muro desesperado, Edwards anotaba garabatos en su libreta. Morrison ayudaba a Harris a normalizar su respiración con una bolsa de papel. Si bien su preocupación era tangible, ninguno se encontraba realmente ocupado en el trabajo.

—Desvían su atención haciendo otras cosas —respondió confundido.

—Efectivamente. Nosotros los psicoanalistas llamamos a este tipo de conductas, *mecanismos de defensa*; hay quienes desvían la atención, otros niegan el hecho, otros les echan la culpa a otros, y así... Seguramente lo vio en un libro de texto hace mucho tiempo, el cual le pareció un desperdicio gigante de tiempo porque “la psicología es sentido común, y no tiene fundamentación científica” —dijo arrogantemente Wilson—. No lo culpo, los neurocientíficos son así. Obsesionados con el determinismo. Ahora bien, usted mismo lo está viendo. Existen. Son reales. Funcionan.

—Nunca había pensado acerca de ello, es en realidad muy interesante. —dijo Norton perplejo, sin poder creer que la máquina que él había ayudado a diseñar fuera capaz de tal tipo de dinámicas cognitivas —. Entonces, ¿lo que usted sugiere es que la falla es tan solo un mecanismo de defensa?

—En lo más mínimo. No puedo creer que aún no lo entienda, David —comentó Apathias, negando con la cabeza—. ¡Esa es la diferencia fundamental entre su máquina y su equipo!

—¿A qué se refiere? ¿Lo hicimos idéntico a cualquier otra persona?

—Eso es una vil mentira y usted lo sabe —siguió el doctor Wilson, con una leve sonrisa de superioridad—. Usted cogió un cuerpo humano en su condición innata y lo convirtió en una máquina. Sabía que era la única forma de llegar a que una inteligencia artificial pasara el test de Turing; la experiencia sensorial total que al día de hoy solo puede existir en un ser orgánico. Implantó este centro de control y pequeñas basecillas a lo largo del sistema nervioso central y se adueñó de él, controlando cada acción como un piloto controla un avión. Hizo que Edwards le impusiera un



*software* de última tecnología para que fuera capaz de razonar mejor que cualquier persona. Y así vio cómo su máquina se desarrolló por tantos años, cumpliendo los más altos estándares en cuanto a desarrollo académico de la inteligencia y productividad —dijo—. Lo felicito, Norton. En verdad. El trabajo aquí es grandioso y lo felicito por su logro, pero debo ser pragmático frente a mi campo, y a pesar de que hizo un robot excepcional, también construyó a una persona mediocre.

Aludido por el último comentario, Edwards, que había estado escuchando la conversación desde su puesto de trabajo al otro lado de la sala, se levantó a confrontar al doctor Apathias.

—¡De qué diablos habla, Wilson, este *software* es el mejor en su clase! ¡Ninguna inteligencia artificial se le compara! ¡Usted mismo acaba de decir que es mentalmente superior que cualquier persona!

—No he dicho mentalmente, dije racionalmente —respondió Wilson con tranquilidad—. Entiendo que un ingeniero de sistemas como usted no entienda la diferencia entre mente y razonamiento. El primer concepto es un medio, el segundo un proceso. Su *software* le permite a la máquina hacer procesos de abstracción y manipulación de ideas y conceptos a velocidades excepcionales. Sin embargo, carece de un elemento cognitivo fundamental para poderse comparar a un ser humano: *emociones*.

—¡Pero sí tiene emociones! ¡Yo mismo vigilé ese proceso! —respondió Edwards extrañado.

El doctor Wilson miró a Josef perplejo y después estalló en risa.

—“Pero sí tiene emociones”. No me haga reír, Edwards. Lo que usted le insertó al sistema fue una serie de conceptos de libros de texto y de diccionario que usted lingüísticamente asocia con emociones. Yo mismo escribí varias de sus fuentes. Sin embargo, las emociones no son conceptos, son procesos bioquímicos y biofísicos consecuentes con la recepción de estímulos del mismo nivel que los que usa la máquina para razonar. Sé que desde el equipo de inteligencia en ningún momento han procurado alcanzar

formas de que la máquina maneje emociones complejas, haciéndola psíquicamente vulnerable.

Edwards y Norton quedaron mudos. No había cómo responder a eso, la lógica de Apathias era inapelable. Cuando creyó encontrar un flanco débil, Norton siguió la conversación.

—Si la máquina es tan vulnerable, ¿cómo es posible que hayamos llegado tan lejos en la experimentación? ¿Cómo es posible que hayan pasado tantos años sin que alguien se diera cuenta?

—Gracias por preguntar, Norton. Ese es mi trabajo. Espero que lo supieras de antemano —respondió orgulloso Wilson.

Norton abrió los ojos sorprendido. Su trabajo lo consumía tanto que realmente no tenía idea de lo que hacía más de la mitad de las personas en su planta, incluyendo algunos directivos como Apathias. Como su relación siempre fue distante, David había preferido ignorar al doctor Wilson, contando con que él haría su trabajo a cabalidad. Con falsa lástima, el último siguió hablando.

—Lamento mucho que no hayas tenido un momento en todo este tiempo para pasar por mi oficina. Los muchachos en Comportamiento social no somos los más sociables, pero sí que hemos contribuido a este proyecto. Ahora —dijo recuperando su compostura—, respondiendo a tu pregunta, David: es cuestión de tiempo. Hoy en día nadie trata de manejar emociones complejas, de forma que es muy fácil esconderse a simple vista. Es uno de los muchos problemas del mundo neurocéntrico. En una sociedad que vela siempre por lo físico, lo explicable y lo replicable, y en el que todo proceso humano se explica en cuanto a materias grises y blancas, quién tiene tiempo para ponerse a pensar en minucias, como, quién sabe... emociones. Muchos posmodernistas hablan del tema. Si encuentras tiempo fuera del que consumes siendo *el hombre que derrotó a Turing*, te recomendaría que leyeras autores como Bauman, Gabriel, Simondon...

—Apathias, yo... No sabía... Discúlpeme.

—No te angusties, David —siguió el doctor Wilson con una falsa modestia hiriente—. ¿Qué sería de este proyecto sin el doctor Norton firmando autorizaciones y recibiendo el crédito por el equipo? —David Norton agachó la cabeza, humillado—. El caso —siguió Apathias—: la máquina se camufla pasando bajo la máscara del trastorno del espectro autista. El patrón de comportamiento que el adorable *software* de Edwards sugiere para esta encaja perfectamente con los síntomas de un trastorno severo: alta atención al detalle, hipersensibilidad sensorial, alto coeficiente intelectual, dificultad para asimilar abstracciones del tipo subjetivo como emociones, limitaciones en la interacción social con sus pares... Lo mejor es que su condición es indiferente al resto de personas que interactúan con el robot sin saberlo; hoy en día todos tienen alguna patología psiquiátrica, entonces, ¿qué diferencia hace un autista más o menos en el mundo?

Edwards tenía los ojos muy abiertos y la mandíbula colgándole. Norton conservaba su compostura, pero se sentía igualmente asombrado por el comentario de Apathias. Le intrigaba y le asustaba el hecho de que la sociedad permitiera que un sujeto de estudio como el suyo pasara con tanta facilidad por debajo de las narices de todos.

—Volviendo a la falla, doctor Wilson, entonces, ¿cuál es su diagnóstico? —preguntó.

—Antes de responderle, Norton, necesito unos detalles. ¿Las centrales sensoriales reportan estímulos entrantes? O sea, ¿hay percepción sensorial?

—Sí —respondió Josef, agitando la cabeza mientras volvía de su trance.

—Pero ¿su inteligencia no logra procesar la integración de estos?

—Exacto. Está tieso como un pan viejo y pareciera que se hubiera quedado sordo y ciego.

Asintiendo condescendentemente, Apathias Wilson siguió indagando.

—Me lo esperaba. ¿Qué estaba haciendo antes de la falla?

—Estaba solo en casa, recostado en su cama, viendo una red social, y de repente...

Apathias le puso la mano en la boca a Josef para callarlo, y miró directamente a Norton.

—Su falla es un caso de libro, David. Es un trastorno de neurosis histérica. Es una patología psiquiátrica algo rara, que sería preocupante de no ser por el hecho de que se controla rigurosamente toda función motora del individuo. Sin nosotros dentro, este hombre bien podría cometer un crimen sin saberlo. Agradezca que solo manifiesta síntomas sensoriales.

—¿Cómo cree que sucedió? —preguntó Norton.

—Seguramente, mientras veía su celular, la máquina fue capaz de sentir una emoción fuerte. A lo mejor se enamoró, o sintió celos, o rabia... El *software* de Edwards no fue capaz de asimilarlo, y colapsó.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Edwards.

—Normalmente lo remitiría a neurología o psicoterapia, pero no es posible hacer eso sin comprometer la identidad clandestina de nuestro sujeto —respondió Wilson—. ¿Dijo usted que estaba solo en casa, en su cama?

—Sí, señor.

—Aprovechemos que posiblemente nadie se ha dado cuenta de la situación desde afuera, y que se encuentra en una ubicación conveniente. Póngalo a dormir.

Edwards y Norton se miraron a la cara, y luego volvieron a mirar a Wilson sorprendidos.

—¿Eso es todo?! —dijo David, seguido por Josef.

—No les puedo asegurar nada, pero confío en que con algo de sueño se le pasará —respondió Apathias.

Edwards y Norton se mantuvieron en su sitio mirando fijamente al doctor Wilson, desconcertados.

—Vamos, háganlo, el tiempo apremia —insistió.

Volviendo en sí, se acercaron a la computadora central y dieron el comando para que la máquina entrara en modo de descanso. La luz en la central bajó de intensidad, indicando que la señal se había recibido exitosamente y el sujeto estaba en modo dormido. Norton avisó por el comunicador que se había dado solución a la falla, y un suspiro generalizado de alivio se escuchó por toda la base, haciéndola temblar. La mayoría del personal en la sala se levantó y salió, dejando solos a los doctores Norton y Wilson. Cuando Wilson se fue a levantar, Norton lo detuvo.

—Apathias, espere, tómese un café conmigo.

Volviendo a sentarse, Wilson accedió y se sentó. De la estación de café en la sala, David preparó dos tazas, las colocó sobre platos pequeños y las sirvió en la mesa donde estaba Apathias.

—Muchas gracias por su colaboración —dijo el doctor Norton.

—Faltaría más, David, es mi trabajo —respondió Wilson en un tono sinceramente humilde, que le era muy poco característico.

—Otra vez, me gustaría disculparme si he sido arrogante o...

—Para nada. Estaba jugando con usted. Es un hábito desagradable que tenemos algunos profesionales de la mente. Pretender que el hecho de que yo lo confronte, pero lo ayude, me hace necesariamente el antagonista incomprendido de esta base, así como que usted reciba reconocimiento y trabajo de administrativo lo hace necesariamente un déspota, son un par de silogismos estúpidos y sin valor. La realidad es mucho más compleja. Los dos lo sabemos — dijo Apathias con confianza.

—Entiendo.

Hubo un silencio incómodo entre los dos. Súbitamente, Apathias interrumpió en un tono desconcertante.

—¿David?

—¿Sí?

—Hay cámaras y micrófonos en esta base grabando todo, ¿cierto?

—Por monitoreo experimental y por seguridad nacional, el gobierno y la universidad nos obligan a hacerlo. Un equipo de la CIA en Washington, y uno de académicos en California reciben todo.

—¿Conoces a las personas en California?

—A una que otra sí, ¿por qué?

—Me genera curiosidad.

—¿Por qué?

—No sé... me acabo de percatar... me inquieta... tú sabes.

—¿Saber qué?! ¡¿Qué pasa, Wilson?!

—Pues, la información viaja muy rápido hoy en día. Llega a todas partes. Se filtra. No sabemos quién pueda tener conocimiento sobre esto que hacemos aquí.

—Apathias, confío plena y ciegamente en el equipo de la universidad.

—¿En serio?

—Completamente seguro.

Apathias miró para todos lados, buscando hacer contacto visual con las cámaras en las esquinas de la sala blanca. Llevaba una sonrisa pícaro y un aire particularmente sereno para la tensión en el cuarto. Se reía para sí.

Mientras tanto, David se concentraba, digno, en su taza de café. Después de un tiempo, Apathias le tocó en el brazo para llamar su atención.

—David, en serio, ¿no te angustia, ni siquiera un poco, que uno de los sujetos preliminares esté leyendo nuestra conversación?

# **EL VIAJERO DEL TIEMPO Y SUS PAPAYAS MADURAS**

Por  
**Jacug 2019**







---

## I

### Un robot de verdad

Con cada paso que daba hacia la escuela, sus pensamientos y su imaginación lo transportaban a mundos lejanos, tal vez inexistentes, en los que la tecnología estaba al alcance de todos. El profesor había dicho el día anterior que en la clase conocerían un robot de verdad, y toda la noche no había podido dejar de pensar: ¿cómo sería el robot?, ¿qué podremos hacer con él? ¿Qué es un robot?

La noche anterior había soñado que viajaba en el tiempo y el espacio hasta un planeta extraterrestre en compañía de un ejército de robots, con la misión de explorar mundos en los que la vida se hubiese hecho camino. Lo había despertado Paco, que le ladraba a los pájaros madrugadores. Ahora iba camino al colegio a conocer un robot verdadero.

¿Qué nombre le pondremos? ¿Se hará nuestro amigo?

La ansiedad le carcomía los pensamientos, tanto que no notó cuando Luis se unió a su caminata.

—¡Hola Jorge! —dijo Luis, pero Jorge no respondió.

Ni siquiera notó la presencia de su compañero, quien repitió su saludo molesto, moviendo manos y cabeza frente a la cara de Jorge:

—¡Buenos días, Tierra llamando a Jorge!

—Hola —dijo por fin Jorge—. ¿A qué hora tenemos la clase con el robot, con el profesor Julio?

—Como a las diez —sentenció Luis.

Poco faltó para que Jorge rompiera a llorar. Faltaban cinco horas para conocer al robot, no dejaba de pensar en todo lo que haría cuando el profesor les permitiera tocarlo.

## **II**

### **Una tierra lejana**

El camino a la escuela era una trocha como cualquier otra, la mañana estaba llena de aire puro y muchos colores y olores. De cada lado del camino se podían apreciar cultivos y matas que se mecían suavemente con la brisa del amanecer. Se escuchaba el ruido del río, que atravesaba el valle donde Jorge había vivido toda su corta vida. Su familia vivía en la vereda El papayal, y la papaya era la fruta más cultivada en la región. Se permitió pensar en otra cosa distinta al robot cuando el ruido del río lo distrajo. Seguro el río estaría en su punto para el calor de la tarde. Camino a casa, luego de la escuela, él y Luis nadarían un rato en sus tibias aguas, y el tema de conversación sería el robot de la clase de tecnología.

Luis seguía parlotando sobre la cena de la noche anterior y sobre el maloliente novio de su hermana. Habló también sobre un problema con el cultivo de papaya que su familia tenía, pero Jorge no le prestó atención. De momento en su mente solo había espacio para los robots, aunque no tenía ninguna idea de qué era tal cosa ni lo que se podía hacer con ellos.

Los días veraniegos se hacían cada vez más largos y el calor en el camino empezaba a sentirse porque el sol de la mañana se imponía con sus primeros rayos de luz. Luis y Jorge continuaron camino a la escuela, desprevenidos del hermoso paisaje rural que se alzaba en la cordillera donde los dos estaban creciendo, una tierra lejana de la contaminación, del ruido y del bullicio citadino, pero golpeada por el terrible calentamiento del planeta.

## **III**

### **La fiel papaya**

Don Jeremías, el conserje y padre del profesor Julio, estaba en su hamaca cuando escuchó la campana de la escuela repicar. Bostezó y se puso su sombrero, el calor ya se sentía y no presagiaba temperaturas suaves para el mediodía. Caminó por el sendero que iba de la escuela al papayal, vio la

hierba seca y recordó que no llovía desde hacía casi un año. El calentamiento convertirá todo en desierto, pensó.

El pozo subterráneo de la escuela se nutría del río; sin embargo, su nivel disminuía todos los días. Las papayas, su olor y su color, atraían toda clase de animales e insectos. La sombra de los papayos amainaba el calor, y su aroma alegraba el día. Don Jeremías recogió cinco papayas maduras y una más pequeña que se dispuso a comer ahí mismo. Oyó un grito de “¡gooooool!”, y pensó que debía apurarse si quería tener comensales al volver.

Los niños salieron al patio de la escuela a jugar con los otros estudiantes. En total, el centro educativo no pasaba de treinta alumnos, contando primaria y secundaria; sin embargo, cada grado era un mundo diferente, a los estudiantes de sexto les gustaba jugar en un improvisado lazo que colgaba de la rama de un gran árbol que ninguno sabía identificar.

Jorge, impaciente, continuaba divagando sobre el robot del profesor Julio, solo se concentró cuando don Jeremías les ofreció una deliciosa rebanada de papaya del cultivo de la escuela, que él mismo cuidaba. Ana Lucía y Federico, compañeros de Jorge y Luis, no gustaban de la fruta, su mamá todos los días les enviaba onces que compraba en el pequeño poblado de la vereda. En contraparte, Luis y Jorge habían crecido con las papayas desde siempre, por lo que un bocado de ellas siempre era bienvenido. Mientras degustaban la fruta, oyeron a don Jeremías quejarse de la falta de agua para regar las papayas y demás plantas. Un “gracias” y la panza llena de papaya dulce eran el pago para don Jeremías. Todos los niños regresaron al salón de clases. Jorge entró en primer lugar y se encontró en el salón con el profesor Julio, quien llevaba una extraña caja bajo sus brazos.

#### **IV**

#### **La caja misteriosa**

El profesor Julio empezó su clase hablando del calor, de los problemas del planeta Tierra, de la responsabilidad de cada uno de ellos por mejorar su entorno y de cómo la tecnología debía aplicarse para resolver problemas de

la gente común como ellos. Habló de la necesidad de volver algunos procesos eficientes y automatizados. Ana Lucía le preguntó al profesor qué significaba automatizar, a lo que el profe le respondió que automatizar algo era hacerlo más eficiente, usando la tecnología para lograr tal fin. Explicó que automatizando algunos procesos estos se harían más rápidos y eficientes, y que así se podía obtener mayor productividad. Explicó también que dichos procesos podían ser de cualquier tipo: en la casa, en fábricas, en la escuela, en todos los lugares. Jorge levantó la mano y, sin esperar a que el profesor le diera la palabra, preguntó si se podía automatizar algún proceso en el salón de clases.

El profesor le respondió con gusto:

—En un momento automatizaremos un proceso aquí en este salón utilizando a un nuevo personaje.

Ana Lucía preguntó si un semáforo era automático, luego Federico, sin dejar responder al profesor, le dijo que sí, que los semáforos estaban automatizados, permitiendo que el tráfico fluyera de mejor manera. Jorge se preguntaba si de una u otra forma se podría automatizar la recolección de agua en la escuela y en su casa, un proceso manual que implicaba cargar grandes cantidades de agua en recipientes. Se preguntaba si la papaya podía verse beneficiada con algún proceso automático que permitiera mejorar la productividad en su casa y en la escuela.

El profesor Julio se acercó a la caja que tenía bajo su asiento y dijo:

—Como lo prometido es deuda, ahora vamos a conocer a Genaro.

Y metió la mano en su caja misteriosa.

## V

### Los ojos que son oídos

Dos motores eléctricos había dicho el profe Julio; una rueda desquiciada o loca, le pareció oír a Jorge. Eran las piernas del robot.

—El robot se energiza con una pila cuadrada, y además...

El profesor continuó hablando acerca del robot y las energías alternativas. Jorge no podía centrar su atención en lo que decía, sino en el extraño objeto que sostenía en sus manos. El robot que el profesor sostenía parecía un vehículo, con la diferencia de que aparentaba tener cabeza y brazos, un aspecto casi humano que no pasó desapercibido para Jorge. El robot no se movía, parecía muerto, y esto lo decepcionó porque esperaba ver más actividad.

El profesor continuó hablando un buen rato, mientras Jorge no paraba de imaginar qué sería capaz de hacer ese robot. Sus pensamientos divagaron por mundos utópicos, mundos automatizados en donde la tecnología y la naturaleza convergen y propician mejores productos para los seres vivos, lugares donde la contaminación es historia, el calentamiento global se ha superado y el hambre ha sido erradicada de manera eficiente. Mundos que no existen, pensó Jorge con tristeza, mundos de ciencia ficción.

—Vamos a encender el robot y veremos qué ocurre —dijo el profesor Julio.

Conectó un par de cables al robot y lo puso en el suelo. El mecanismo lo hizo moverse hacia delante y chocó con el escritorio del profesor. Intentaba continuar avanzando hasta que rodó por el piso. Luis lo levantó. Jorge se volvió a decepcionar, puesto que el robot no hizo nada maravilloso.

—¿Cuál es el problema, muchachos? ¿Cómo podemos hacer que el robot no se choque con los objetos? —preguntó entonces el profesor.

—Debe poder ver los objetos, señaló Federico.

Jorge pensó que la idea de Federico no era mala, así que añadió:

—Luego de verlos debe evitarlos, esquivarlos y volver a andar hacia delante.

—Y repetir ese proceso —terminó el profesor—. Pues bien, es precisamente todo eso lo que debemos poder decirle al robot que debe

hacer.

Buscó nuevamente en la caja misteriosa y sacó un cable, conectó un extremo al robot y el otro a la vieja computadora de la escuela. Abrió un programa y escribió algo en un lenguaje un poco extraño: un par de líneas de texto que ninguno de los niños podía entender.

Los niños quedaron asombrados porque el profesor les comentó que de esa manera podían hacer que el robot obedeciera las órdenes que le diéramos. Explicó que el robot detectaría los objetos al frente con un sensor y que ese sensor actuaría como los ojos, pero que para detectar objetos lo que utiliza es el sonido. Unos ojos, pero como oídos, pensó Jorge.

Nuevamente el profesor puso el robot sobre el suelo y arrancó hacia delante, al acercarse al escritorio se detuvo, giró a la derecha y volvió a avanzar, se topó entonces con la pared del salón y otra vez se frenó, giro a la derecha y arrancó de nuevo, por último llegó cerca de los pies de Jorge, quien lo observaba con atención. Genaro se paró, giró a la derecha y ya no pudo arrancar porque el niño lo levantó del suelo asombrado junto con sus compañeros de clase.

## **VI**

### **La tarea que cambiaría un mundo**

El río estaba justo como había pensado en la mañana, con una temperatura agradable y un sonido arrullador que lo invitaba a la siesta. Solo rompían la paz los gritos de Luis y Federico, mientras hacían su competencia de natación diaria. Ana Lucía jugaba con Paco a lanzarle un palo, pero el perro no hacía el menor movimiento. El río llevaba agua cristalina, el lugar donde se encontraban era un pequeño remanso de agua con grandes árboles en sus orillas, lo que regalaba una temperatura fresca a pesar de que el sol estaba en lo más alto del cielo. Era una piscina natural apacible y profunda.

Jorge meditaba sobre la tarea que el profesor Julio les había asignado. No dejaba de darle vueltas a los tipos de procesos, en su casa o en la escuela, que podrían mejorarse con el uso de la tecnología. El río llevaba frescura y



mucha agua, pero las papayas sufrían la temperatura y el calor. Se le ocurrió pensar en que se podía llevar el agua del río a los cultivos de papaya para amainar la sequía.

Jorge cerró los ojos y nuevamente se ubicó en el salón. El profesor Julio le recibió el robot a Jorge.

—¿Qué les pareció? —les preguntó a todos.

Los niños estaban eufóricos, querían tocar a Genaro, querían estudiarlo más, tenían mil preguntas. Así que el profesor, intentando canalizar toda esa iniciativa, dijo:

—Para la próxima clase cada uno traerá identificada una tarea manual que se pueda automatizar para mejorar el proceso. Puede ser donde ustedes quieran. No solo los robots son automáticos, los procesos pueden automatizarse y esa forma de utilizar la tecnología generalmente siempre es beneficiosa para el hombre.

Para los niños esa había sido la mejor clase de sus vidas.

Los ladridos de Paco lo llevaron de vuelta al río. Ana Lucía intentaba hacer que Paco la persiguiera, Luis y Federico discutían acaloradamente sobre quién había aguantado más bajo el agua.

—Voy a estudiar para poder crear robots en un futuro —dijo Jorge en voz alta, interrumpiendo los juegos de sus compañeros—. Les diré a mis papás que me envíen a una gran universidad para ser ingeniero y volveré aquí cuando pueda aplicar todo lo que haya aprendido. La clase de hoy me ha servido para decidirme y dedicaré todos mis esfuerzos a sacar adelante mi sueño. —Por último, el niño se puso de pie y gritó—: ¡Te voy a atrapar, Federico!

Y se lanzó de cabeza a la deliciosa agua del río.

## VII

### Un amigo que nunca olvida

Un día gris, luego de muchos años, Jorge despertó y no pudo evitar recordar con mucho cariño su infancia en la vereda, en la escuela, en el río. Sus papás aún vivían en ese maravilloso lugar al que él, con todo su corazón, deseaba volver. Recordó a su profesor Julio, a sus compañeros de colegio, en especial a Luis, su mejor amigo. Recordó aquella clase de tecnología en la que el profesor había llevado un robot al salón y les había mostrado cómo se podía automatizar un proceso cualquiera. El bullicio de la ciudad iniciaba con los rayos del sol. Jorge era ingeniero en automática y robótica, todo lo que había aprendido a lo largo de sus años de estudio, se entremezclaba en su cabeza con los recuerdos de la niñez, las papayas sedientas y su escuela rural. Sin pensarlo dos veces, decidió volver. Regresaré a casa de mis papás, sentenció para sí. Se levantó de la cama y alistó su maleta. Empacó una cantidad de dispositivos que había adquirido a lo largo de su carrera, y sonrió.

Tardaba casi un día entero en desplazarse desde el lugar de estudio hasta su casa. Viajó por tierra y luego por trochas, atravesó las montañas y luego de horas de viaje, empezó a reconocer lo que veía, escuchaba y olía. Las papayas dulces seguían en el mismo espacio donde las recordaba, su vieja escuela aún era el templo del saber para los niños del lugar. Su pueblo era todo lo contrario a la ciudad de donde ahora venía. El campo era paz y tranquilidad. El camino del río cantaba la misma canción de siempre, el calor y el sol lo empujaron a darse un chapuzón.

Paco fue el primero en notar su presencia, movía la cola y lloriqueaba como un cachorrito. Es un amigo de verdad y nunca me ha olvidado, pensó Jorge. Luego de las lágrimas de mamá y papá, Jorge dijo que llegaba para quedarse y que iba a hacer lo que estuviera a su alcance para mejorar su casa, sus cultivos, la escuela, y la vereda en general, que iba a aplicar todo su conocimiento para construir un mejor lugar.

—¿Dónde está mi amigo? —Luis interrumpió la emotiva reunión con una ruidosa alegría.

Jorge sonrió al escuchar la voz curtida de su viejo amigo de la infancia, se abrazaron y charlaron un buen rato acerca de sus vidas. Tenían casi siete

años sin verse.

## VIII Un ladrido en el tiempo

El diseño del sistema automático de riego estaba casi terminado, incluía un tanque de captación de agua de lluvia y energía fotovoltaica para alimentar los sensores, el sistema de control y la bomba eléctrica. Necesitaba un cultivo para probar su diseño, y la escuela lo tenía: el cultivo de papaya clamaba a gritos un sistema de riego. Jorge recordaba aquel caluroso día en que don Jeremías les había dado casi media papaya en el descanso; cómo olvidarlo si fue el día del viejo robot.

El profesor Julio y don Jeremías escucharon orgullosos la propuesta de Jorge y se ofrecieron a ayudar en la implementación.

—Los sensores empleados permitirán que el sistema detecte la falta de humedad en el suelo, las altas temperaturas y el nivel de agua en los tanques —dijo Julio, quien se impacientaba a medida que trabajaba con Luis en la instalación de las tuberías para llevar el agua al terreno.

El sistema de control ya estaba programado y listo para entrar en acción. Los sensores se instalaron apenas se terminó de armar el sistema hidráulico. Jorge sonreía y pensaba en que no se trataba de un robot, pero sabía que automatizar el riego en un cultivo de seguro mejoraría la productividad del mismo y permitiría dar por terminada al ciento por ciento la tarea del profesor Julio: diez años y un parpadeo después.

Al encender el sistema, el cultivo de la escuela se asemejaba a uno industrial, no se sufrió más por la sequía y por la captación de agua de lluvia. Y gracias a los paneles solares no hubo más padecimiento por la falta de energía. Jorge sonrió, mordió su papaya y escuchó a Paco ladrar. Abrió sus ojos y despertó en su cama nuevamente con diez años y a punto de salir al colegio a conocer un robot.

**NO  
APTO  
PARA  
DINOSAURÓ-  
FÓBI-  
COS**

Por  
**Elisa de Cortázar**





---

Para o dinossaurologo que inspirou estas palavras agora o  
brontossauro é seu

---

*Para Paula Quien no pierde la musicalidad entre puntos y comas*

---

Es de conocimiento popular que no todos nacen con el don de tener como mascota un dinosaurio. La mayoría nace con la vocación para tener gatos o perros, algunos más sensibles pueden llegar a tener conejos o, tal vez, peces o animales marinos. A otros, tal vez los perezosos, les va bien con las tortugas; también están los excéntricos que tienen tarántulas, ciempiés o serpientes...

Actualmente, por causa de una moda que nació de los libros para adolescentes, muchos sueñan con tener un búho o tal vez un dragón. Pero a pesar de todo esto, está claro que no todos nacen con el corazón para tener un dinosaurio.

Que no los confunda esta introducción. Sé que ahora deben estar pensando que tal vez me refiero a tener una gallina de mascota (después de todo, la evolución traicionó cruelmente a algunos tiranosaurios). O quizás creen que estoy hablando de algún animal exótico, como un camaleón (por la raíz griega *sauro*, que traduce lagarto).

¡No! Me refiero a tener un DI-NO-SAU-RIO con todas las letras, escamas y tamaños jurásicos posibles, de mascota. Sí, para tener uno de esos como mejor amigo no solo se necesita un patio trasero bien grande y unos vecinos comprensivos, sino también una vocación clara para cuidarlo y amarlo.

Este era el caso de él, que desde antes de nacer ya sabía que cuando fuera grande querría un dinosaurio en el jardín de su casa. Por eso no sorprendió que uno de los primeros episodios vocacionales ocurriera a sus seis años, en una juguetería. Sus ojos crecieron como lunas llenas cuando lo vio, era sin duda el mejor juguete del mundo; también el más bonito y, para ser honestos, era paleontológicamente y anatómicamente correcto.

Era un brontosaurio de madera con ruedas rojas y una cuerda para poderlo pasear con orgullo por el parque. Él sabía que como futuro domador de dinosaurios, resultaba inaceptable que este impecable espécimen no fuera suyo. Intentó convencer a su mamá de que se lo comprara. Puso su mejor cara de niño bueno. Cuando notó que tal vez esto no sería suficiente, comenzó la negociación para que la compra valiera como regalo anticipado de Navidad o cumpleaños, o de día de los niños o de Janucá.

—Mamá —dijo con tono inteligente— no importa que no tengas dinero, ¿por qué no le das al señor uno de esos papeles con tu nombre para pagarle?

A pesar de su ingeniosa negociación y de la buena intención de su madre, ese día lo único que recibió fue su primera lección de economía y realidad adulta:

—Los tales papeles se llaman cheques y no sirven de nada si no tienes otros papeles guardados en el banco.

Ese día no lo guardó como una decepción y sí como un llamado a ser un dinosaurólogo oficial cuando tuviera más años. Su vocación se confirmó con el tiempo. Su amor por estos animales gigantes creció sin parar. Sin importar las miradas de desaprobación de algunos conservadores, pasaba los días estudiando sobre la dieta y la biología de sus queridos, para poder cuidar apropiadamente del suyo cuando finalmente tuviera uno como mascota.

En general, su pasión no era comprendida, por esto dejó sin palabras a su profesora en la escuela cuando ella, hablando de otra materia e intentando ser éticamente correcta, sentenció:

—Debemos respetar a nuestros antepasados.

A lo que él respondió, convencido y sin dudas:

—¡Pues claro! ¿A quién se le ocurriría no respetar a un espinosaurio?



Pasó los siguientes quince minutos explicando por qué era importantísimo respetar estos animales. Les contó a sus compañeros que el espinosaurio era considerado el dinosaurio carnívoro más grande de todos, con unas espinas en su lomo que pasaban el metro y medio de altas y que, además, si miraban bien su cara, no había cómo no reconocer los rasgos de un cocodrilo de mal genio.

—Hablamos de 112 millones de años de existencia. Se le puede considerar uno de los antepasados de los antepasados... ¿Cómo no lo vamos a respetar?

Ese día no se habló más sobre tribus aborígenes... nuestros descendientes. Sino que, hasta la hora del recreo, todos los del curso discutieron apasionadamente sobre cuál era el dinosaurio que más respeto merecía.

Para nuestro personaje uno de sus sueños favoritos (motivo para durar todo el día con una sonrisa en la boca) era verse a sí mismo como instructor de pequeños dinosaurios. Imaginaba desafíos, como enseñarle a un *Leptoceratops* a dar la pata o entrenar a un *Tiranosaurio* a capturar un *frisbee* con la boca.

Durante esos días sus ojos brillaban con intensidad, y las conversaciones sobre su carrera poco convencional pasaban al olvido. Conversaciones que se volvían cada vez más frecuentes, con la aproximación del día de su graduación del colegio. Sus amigos no entendían su elección. Muchos le decían que estudiara biología, y que así podría saber un poco de todos los animales, plantas y seres vivos. A lo que él, socarronamente, respondía:

—Pffff, los biólogos son dinosaurólogos frustrados.

Su mamá, preocupada por los riesgos que su profesión le significaba intentó también distraerlo de su vocación:

—Y qué tal si estudias... ¿veterinaria?

—¿Y quedarme otra vez sin mi brontosaurio? ¡No! ¡No todo son perros y gatos!

Sus abuelos maternos y paternos le aconsejaban insistentes:

—¿Y microbiología?

A lo que él respondía con voz irónica:

—¿Para qué ir micro si puedo ir macro?

En un último intento de intervención familiar, su padre le aconsejó estudiar paleontología. De esta manera podría estudiar a sus amados animales, pero desde la seguridad y la tranquilidad de un museo. Después de reflexionar un segundo, nuestro terco amante de dinosaurios respondió:

—Si escojo paleontología mi espíritu se fosilizará como los huesos que estaría estudiando, y después mis sueños se volverán negros como el petróleo. Cuando uno encuentra su vocación y no la sigue, el instinto natural que tenemos para la grandeza pierde su lucha con el conformismo, y ese es el peor meteorito de todos. Quiero ser un dinosaurólogo para no extinguirme.

Todos aceptaron su elección de vida después de que publicara un trabajo corrigiendo la trilogía de *Jurassic Park*. En el que se leían frases como: “Steven Spielberg es sin duda alguna la muestra clara de lo que es un paleontoignorante, muchas generaciones crecerán engañadas sobre el maravilloso mundo de los dinosaurios”. ¿Quién iba a discutir con él y correr el riesgo de ser llamado paleontoignorante?

“Dinosaurólogo oficial” diría en su diploma, visitar su casa se volvería una aventura emocionante gracias a su ¿tierna? mascota. Con los años, su conocimiento llegó a ser reconocido por otros dinosaurólogos del mundo, y también entre los mismos dinosaurios. Muchos lo buscaban para que revisara sus huesos, algo así como un ortopedista jurásico.

Sin contar que su opinión a la hora de analizar los pedigríes de los bebés dinosaurios era altamente valorada. Este conocimiento lo llevó a realizar su tesis de grado sobre los huevos de los dinosaurios.

En su detallado documento abordaba la densidad de la cáscara, la coloración y la forma geométrica de los dino huevos. Además, hizo una clave taxonómica para identificar los diferentes oogéneros de las casi tres docenas de huevos de dinosaurios descritos hasta ahora. Este documento es hasta el día de hoy utilizado por diferentes paleontólogos y dinosaurólogos y, según los chismes, también por los productores de la próxima película de dinosaurios de Hollywood.

Cuando finalmente obtuvo su título de dinosaurólogo oficial, el cual le permitía tener como mascota un dinosaurio, su corazón no paraba de bailar de contento y se encontró con una única duda: ¿cuál tipo de dinosaurio adoptar? Los quería a todos por igual, como un papá que se niega a tener un hijo favorito.

Podría tener un *Sinosauropteryx*. Siempre los encontró bonitos. Pensaba con una sonrisa que se veían como un pollito después de haberse comido un lagarto. Sin embargo, le preocupaba que al ser tan pequeño (todos saben que no llegan a medir más de 68 centímetros), se podría esconder en cualquier rincón de la casa, sumado al hecho de que al ser tan rápido sería casi imposible alcanzarlo para darle un baño... Aunque para ser honestos, el principal motivo por el que decidió no tener uno de estos peques fue porque:

—¿Para qué tener un dinosaurio de mascota que no se pueda ver de lejos, anunciando la llegada al hogar?

Por esto, si el tamaño era el problema podría tener un *Tiranosaurio Rex*. El más popular y el más temido de todos. Siempre los consideró fascinantes, por su habilidad al correr y su gran sonrisa. A él le parecía una gran injusticia que lo llamaran “lagarto tirano”, ya que creía que realmente era un pobre incomprendido por culpa de la mala publicidad.

A este lo descartó porque sabía que en el momento en que su querido Rex llegara a la casa, los asados con amigos y las reuniones familiares en el jardín quedarían canceladas... Enseñarle al pobre que los humanos son amigos y no comida sería obligarlo a negar su naturaleza.

Para evitar problemas de pérdida de personas queridas por causa de su mascota pensó entonces que debía considerar a los dinos herbívoros. Pensó emocionado en tener un lindo *Triceratops*. Lo alimentaría con los mejores pastos de la región y podría pasearlo con orgullo en el parque, sin contar que sus tres cuernos harían morir de envidia a cualquier rinoceronte que pasara cerca de la casa. Solo le preocupaba una cosa, la extraña fascinación de estos animales de coger a cabezazos todo lo que se encuentran en frente. No quería quedarse sin algunas paredes de la casa, y mejor ni hablar del problema que se armaría con el vecino si su amado cabezón derribara la cerca que había construido con tanto esfuerzo.

Finalmente pensó que tal vez lo más fácil sería tener un Brontosaurio, ya que no correría el riesgo de ser confundido con el almuerzo cuando saliera distraído a tomar el sol a su jardín. Además, si algún vecino reclamara por la presencia del ancestral animal, podría aprovechar su cuello y disfrazarlo de jirafa. Para evitar las dudas, explicaría que la pobre había nacido con una mutación extrañísima y que por eso tenía las patas delanteras más cortas que las traseras, y que pese a comer lechuga *light*, no había sido posible controlar su peso.

Otro aspecto que le encantaba de los brontosaurios era el significado de su nombre en griego: “lagarto trueno”. Le gustaba porque parecía el nombre de un súper héroe de los cómics que había crecido leyendo. Varias veces soñó con que su animalitote tuviera el súper poder de que su cola se volviera un látigo para castigar a los villanos.

A pesar de todo esto, nuestro dinosaurólogo seguía indeciso. Y era comprensible. Esta decisión era el culmen de una vida de trabajo, de esfuerzo y de sueños. ¿Cómo saber cuál era la decisión correcta?

Así que hizo lo que cualquiera hubiera hecho en su lugar: llamó a uno de sus mentores para pedirle un consejo. Su profesor de Paleobiología II. Se habían conocido cuando él era apenas un estudiante de tercer semestre en la universidad, un chico lleno de entusiasmo y preguntas.

Pedro, uno de los primeros dinosaurólogos del mundo, tenía un hermoso espécimen de *Deinonychus* como mascota. Para los que no conocen este lindo animal, es un dinosaurio de un poco más de tres metros que presenta una enorme garra, a la que ninguna manicura podría arreglar. Son temperamentales y rápidos; sin embargo, Pedro había encontrado en él una de las mejores compañías.

Intentando ayudar a su estudiante, le contó sobre cómo había escogido a *Deinony* como su mascota. En su caso, al ver la linda garra que tenía su animal, se identificó inmediatamente, ya que él, cuidando a un *Dilophosaurus* de una gripa terrible, había perdido unos dedos de su mano izquierda después de un accidente causado por un estornudo del enorme animal.

Sin embargo, nuestro querido y recién graduado dinosaurólogo no tenía la misma suerte, ya que, a pesar de que tenía algunos arañones, todavía tenía los diez dedos en sus manos.

Por esto, después de varias horas de discusiones, donde los pros y los contras surgían a diestra y siniestra y donde parecía que nunca iban a llegar a una conclusión, frente a las preguntas e inseguridades de nuestro personaje, Pedro solo respondió:

—No hay fórmula para encontrar esta respuesta. Tampoco hay una sola solución. Esa es la belleza de la ciencia. Mira, la ciencia es como nosotros, como nuestras vidas, está siempre cambiando y metamorfoseándose. Si no fuera así, la ciencia moriría. Te digo esto porque a veces tenemos que pensar con el corazón. Y si nada de esto te ayuda, simplemente intenta recordar el momento en el que decidiste volverte un dinosaurólogo. Tal vez ahí encuentres la respuesta.

Se despidieron. Durante todo el camino de regreso a casa, la mente de nuestro investigador no paraba de tejer recuerdos. En su estómago no volaban mariposas sino pterodáctilos. Sentía como si dentro de él la respuesta se hubiera estado engendrando durante toda su vida, desde los seis años, cuando en una tarde soleada, paseando con su mamá, habían

salido a comprar un helado y, sin saber por qué, habían entrado a una juguetería.

¡Sí! Su mascota tenía que ser indiscutiblemente un brontosaurio, no solo por los motivos que había contemplado anteriormente, sino porque así, finalmente, tendría su único sueño de consumo real, ese mismo que le fue negado cuando niño por falta de papeles de un supuesto valor social, pero que había sido la inspiración para soñar con lo imposible y conquistar el infinito.

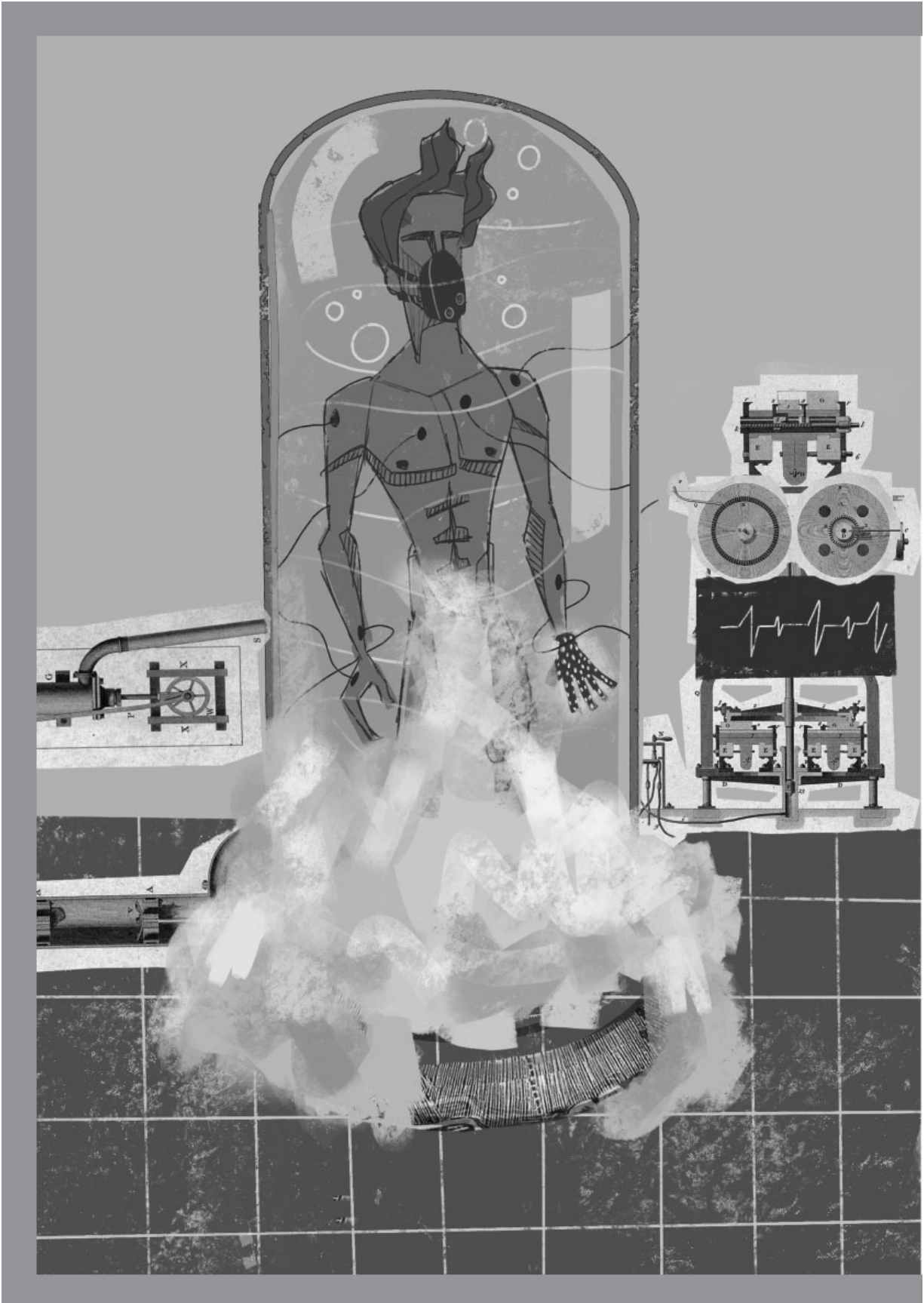
¡Sí! Un brontosaurio, solo que esta vez este no tendría rueditas rojas ni necesitaría de una cuerda para moverlo, pero sí de una escalera ya que, si él aceptaba, se montaría en el lomo como todo un *jurasicowboy* y cabalgarían hacia la puesta del sol, tal vez intentando alcanzar aquella era que se extinguió cuando un meteoro celoso acabó con toda la diversión.

# **EL HOLTER DEL TERROR**

Por  
**Huver Alexis Quintero**







---

Stiven Jokens es un joven visionario de 28 años que, desde los ocho, se vio a sí mismo siendo el mejor doctor, un investigador único capaz de revivir cuerpos para darle esperanzas a la humanidad respecto a la existencia de la vida eterna. Y eso mismo seguía creyendo cuando recibió su título de bachiller, a los catorce años.

El día de su graduación ofreció un discurso por ser el mejor estudiante de la escuela universitaria de médicos especialistas de Nueva York:

—He venido estudiando el cuerpo humano, y hay algo que me llama la atención; luego de fallecer una persona es común que un órgano vital pueda durar vivo o en funcionamiento por más de 24 horas... Eso suena tremendo, sin duda, pero les tengo una noticia increíble: estoy llevando adelante un proyecto que va a revolucionar el mundo de la medicina, y tiene que ver con alargar la vida, con acercar el futuro, ¿no es eso lo que muchos añoran?

En el complejo de graduación muchos se preguntaban si estaba loco.

—¿Qué cosas dice?

—¡Eso no se puede!

—Sería un ataque a la naturaleza humana.

—Mi hermano lo intentó y está en la cárcel.

Nadie, ni su mejor amiga pensaba diferente...

Al darse cuenta de que todos hablaban entre sí con incredulidad, Stiven sacó de su mochila un frasco donde había un corazón.

—Sí, esto es un corazón y lo mejor de todo es que está vivo —les dijo—. Miren, miren bien... ¿saben cuánto lleva este corazón palpitando sin descansar? Un mes, dos semanas, un día y, si mis cálculos no fallan, cinco

horas. Así que nos vemos en unos cuantos añitos, sin exagerar, escúchenme bien... sin exagerar. Gracias y confíen en mí.

Salió de la sala de graduación un poco molesto por la reacción de sus compañeros, por sus dudas en torno a sus capacidades. Pensó para sí: en pleno siglo XXI continuamos negando los avances e iniciativas científicas; ¿será que solo piensan en el amor y nada más? Creen tener el mundo en sus manos, creen ser los más grandiosos; se atreven a decirle a una chica: “Hola, ¡qué linda estás!”, pero en realidad no saben cómo actuar. Creí que más de uno me iba a aplaudir, que dirían: “Sí, por fin algo nuevo en esta universidad”, pero no, solo me rechazaron. Se creen importantes porque cada año sacan un medicamento nuevo, un medicamento que no salva, sino que mata más lentamente. Son egoístas, solo quieren dinero y poder. Si usaran por un segundo sus cabezas huecas recapacitarían y se darían cuenta de que en unos años estarán bajo tierra, sin dinero y sin las mieles del poder.

Stiven caminaba sobre una nieve espesa, que le parecía molesta y fastidiosa, mientras seguía refunfuñando internamente: esta nieve es como la sociedad, blanca, aparentemente pura, está por donde quieras mirar, pero no sirve para nada en realidad, solo incomoda a las personas que quieren caminar. O, mejor dicho, triunfar.

Cada paso que daba le recordaba que tenía una mochila con un corazón que palpitaba aceleradamente, como si buscara un cuerpo donde habitar. No se podía demorar o todo su proyecto quedaría atrás; sería una vergüenza. Por la angustia, comenzó a correr a toda prisa. Lo hizo con tan-ta velocidad que tropezó y soltó el morral. Todo en su mente voló. Vio en el aire el frasco con el corazón... su única esperanza.

Lloró y gritó con todas sus fuerzas al ver cómo se quebraba el frasco. Quedaron restos de algo que solo él podía solucionar. Pero se lamentaba. Todo este tiempo invertido para que un corazón latiese unos cuantos meses solo por una demostración... Eso no sirve de nada. Stiven se levantó, se secó las lágrimas y vio cómo el corazón dejaba de palpar poco a poco. Recogió el órgano moribundo y lo regresó a su mochila. Luego siguió su camino por las calles de Nueva York y llegó a su casa, devastado e

impotente. Recordaba a su abuela con tristeza. Ella se había agravado ese mismo día, el de su graduación. Estaba muy enferma, en sus últimas horas. Así que pensó que si quería salvar muchas vidas no lo haría llorando sobre un frasco roto que él no podría rehacer.

Esperó un año para poder obtener un nuevo corazón y seguir con su investigación, que ahora contaba con la atención de un prestigioso profesor de Anatomía de la Universidad de Harvard.

—Me contaron que usted, el día de su graduación, mostró un frasco con un corazón que palpitaba —le dijo el hombre—, aunque muchos me advirtieron que no era más que un niño loco jugando a ser Dios.

—¿Eso fue lo que vieron?, qué ignorantes.

—Decían que era el corazón de su padre, ¿qué tan cierto es?

—Sí, tienen razón...

—Ah, lamento su pérdida.

—No se preocupe, él falleció y por fortuna había decidido donar su órgano para hacer estudios científicos...

Stiven y el profesor charlaron vía Skype hasta medianoche, hasta que el profesor le pidió que estuviera pendiente del buzón, y colgó. Stiven quedó intrigado: ¿por qué el buzón?, ¿es que a va a mandarme un corazón?, ¿pero por correo? Eso no tiene lógica. A los pocos días recibió una carta de la Universidad de Harvard:

“Nos dirigimos a usted, señor Stiven Jokens, con todo respeto, para ofrecerle una beca de investigación en nuestra casa de estudios. Nos sería grato que nos muestre su grandiosa innovación, para ayudarlo a desarrollarla y perfeccionarla. Le brindamos la mano, a usted y al proyecto”.

Stiven quiso correr y contárselo a su abuela, decirle “por fin lo logré”, pero ella se había marchado meses atrás. El joven renunció a la empresa farmacéutica donde trabajaba y, tres años más tarde, era uno de los investigadores más destacados en la Universidad de Harvard. Mostraba una eficiencia inaudita en acciones de cirugías, procedimientos, procesos, cálculos y dictámenes. Logró ejecutar su proyecto, que tanto le intrigaba al profesor. Debieron solicitar montañas de permisos, y pese a obtenerlos, era público que una parte de la sociedad los reprochaba. Les decían que lo que ellos pretendían atentaba contra la humanidad.

—No se preocupe, profesor, siempre son así, ya me estancaron por un año... Ahora que tenemos todo a la mano no lo volverán a hacer...

—Confió en usted, Stiven, esto es algo prometedor e innovador, pero con un error perderemos la oportunidad de seguir ejerciendo nuestra profesión.

—Tranquilo, mantuve un corazón vivo por más de un mes, dos semanas y, si no estoy mal, unas diez horas...

—Está bien, Stiven, eso ya lo sé. Autoricemos las partes del cuerpo que se van a mutilar para comenzar el proceso de larga preservación. —Cuando el profesor habla, su tono es de terror.

—No se altere, todo saldrá bien.

En la primera etapa congelaron un brazo donado por un motorizado luego de sufrir un terrible accidente. El brazo reaccionaba a la perfección. La tecnología creada por Stiven le permitió mantenerse en vida al menos un día.

—Stiven, esto no me parece bien, el brazo debía durar una semana, no 24 horas. Nos van a matar.

—No se alarme, profesor, ¡es un gran avance!

—¡Stiven, la presión que hay sobre mí es terrible! Si el corazón que acaba de llegar no logra mantenerse palpitando lo que usted dice, el proyecto se

cancelará y tendrá que irse de Harvard.

—Descuide, profesor, ya verá que tengo razón.

Para la segunda etapa congelaron el corazón con todos los cuidados necesarios. Los noticiarios de EE. UU. estaban pendientes de lo que pudiera suceder. Pasadas dos semanas el corazón latía como perro feroz. Las noticias no dejaban de llover. “Esto es un gran éxito”, “en pleno 2030 y se logró”, “la ciencia sigue avanzado de forma muy veloz”, decían los reporteros.

Se cumplió el plazo estipulado por Stiven: un mes, dos semanas y diez horas. Los latidos del corazón se normalizaban, como si estuviese bailando en un cuerpo: tutp... tutp, tutp... tutp... tutp, tutp...

—¡Muy bien, Stiven Jokens! ¡Felicidades! Yo siempre creí en usted.

Stiven recordó cuando el profesor dudó de él, y le respondió con respeto:

—Le dije, profesor, que todo saldría bien.

En las noticias no dejaba de sonar el nombre de Stiven. Le llovían un sinfín de elogios. Entonces aprovechó para tomar el micrófono y quitarse un peso de encima:

—A aquellos que solo se reían y blasfemaban contra mí, a los que decían que yo había matado a mi padre solo para obtener su corazón, aquí estoy, logrando algo impensable para poder salvar sus vidas y darles lo mejor. A todos ustedes. Muchas gracias, y hasta pronto.

Semanas más tarde tuvo una reunión con su equipo de investigación.

—Llegó la hora de entrar en la tercera etapa —le dijo el profesor a Stiven, seguro y contento.

La tercera etapa era decisiva. Debían mantener un cuerpo en coma inducido, en líquidos congelatorios, durante una hora. Si presentaba

problemas se suspendía el proyecto. Aún seguían sobre ellos organizaciones que los señalaban por prevención, hablaban de riesgos, de negligencias e imprudencias con la humanidad. Un error acarrearía enormes sanciones, quizás hasta el cierre de la misma Universidad de Harvard. Era mucha la tensión. El profesor, que recientemente había sido nombrado rector, dijo ante los medios de comunicación:

—No se alarmen, todo está bajo control. Nadie va a morir en nuestras manos. El cuerpo donante estará estable y bajo suprema supervisión, pero el procedimiento se hará en privado por seguridad del proyecto.

Muchos de los periodistas insistían en que se les dejara grabar el procedimiento.

—Claro que se va a grabar todo el proceso, pero lo haremos nosotros. Apenas terminemos se les hará llegar una copia. Muchas gracias.

El cuerpo era de una mujer de treinta años que había entrado en coma inducido seis meses atrás. Su familia había perdido las esperanzas. A la mujer, acostada en un cubo de vidrio iluminado, se le inyectaron unos líquidos azules que se le veían correr por sus venas. Se le introdujeron unos tubos a los pulmones y, posteriormente, iniciaron el proceso de vaciar los líquidos congelatorios (capaces de mantenerle el cuerpo congelado, pero su corazón en constante movimiento). El procedimiento llevaba diez minutos y el cuerpo de la mujer reaccionaba con éxito, no mostraba signos de muerte cerebral, el corazón seguía palpitando con la secuencia debida; aunque los pulmones, al igual que los otros órganos vitales, estaban en completa congelación. Las revisiones eran exhaustivas: cada diez minutos se hacían estudios del cerebro.

Transcurrieron cincuenta minutos sin inconvenientes.

—¿Ya, Stiven?! —el profesor estaba celebrando.

Repentinamente comenzó a sonar el monitor Holter. Se había alterado la monitorización del registro electrocardiográfico. Ese sonido, que anunciaba el fallo del corazón, resultó desgarrador. Se alarmaron y procedieron a

realizar una reanimación cardiopulmonar. El profesor se pasó las manos por la cabeza. Miró a Stiven como diciéndole que todo se había acabado, que hasta ahí habían llegado. Lo que no sabía el profesor era que Stiven tenía un as bajo la manga; su carta secreta era un sistema radioactivo altamente peligroso, que podía revivir cualquier corazón que entrase en una falla cardiaca.

—Falló lo que más estaba esperando, el corazón —le dijo al profesor— recuerde que mantuve uno vivo en un frasco por más de un mes, dos semanas y diez horas, si mis cuentas no fallan.

Stiven activó el sistema de emergencia. Sonó un ruido escalofriante. El profesor pegó un grito.

—¡Para, para, para! ¡Por favor!, ya no aguanto más... ¡Mis oídos, Stiven! Mis oídos... ¡Que pares ya!

Stiven repetía en su mente: solo un minuto más, un minuto más.

—¡Que pares, te digo!

En este instante Stiven vio el corazón palpitar a toda prisa, como recuperando los momentos perdidos mientras dormía.

—¡Lo hemos logrado, profesor! —gritaba Stiven eufórico—, ¡sí, sí, sí! —decía una vez más—, ¡tenemos vida eterna!

El profesor, al ver al corazón latir como bailando samba al ritmo del Holter, brincó tan fuerte que casi tumba la cámara que estaba grabando la operación.

—¡Lo logramos! —gritó el profesor con entusiasmo.

Minutos después los médicos, expectantes, se felicitaron y lloraron de emoción. El cuerpo de la mujer seguía con vida. Ya había transcurrido una hora y media. La familia preguntaba cómo estaba todo. Stiven les respondió:



—¡Todo está bien!, ¡tenemos vida eterna!, vayan, mírenla si desean.

La mujer estaba estable, parecía que solo dormía adentro del cubo de vidrio. Stiven le preguntó a la familia si deseaban dejarla para avanzar con el proyecto. Les prometió entregarla en absoluta recuperación si la dejaban unos meses más bajo su cuidado. Los medios estaban sorprendidos por la gran noticia. Uno de los periodistas formuló una pregunta que a Stiven le pareció fuera de lugar.

—¿Ahora qué sigue, revivir a Michael Jackson? ¿Lo van a descongelar después de 21 años? ¿Es cierto que él había previsto esto? ¿Todo estaba preparado? ¿Es cierto que usted es el hijo de Michael Jackson?

—Los únicos que me dieron la mano fueron el profesor y la Universidad de Harvard, nadie más —respondió Stiven con rabia—, y no, esto es solo el resultado de una promesa que les hice a mi padre y a mi abuela: que sería el mejor médico del mundo. Y acá estoy, cumpliéndolo. Ya no respondo más, blasfemias contra mi padre todo el tiempo.

Stiven siguió avanzando en sus investigaciones, hacía recuperaciones cerebrales por medio de su método. La mujer de su famoso experimento fue descongelada luego de cinco meses. Tuvo recuperación total de su cerebro. Stiven le advirtió que podía contraer cáncer por la radiación, pero que fuera feliz mientras viviera. En cualquier caso, se podía volver a congelar hasta que se encontrara una cura.

Diez años han pasado. Stiven es hoy reconocido como el padre la congelación radiactiva, el Dios de la Tierra, como se le suele llamar en las noticias. Creó una multinacional en la que cualquier persona con una enfermedad terminal se puede congelar hasta que la ciencia consiga una cura para sus padecimientos. Solamente había que pagar un seguro de vida eterna, como lo llamaba Stiven. Pero esa década llegó con muchas enfermedades para él... El último año lo había pasado tratando de descubrir cuál era esa extraña enfermedad que lo estaba matando. No había registro previo de ella. Era tan extraña que nadie la padecía, solo él...

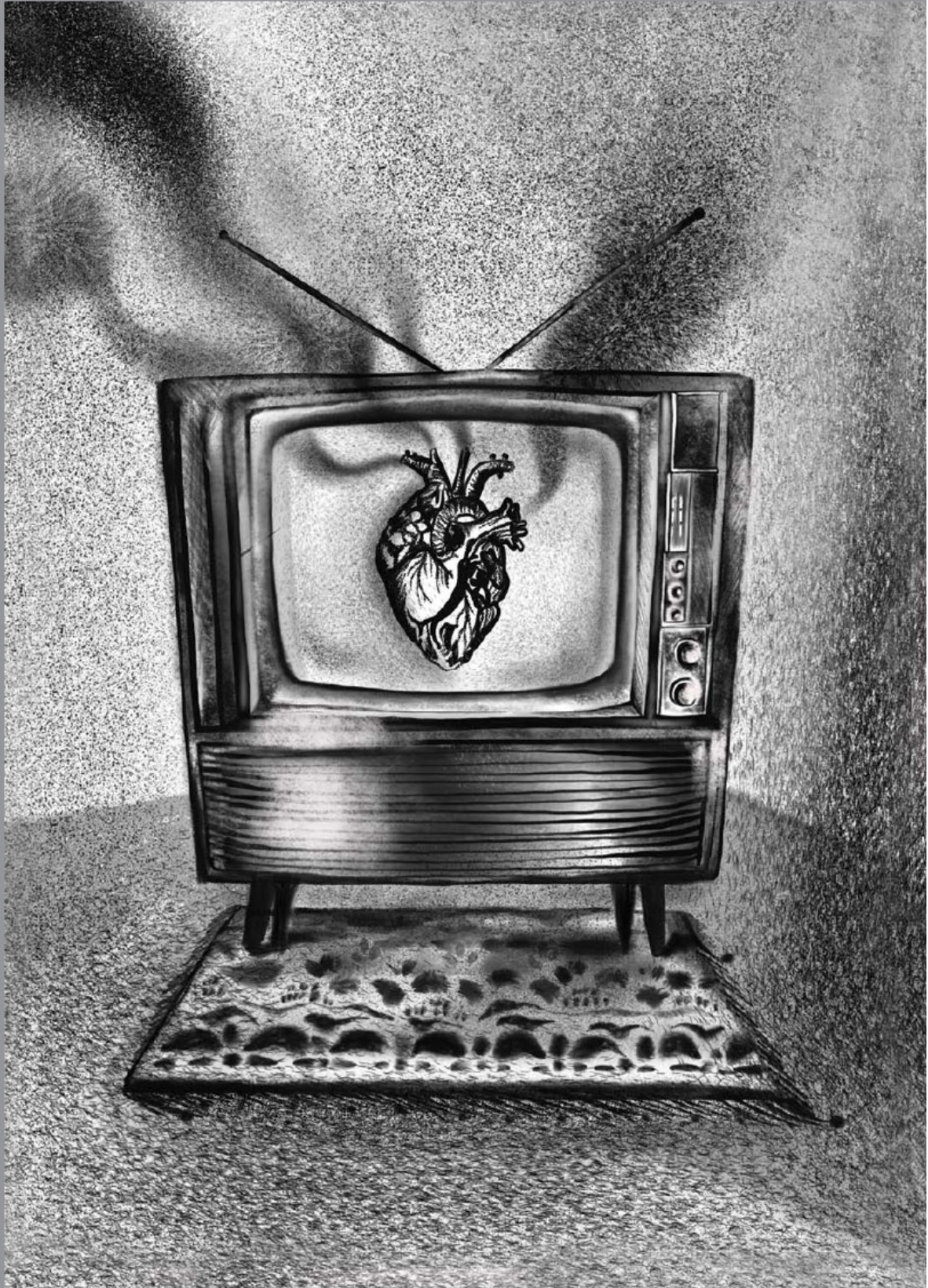
Algunos días le dejaba de funcionar el riñón, y luego de infinidad de diálisis volvía a su normalidad. Otro día era un pulmón el que lo obligaba a vivir pegado al oxígeno artificial, hasta que volvía a funcionar. Cada vez era un órgano vital diferente. Después de un año de exámenes y cálculos, solo faltaba que le fallara el corazón. En ese caso, nadie más que él sabría qué hacer. Decidió entrar en modo de congelación hasta encontrar una cura a sus problemas, que llamó cáncer radioactivo terminal. Entró en su propio invento, él era su única esperanza, pero antes de hacerlo le dijo a su equipo de trabajo:

—Me congelaré solo con una condición: deseo dormir con la música de mi padre, el rey del pop.

# **SONIDO BLANCO**

Por  
**Li**





---

Nada en la sala de la casa de mi madre había cambiado desde la última vez que estuve en ella. Tenía los mismos muebles, los mismos adornos, el piano negro seguía en el mismo lugar, las paredes tenían el mismo color, al igual que la iluminación; el olor a café y madera parecía haberse estancado en el tiempo, el cuadro de HL-8 “#FFFFFF sobre #FFFFFF” permanecía en el mismo espacio: diagonal al gran vidrio que lo separaba del exterior. Tantos años después seguía siendo la misma vitrina, todo seguía completamente igual, ni siquiera los maniqués habían cambiado.

El televisor estaba encendido en un canal muerto. Llevaba así desde que entré en la casa, emitiendo puntos grises, blancos y negros, un molesto sonido a volumen bajo. El abanico estaba encendido al máximo, aunque no hacía calor y afuera la lluvia caía en un ritmo constante.

Al aparecer ella por el pasillo con una taza de pastel en las manos y el cabello recogido, me pareció tener siete años otra vez, como si acabara de llegar del colegio y la esperara en la sala, como cuando ella aparecía por el pasillo con el cabello recogido y una taza de pastel en las manos. Su rostro seguía siendo casi el mismo, guardaba esa expresión hermosa y altiva, ahora un poco más cansada, más dolida.

—Tres de azúcar —dijo mientras me extendía el recipiente.

Eso había cambiado. Aunque las tres cucharaditas seguían teniendo la misma medida, ahora me resultaban excesivamente dulces. No se lo dije, no quería molestarla.

—Gracias.

—¿Has visitado a tu padre?

No esperaba esa pregunta, al menos no tan pronto. Me llevé la taza a mis labios y tomé un sorbo largo. No sabía qué me molestaba más, si el sabor o tener que responder, la situación en general me empalagaba.

—No.

—¿Lo has llamado?

—No.

Se quedó en silencio, no sé cómo me miraba, no sé si lo hacía, yo no la miraba a ella, tenía mis ojos fijos en el televisor, en su pantalla gris y en su sonido blanco. Nos quedamos así por un momento.

—Deberías llamarlo más seguido.

—¿Tú lo haces? —las palabras salieron frías de mi boca, en línea recta. Como un acto reflejo la vi a los ojos y con la misma rapidez volví a desviar mi mirada.

—Yo no soy su hijo.

Me llevé otra vez la taza a la boca y la dejé ahí por unos segundos, sin probarla, solo rozando mis labios. Sus palabras hicieron eco en mi interior, por un instante las sentí rebotar de un lado a otro en mi sistema, hasta que fueron a parar a un espacio vacío en mi pecho. Todo se volvió incómodo. Me dolía respirar, mi corazón latía con dificultad. Fui consciente de que morirían allí, en ese espacio baldío entre mi corazón y mis pulmones. La única forma de sacarlas era desgarrando todo lo que había a su alrededor. No quería correr ese riesgo. Lo que las hacía tan dañinas era su condición de doble faz: ese enunciado no solo se contenía a sí mismo, había otro bajo la superficie o en su centro vital: “Yo no soy su hijo”... pero yo sí. Era una frase hecha para lastimarme.

—¿Cuándo llegaste?

—Hace unos días.

Llevaba catorce días en la ciudad.

—¿Cómo está tu departamento?

—Me estoy quedando en el estudio.

—¿Por qué?

—El departamento no está disponible.

Seguía lloviendo impetuosamente, las gotas hacían que el mundo afuera de la vitrina se difuminara, todo parecía un espejismo, sombras de algo. Esa era la sensación constante desde que regresé a la ciudad, todo era como un eco, un espejismo o una sombra de *algo*, y tenía la certeza de que ese *algo* nunca llegaría a manifestarse, que nunca accedería a él, que ya había sido destruido. Miraba a través del gran vidrio y veía manchas andar, luces correr, edificios derretirse; mientras adentro todo era igual: sólido, estático, constante hasta el agobio.

—Es tuyo, ¿cómo que no está disponible?

—No lo está. Además, en el estudio estoy bien.

Empecé a jugar con la taza mientras volvía a concentrar mi atención en el televisor y en su incapacidad de sintonizar una señal. El sonido que emitía era incesante, ciertamente molesto pero, de alguna forma, también atractivo.

Mamá soltó aire por la boca al sonreír y me miró como solía mirarme de niño: altiva y amorosa, como si fuera conocedora de todos los secretos del universo y de mi total ignorancia ante ellos, pero aun así lograra amarme con devoción plena.

—¿Te molestaría si fumo?

Levanté la mirada y negué con la cabeza. Ella fue hasta la repisa. Seguía guardando sus cigarros en el mismo lugar, segundo cajón de la izquierda, justo debajo de las postales. Los seguía escondiendo, vivía sola y se seguía escondiendo. Sentí tristeza por ella. La vi encender su cigarro de pie frente a la repisa. Pocas veces la vi fumar, pero nunca antes la había visto darle fuego al cigarrillo. Me pareció una imagen majestuosa y delicada, todo su cuerpo parecía tomar una misma forma, trazada desde diversas líneas



alrededor de la acción del encender, de prender fuego, de hacer y destruir, como un Dios que esconde su divinidad, uno que se esconde de su propio *numen*, no por falsa humildad o por miedo, no por expiación, sino como resultado de un hábito tan repetido e interiorizado que termina por derivar en penosa domesticación. La veía tan rendida *al otro*, a todo lo que no fuera *ella*, aun cuando solo se tenía a sí misma. La imagen hizo que se me dificultara respirar (¿o seguía siendo aquel enunciado clavado en ese espacio vacío de mi pecho?). Con el cigarro entre los dedos caminó hasta volver a su anterior posición; se sentó y se quedó allí sin decir nada, solo dándole caladas al cigarro. No me miraba, se concentró en el exterior y en lo que ocurría fuera de la vitrina. Adentro sólo se escuchaban el sonido del televisor y la lluvia.

—¿Puedo?

Mamá quitó su atención del gran vidrio y la dirigió hacia mí. Me miró y frunció el ceño. Movié ligeramente el cigarrillo entre sus dedos, como cerciorándose de que era eso lo que le pedía. Yo asentí, y ella levantó una de sus cejas, estaba sorprendida. Terminó por sonreír.

—¿Desde cuándo?

—Antes de mudarme de aquí.

—Lo sabía.

—¿Ah, sí?

—Claro que sí.

—Parecías sorprendida.

Ella me miró detenidamente y entrecerró sus ojos, como burlándose de mí.

—Lo estaba, pero no por el hecho de que fumaras, sino porque me lo pidieras —me respondió luego de darle una calada y botar el humo.

—¿Puedo o no?

Mi respuesta le hizo sonreír de forma honesta. Eso me alegró.

—Ven, acércate.

Me levanté del mueble y fui hasta la silla que estaba justo al lado de la suya.

—¿Quieres compartir?

Me encogí de hombros, en mi interior no deseaba otra cosa más que esa. Ella me miró con cariño y adoración. Desearía fumar con una ínfima parte de la elegancia con que ella lo hace, pero es imposible. Por muy delicadas que fueran mis facciones para ser un hombre, seguía guardando cierta rudeza, tenía otras maneras de acercarme al mundo, a las grandes realidades.

—¿Por qué no apagas el televisor?

—Me gusta su sonido.

—Es molesto.

—Aun así me gusta.

No respondí. Me quede escuchando el sonido del televisor por lo que pudo ser una eternidad. En algún momento todo aspecto de nuestra realidad inmediata pareció estar a punto de ser absorbido por ese sonido.

—Ruido blanco.

Ella me miró con dos signos de interrogación en lugar de ojos.

—Así se le llama a ese ruido, ruido blanco.

—¿Se le llama al sonido como un color? —sonrió—. La sinestesia es la gran metáfora.

—Sí y sí, su nombre viene de la luz blanca.

—Extraño esas.

—Las siguen usando.

—No tanto como antes —me extendió la mano, pidiéndome el cigarro. Se lo entregué, y ella se lo llevó a los labios con delicadeza—. Han criminalizado los prismas.

—¿A qué te refieres?

—Nos han hecho creer que todos nuestros actos siniestros, bajos, monstruosos, son a razón de estímulos externos; que las figuras, el sonido, la luz, todo ha sido un pretexto para quitarnos el incómodo peso de la responsabilidad. ¿Sabes cuán bajo hemos tenido que caer para proyectar nuestra crueldad sobre un prisma? Asquerosamente bajo, y no solo un prisma, también una melodía, un tono menor, una disonancia o la asimetría.

Mamá se detuvo un momento, miró el televisor y le dio una calada al cigarro, que ya casi se acababa. Retuvo el humo por unos segundos y luego lo exhaló, creando una masa espesa en el aire.

—Nos han reducido la vida a un mero problema de estética —dijo—, y vaya que estamos complacidos con eso.

—Está demostrado que esos estímulos nos afectan.

—Cariño, cuando nuestro respetado exprimer ministro inauguró el pensamiento del afuera con un genocidio no lo hizo precisamente porque tuviera un prisma taladrándole la cabeza, o si quieres te lo pongo de esta forma: cuando de niño encontraste dónde guardaba mis cigarrillos y encendiste uno y luego lo apagaste en la mano de tu primo, no fue precisamente porque yo estaba tocando a Alkan en ese momento.

Sus palabras se convirtieron en pequeñas bombillas ubicadas en puntos preestablecidos dentro de un complejo circuito de signos y referentes, con

la combinación correcta de variables entre los diferentes mandos; se iban encendiendo una a una hasta iluminar totalmente la habitación oscura en la que se encontraban. Había borrado ese recuerdo. Era como si ese suceso nunca hubiera ocurrido.

Las palabras de mi madre empezaron a crear su edificación, columna tras columna, ladrillo sobre ladrillo, fonema tras morfema y semema, una reconstrucción perfecta del pasado a través del lenguaje, símbolo sobre símbolo y *voilà!*: un monumento llamado “oda a la crueldad en los tiempos de la inocencia”. Recordé con temor que no había sido el resultado de un experimento, sino un acto deliberado y placentero, recordé que me reí y casi pude escuchar el sonido del fuego al entrar en contacto con la piel y el llanto de mi primo. Lo estaba reactualizando, lo estaba volviendo a vivir al mismo tiempo en que vivía el presente, escuchaba los 25 preludios de Alkan que tocaba mi madre y, en paralelo, el sonido blanco del televisor en la sala. Aquello fue a mis siete años, cuando jugaba con legos y palabras. Cuando amaba a mi padre y también lo despreciaba. Ahora ten-go 21, pero también todas mis edades. Yo soy todas ellas, y todas ellas se desarrollan en mí en su totalidad.

En ese momento repasé todos los timbres que tuvo mi voz, todas las palabras que alguna vez dije, las canciones que escuché; mis ojos tuvieron tres colores simultáneos, y mi cabello fue corto, largo e inexistente. De repente me atoré en un tiempo que contenía todos mis tiempos. Pero para que mis tiempos existieran necesitaba de algunos anteriores a ellos, así que el tiempo de mis padres y el de sus padres y el de sus padres antes de ellos también coexistían en ese instante inmune a toda medida; la línea se siguió dibujando hasta 1844, cuando Alkan escribió los 25 preludios de su Op. 31: “25 preludes dans tous les tons majeurs et mineurs”, e incluía las 24 tonalidades mayores y menores con una vigesimoquinta adicional, como un regalo para alivianar el peso, como el cierre de un círculo, como tocar una escala en do mayor pasando por todas la notas has-ta terminar nuevamente en un do mayor, pero nunca en el mismo, siempre en una octava diferente. El círculo que dibujaba se componía de una sucesión de puntos infinitos que no terminaban de completar la circunferencia. En algún momento dejó de ser una figura plana para levantarse, expandirse y tomar tres

dimensiones. Yo estaba en la mitad de esa enorme esfera, siendo un punto en medio de muchos, oprimido, aplastado en su centro, todo a mi alrededor estaba lleno, pero el centro de esta gran cosa parecía estar vacío, eso lo hacía más insoportable. En medio del ruido que provenía de cada punto logré escuchar a mi madre tocar el octavo preludio en la menor: “Le chanson de la folle au bord de la mer”, mientras yo encendía uno de sus cigarrillos a escondidas, y la oía a ella y al sonido de un canal muerto en el televisor de su sala. Ambos sonidos parecían agrandarse y superponerse uno encima del otro, combatiendo por el dominio, por cuál alcanzaría una mayor nitidez. El piano de Alkan empezó a variar sus frecuencias, a distorsionarlas, su sonido empezó a cambiar progresivamente hasta convertirse en ruido. El ruido blanco se hizo masivo y comenzó a engullir todo lo que estaba a su paso, como un agujero negro. La gran esfera iba disminuyendo su grandeza punto por punto, y toda ella fue a derivar en el ruido. Fue otro instante sin medida de tiempo: el ruido blanco se lo había tragado absolutamente todo, el Op. 31 de Alkan, a los padres de mis padres, mis recuerdos, las palabras, los ruidos, mis dientes de leche, los legos, el piano, los cuadros, los adornos, el gran vidrio, la sala, no se detuvo hasta que solo quedó él, con mi madre y conmigo en su interior.

La circunferencia se disolvió hasta derivar en una línea rec-ta. Me acerqué a mi madre, casi me lanzo a sus brazos. El sentimiento de pérdida que ahora tenía era insoportable.

—¿Sabes qué es el ruido blanco? —ella me miró, vio mi brazo casi tocándola y tomó mi mano entre la suya.

—¿Podrías explicármelo?

Me quedé un momento observando nuestras manos, no eran tan distintas, teníamos ciertos patrones en común.

—Es la combinación de todas las frecuencias sonoras en un mismo sonido, la equitativa distribución de la energía de los altos y los bajos; por eso su espectro de frecuencia es completamente plano.

—Entonces... el *todo* es plano.

—Puede decirse.

—Tiene sentido.

El cigarrillo se había acabado. Su mano seguía entrelazada en la mía. Deseé que mi mente no borrara nunca esta imagen.

Ella suspiró pesadamente, para luego soltar mi mano y levantarse.

—Te acompaño a la puerta.

Caminamos en silencio hasta la salida. Afuera seguía lloviendo, y yo no llevaba paraguas, poco importaba.

—¿Por qué viniste? Sé que no querías hacerlo.

En un instante me debatí entre mentirle o decirle la verdad.

—Quería saber si tenías a alguien que te cuidara.

Ella me miró con los ojos cansados y dolidos. *Eres tú quien debería cuidarme*, debió pensar, pero no dijo nada, solo se quedó callada y asintió. Yo le di un beso antes de ajustar mi chaqueta y volver a la ciudad.

# LA MAQUINA CONTRA EL OLVIDO

Por  
**Dixon Acosta Medellín**







---

—¿Puede haber algo peor que la muerte?

—Sí, el olvido.

Contesté a mi propia pregunta con la única conclusión anticipada a la que podía llegar luego de recibir el diagnóstico: estaba afectado por el mal de Alzheimer. Me pregunté por qué las enfermedades con apellido alemán nos producen tanto miedo. En este caso no era un mero desasosiego, era pánico verdadero. Saber que un día no recordaría nada, que ni siquiera reconocería mi rostro en el espejo, representaba —para mí— la mayor frustración que alguien pudiera tener en vida.

Eran las cuatro y media de la mañana, a esa hora me levanto cada día para revisar la correspondencia electrónica. Repasé las líneas del correo que recibí del centro médico con el resultado de los exámenes y la confirmación del especialista. Por estos días ni siquiera es un ser humano el encargado de informar las malas noticias. Me cercioré de que el nombre del destinatario fuera el correcto, y no había duda, el mensaje es para mí.

Esto no me puede estar pasando, pensé. Es una condena muy dura, una especie de cadena perpetua del alma para quien no ha cometido crímenes de lesa humanidad ni delitos comunes, si acaso algún pecado venial que podía solventarse con un padrenuestro y un avemaría.

¿Cuál había sido mi culpa? Intenté llevar una vida sana, no fumaba, tampoco bebía más allá de alguna copa de vino a la hora del almuerzo, que, dicen, es recomendable para el corazón, sobre todo si se acompaña con buena música y la presencia de la persona amada.

No quería convertirme en un espíritu extraviado en un cuerpo cada vez más ajeno; en un hombre incapaz de contestar una simple pregunta, en alguien sin argumentos para contradecir a otro o para estar de acuerdo con una teoría y tomar una simple decisión cotidiana.

Decidí estar en silencio hasta encontrar una posible solución, ocultárselo a Patricia hasta donde fuera posible. Patricia es el único nombre y la única persona que realmente me preocupa en la vida.

El terror que comencé a descubrir no era solo porque estuviera condenado a olvidar los conocimientos acumulados durante estos cincuenta años, que me podían servir para participar en un programa de concursos como *Saber y ganar*, sino porque algún día, en el futuro, no sería capaz de reconocer el rostro que ahora mismo duerme plácidamente en mi cama.

No me podía permitir olvidar a mi esposa Patricia. Debía hacer algo para evitarlo.

No soy médico sino ingeniero. Todavía no he olvidado que mi tío Roberto, sin proponérselo, me impulsó a estudiar esta carrera el día que me dijo que la palabra ingeniero se derivaba de ingenioso. Nunca me preocupé por confirmar o desmentir lo que me dijo mi tío más querido; preferí mantener la inocencia y la ilusión del niño que cree a pie juntillas todo lo que le dicen sus mayores.

Siempre quise inventar algo que fuera útil para la gente, aunque luego la vida me fue llevando por diferentes caminos. No trascendí como inventor, pero fui un estudiante consagrado, muy bueno con los números. Desde los primeros años me destaqué como ingeniero en varios campos, siempre interesado en las nuevas disciplinas, como la biorrobótica. Al final pude trabajar por mi cuenta, fundando un grupo de consultoría de expertos en diferentes disciplinas, y no me puedo quejar, la compañía ha sido moderadamente exitosa y reconocida entre colegas y usuarios.

En mi casa, donde comparto con Patricia y nuestros perros, dado que no tuvimos hijos, tengo un estudio como laboratorio. Allí suelo desarrollar los proyectos en los que participamos. Por esto no supuso ningún cambio brusco en mi rutina estudiar la manera de encontrar una solución al problema que comenzaba a afectarme, manifestado en olvidos parciales que trataba de disimular, dando rodeos con las palabras.

A Patricia no le mentí totalmente, le comenté que los representantes de un instituto de investigación médica en asuntos de demencia senil me habían contactado para desarrollar una alternativa a los problemas de la pérdida de memoria, de modo que no le extrañó que tuviera imágenes del cerebro humano en las que se comparaba uno sano con otro afectado por el Alzheimer, con esos espacios que van creciendo, como cuando una gota de tinta cae sobre un papel y se ensancha lentamente hasta dejar un hueco donde antes había conocimientos, nombres, datos, recuerdos de tristezas y alegrías.

Los diferentes médicos a quienes consulté me confirmaron los temores sobre la enfermedad: no tenía cura, aunque se habían desarrollado algunas medicinas que, en una etapa temprana de diagnóstico, como era mi caso, ayudaban a retrasar un poco lo inevitable, siempre que se acompañaran de ejercicio físico y una dieta libre de gluten. Me dediqué a ganar un tiempo precioso en la competencia contra la amnesia permanente.

En la compañía habíamos desarrollado implantes que ayudaban a mejorar algunas funciones orgánicas, pero esto era un reto mucho mayor. La primera idea que desarrollé fue una especie de chip biónico capaz de instalarse en el cerebro para estimularlo. Sin embargo, esto exigía un músculo atrofiado por falta de uso, y en mi caso era al revés: mi gran laboratorio era precisamente el cerebro, y yo trataba de tenerlo activo todo el tiempo. La cuestión era cómo evitar que el olvido siguiera alimentándose de mis recuerdos y dejara no solo lagunas, sino verdaderos océanos desiertos (nunca se empleó un mejor oxímoron).

Recordé el argumento de una bella película de ciencia ficción titulada *Eterno resplandor de una mente sin recuerdos*, en la cual se describía una metodología para borrar aquellos recuerdos que fueran dolorosos o negativos, una especie de terapia futura para ayudar a personas depresivas o tristes por naturaleza. Yo debía buscar la solución contraria: grabar los recuerdos que no deseaba perder. ¿Cómo encontrar un banco de datos que compensara la inexistencia de lo reconocible? Este era el reto.

La respuesta llegó después de meses con el reloj en plena cuenta regresiva. Luego de experimentar con varios materiales, desarrollé lo que he llamado Ceregel, una materia flexible, una gelatina con capacidad de enlazarse con las conexiones neuronales, que tendría la capacidad de ser receptor y transmisor de datos al mismo tiempo.

El cerebro es el disco duro más potente que existe, se supone que tiene una capacidad de almacenamiento de información de unos cien terabytes, lo que equivaldría a por lo menos doscientos mil computadores personales. La Ceregel que he desarrollado podría albergar hasta un terabyte de contenido; no se compara con la inmensa capacidad del cerebro, pero podría almacenar una buena cantidad de información. Debido a esto tendría que desarrollar una estrategia de memoria selectiva: privilegiar aquellos recuerdos imprescindibles sobre informaciones que, aunque pudieran ser importantes, no resultarían indispensables.

Lo tenía muy claro, ante todo lo más relevante era dejar intactos mis recuerdos con Patricia; si luego quedaba espacio, quizás realizaría listas de aquello que me ha resultado decisivo: nombres y rostros de familiares y amigos queridos, de mis libros, películas y canciones favoritas, de las obras de arte obligatorias, y sus creadores.

Igual, pensé, resulta vital mantener los recuerdos negativos o traumáticos, al final son los que nos permiten sobrevivir, pues su función es la de alertar, bien sea para que podamos reconocer peligros o riesgos, o simplemente para darle el verdadero valor a los hechos relevantes de nuestras vidas. Como aquella vez que, siendo jovencito, por imprudencia al manejar la bicicleta, casi me atropella un carro. Lo que experimenté me sirvió en adelante para dimensionar las proporciones, no solo las que imponen las condiciones externas, sino hasta dónde llegan mis propios límites.

En cuanto a mi profesión, no me interesaba almacenar nada diferente a la comprensión de esta estrategia de conservación de recuerdos. Tomaría mi condición como una especie de retiro anticipado, de la jubilación merecida luego de años de trabajo. Si la Ceregel funcionaba, considerando que yo sería el conejillo de indias en la fase de experimentación, aunque me

gustaría donarla a la Organización Mundial de la Salud en nombre de Colombia, trataría de preservar los derechos que nos permitieran, a mí y a Patricia, tener una vejez digna, sin necesidades económicas.

Para desarrollar la Ceregel debí estudiar mucho el encéfalo y lo que se ha escrito sobre ese músculo maravilloso. Tradicionalmente, el depósito de los recuerdos se ha identificado con tres partes esenciales del cerebro: el hipocampo, la corteza y el lóbulo frontal, pero estudios más recientes le han dado mayor importancia al cerebelo, aquel que conecta con la médula espinal, un transmisor excelente por los vínculos neuronales que lo inundan.

Por fortuna, la doctora Malaver, una neurocirujana seguidora de las nuevas tendencias en investigación sobre la memoria, se interesó desde el primer momento en mi investigación. Ella siempre me apoyó y estuvo dispuesta a realizar la intervención del implante de la Ceregel en mi cerebelo.

Aún me faltaba descubrir cómo programar la Ceregel para que solo recibiera la información que yo le suministraría, y para que no hubiera interferencias externas, así que comencé a desarrollar un código especial, la confluencia entre símbolos escritos y sonoros, pero debía hallar una clave para activarlo, la llave maestra para ingresar a ese banco de datos. Escogí una imagen, el rostro de Patricia; daba igual si lo veía en persona o en una fotografía. El siguiente paso fue construir el dispositivo transmisor de los recuerdos.

La máquina transmisora de la información resultó ser, en su versión final, una combinación entre pequeño computador, con ese antiquísimo reproductor de música que los abuelos portaban, el llamado walkman o discman, dotado de un tablero y un teclado. Para que funcionara, era necesario plasmar el recuerdo por escrito, de dos mil quinientas a tres mil palabras por sesión. Luego debía leerse de manera pausada mientras el aparato grababa simultáneamente los signos gráficos con los sonidos. El resultado se transmitía al cerebro durante los periodos de sueño de forma inalámbrica, lo que permitía menos interferencia con información exógena.

Aunque nunca me había interesado la lectura, ni mucho menos la escritura, me convertí en un cronista de mi propia vida, un lector apasionado de los recuerdos que trato de atrapar como lo más valioso, y que vuelvo a grabar en aquellos espacios en blanco que van quedando en mi cerebro.

*Patricia, vida mía, comienzo en este punto la batalla contra el olvido. Aunque debería precisar y decir que es la batalla contra la posibilidad de olvidarte, lo cual me aterra. Durante estos meses he venido trabajando arduamente, sin descanso, a pesar de decir que estaba retirado, con el fin de encontrar un mecanismo que pueda si no vencer al diablo del Alzheimer, al menos engañarlo. No quería contarte este drama que he venido sintiendo en silencio, porque no deseaba angustiarte, ni que te enfermaras tampoco. Te conozco bien, tu generosidad es tal que de seguro habrías somatizado mis síntomas, y es más que suficiente con un olvidadizo en la pareja. Sin embargo, ya puedo confiarte esta noticia, porque al mismo tiempo creo que he dado con una fórmula para recuperar los recuerdos más valiosos, que para mí, son los que he pasado durante estos veintiséis años a tu lado. También grabaré los tristes, los que nos han dejado huella profunda por el dolor, pero que nos han fortalecido como compañeros y cómplices en la vida. Hoy solo quiero hacer un breve repaso de algunos inolvidables, que deben permanecer así, en el depósito del cerebro que estoy construyendo.*

*Recordar la primera vez que te vi, mientras coincidimos en un almuerzo social, al que llegamos desde puntos cardenales opuestos y gracias a una amiga en común, una amable celestina que nos presentó para que desde ese bendito día no hayamos parado en el propósito de conocernos y compartir. Aquella primera cita en el campus de mi universidad, cuando en mitad de mi galanteo, una paloma se ensució en mi hombro y tú en lugar de burlarte dijiste que era una señal de buena suerte, lo cual era cierto, pues conocerte equivalió a ganarme el premio mayor de la lotería más cuantiosa del mundo, a haber encontrado el mapa del tesoro pirata con incalculables riquezas.*

*No puedo darme el lujo de olvidar la tarde de nuestro matrimonio, cuando tuve pánico de llegar tarde a la iglesia por el terrible tráfico bogotano, pero siempre agradeceré las habilidades como piloto de mi padrino, quien*

*apeló a todas las estrategias, como pegarse a una ambulancia que iba hacia el centro de la ciudad, con sus luces y sirenas, pues yo llevaba una emergencia en el alma. Todo el nerviosismo que me hizo pedir desesperadamente un vaso de agua en la sacristía, y que luego desapareció cuando te vi entrar con tu bello vestido blanco por la puerta de la capilla. Los viajes que hemos realizado por el mundo, pues es lo que al final nos gusta, viajar y conocer culturas diferentes, especialmente los templos religiosos, muchas veces descalzos, como señal de respeto.*

*Aquel templo sikh en Nueva Delhi, donde el piso estaba mojado por la lluvia, el refrescante mármol que en la gran mezquita Zayed, de Abu Dhabi, incluso en pleno verano, le daba tan agradable sensación a nuestros pies, antes de pisar la mullida alfombra del interior, aquella, que era la más grande del mundo, tejida primorosamente por decenas de mujeres en Irán. Otra vez las plantas de los pies a punto de quemarse al caminar sobre aquellos ladrillos candentes de los templos budistas en Myanmar, cuyas torres desde el aire se confunden con las copas de los árboles. La limpieza de los templos de Kioto y las infinitas venias japonesas. El contraste de la belleza azul de la famosa mezquita en Estambul, con el fuerte olor de pies descalzados, que se disipó ante la mágica visión de Hagia Sofía, la antigua catedral de Constantinopla, una maravilla para los sentidos.*

*Descubrir entre la selva tropical las ruinas mayas de Tikal, haber ingresado por la gran puerta de la Ciudad Prohibida en Beijing, buscar glaciares saliendo desde Anchorage, en Alaska, o desde Queenstown, en Nueva Zelanda; estar al frente de la imponente imagen de Angkor Wat, recorrer las terrazas de arroz en Bali, o confundirnos entre los paisanos que salían a un recorrido dominical en Samarcanda, esa ciudad de leyenda, de construcciones asombrosas, poblada de gente amable y curiosa. Las caminatas buscando moais en Isla de Pascua. La terraza del hotel en Cartagena de Indias, con su pequeña y refrescante piscina. La admiración ante los vitrales de la Mezquita Rosa de Shiraz, esa ciudad de Irán que parece un museo al aire libre, con sus construcciones tan especiales, la majestuosidad de la Alhambra, que pinta de rojo el recuerdo de Granada.*



*Tantas maravillas que han visto nuestros ojos, tantas anécdotas vividas en sitios lejanos, pero también toda nuestra vida en casa, con nuestras situaciones cotidianas, nuestras risas y algún que otro llanto compartido, sentimientos que merecen la pena ser revividos en nuestra memoria. Pero nada puede compararse con tus ojos tan expresivos, con el semblante tranquilo a la hora de dormir en nuestra cama.*

*Escribir, leer, recordar, de eso se trata la vida. Bendecidos los que pueden escribir y leer sin la amenaza del olvido. Le doy un beso a Patricia y le deseo buenas noches.*

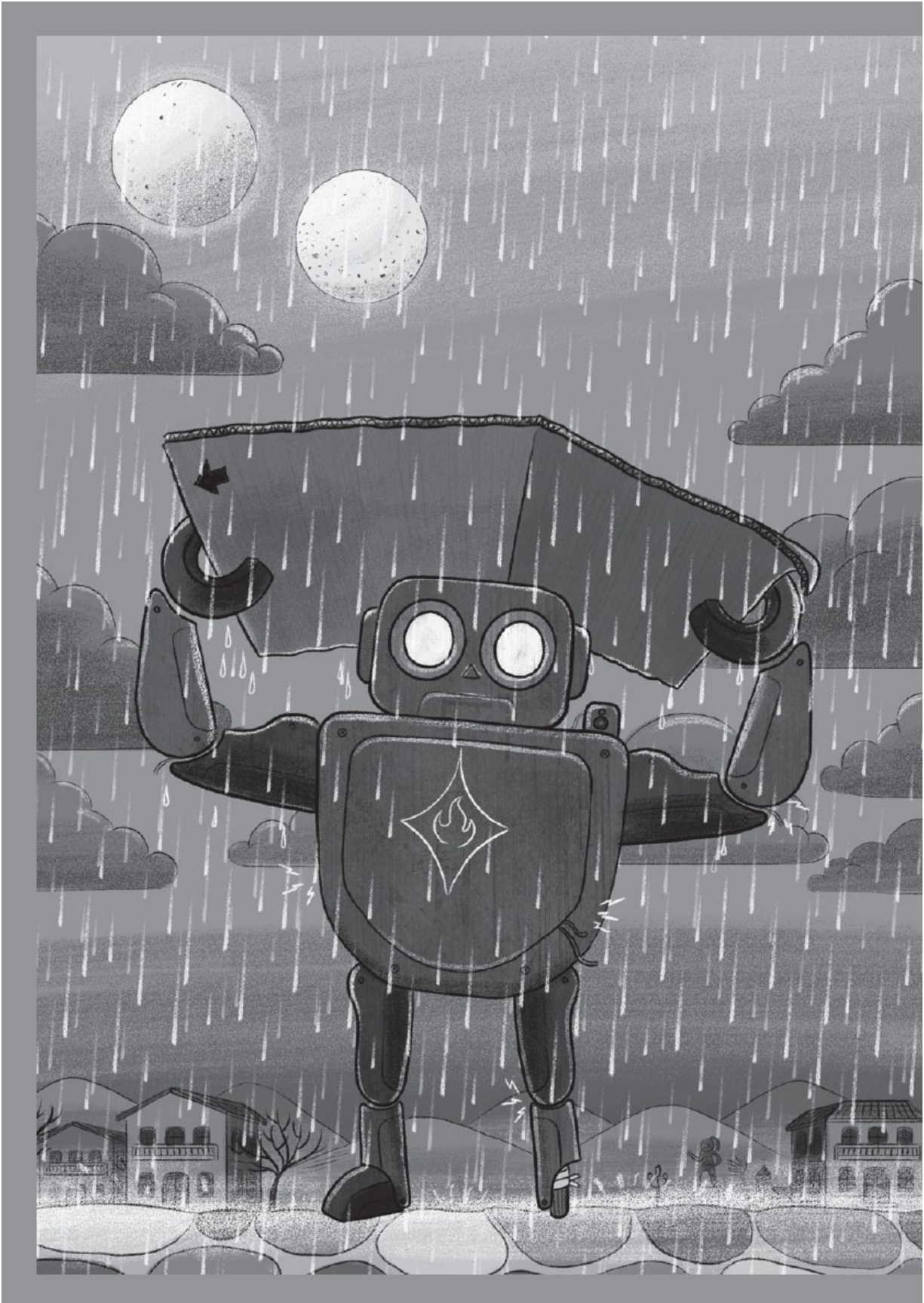
*—Descansa, mi cielo, te amo. Siempre te recordaré.*



**RED**

Por  
**Ness & Javer**





---

## I

La lluvia cae de forma torrencial sobre la plaza de la aldea, pareciera que las gárgolas, ubicadas alrededor del monumento del conquistador, lloraran sin cesar. Las escasas luces, al fondo de la calle que lleva al mercado, titilan con poca fuerza. A mitad de esa arcaica calle esta Red, un pequeño robot negro y rojo, que se cubre de la lluvia con un pedazo de cartón a punto de deshacerse.

Red es un robot dedicado a la enseñanza y cuidado de los niños con discapacidades visuales, fue creado por el laboratorio TERRA, donde generan y monitorean toda la tecnología del planeta. Red se levanta y cojea. Le falta una pieza en su pie derecho. Sus uniones rechinan a cada paso que da. El logo que lleva en su pecho representa a TERRA: es una estrella de cuatro picos con una llama en el centro. Está borroso por el óxido.

Se acerca lentamente al monumento del conquistador: un anciano sonriente de dos metros forrado con una armadura de bronce. Empuña la bandera de la unión espacial. Red lo observa inmóvil a través de las dos pantallas led circulares recubiertas por un vidrio especial que le sirven de ojos. Escucha a lo lejos los gritos de un niño.

—¡Vete, niña! Esto no es la beneficencia.

El niño, de contextura gruesa, azota la puerta del orfanato del pueblo. Al frente está una niña de doce años que rueda por la escalera y cae a la calle en medio de la lluvia luego del golpe de la puerta. La niña intenta levantarse. Red gira su rostro y camina tan rápido como puede hasta donde está la pequeña. Al llegar le extiende su mano robótica.

—Rojo, gracias, tú siempre me ayudas.

La niña se pone de pie y acaricia la cabeza del robot.

—¿Te rompiste algo? —le pregunta Red con su voz cibernética.

—No.

—Antonia, sabes que no debes salir sin tu bastón.

Red activa con unos golpes un miniscaner vital que lleva en su hombro para revisar el cuerpo de Antonia, quien lleva una ruana café sobre los hombros, usa un vestido azul y calza unas botas de caucho. Ella sonríe mientras escucha al pequeño robot.

—Tú eres mi bastón desde que tengo memoria. Mejor presta más atención o tendré que desconectarte.

—Veo que no tienes nada roto. Tus huesos siguen fuertes, a pesar de tu edad, aunque tus pulmones no tanto. Mejor vayamos para la casa.

—¡Me estás diciendo vieja! Rojo, pedazo de hojalata, no te pases de listo. Tú eres el viejo y oxidado acá.

Antonia hace una mueca de disgusto y da una palmada en la cabeza del robot, este abre una pequeña compuerta que tiene en su pecho y saca una bolsa plástica que le entrega a la niña para que se la ponga en la cabeza.

Red toma la mano de Antonia y la ayuda a caminar por la antigua calle. Se alejan bajo la lluvia, que poco a poco va mermando. Una pequeña casa de madera se alza a la mitad de una carretera desolada. Dos troncos distanciados uno del otro por dos metros hacen las veces de portón principal. Un gnomo de jardín descolorido adorna la entrada. Antonia pasa y se cambia. Ahora lleva un vestido de flores y calza unas cotizas. Se sienta en una mecedora y lee, con sus manos, un libro sobre la unión espacial.

—Red, ¿sabes que existe una nave capaz de viajar a la velocidad de la luz? Imagínate que pudiésemos ser así de veloces. Podríamos ir hasta donde está papá.

Antonia levanta sus manos del libro, las apoya contra su pecho y deja escapar un suspiro. Red se acerca con una taza de té y la pone en las manos de Antonia.

## II

Las dos lunas del planeta iluminan una quebrada a pocos metros de la casa de Antonia, donde está el basurero de la aldea. Red está buscando la pieza faltante de su pierna en uno de esos montones de escombros. Al correr una lata metálica, rueda hasta él un artefacto con forma de gafas. Se detiene, levanta el dispositivo y lo mira detenidamente. Lee una inscripción en la parte superior del aparato: NEW EYES.

Se rasca su cabeza de metal y deja escapar una pequeña risa cibernética. Encuentra un pedazo de tela y limpia el artefacto. Luego sale corriendo del basurero y grita con alegría.

—¡Antonia! ¡Antonia! Sal un momento.

Antonia se levanta de su mecedora, coge el bastón y camina hasta la puerta de su casa.

—Ahora qué cable se le quemaría a este viejo robot.

La niña avanza hasta los dos troncos y se aferra a uno de ellos. Ahí está Red, ansioso.

—Antonia, estira tu mano. Encontré algo que te va a gustar mucho.

—No me digas que otra rata. Si es eso te freiré cada una de tus tuercas.

—Estira la mano, no seas terca.

Al sentir la superficie fría del artefacto, Antonia arruga el ceño. Suelta el bastón y sostiene el aparato con sus dos manos.

—Rojo, ¿qué es esto? No me digas que es una pierna nueva.

—No, es una cámara fotográfica NEW EYES, una máquina hecha por el laboratorio que me creó para tomar fotos instantáneas, pero las imprime en braille.

El rostro de Antonia se sonroja, una pequeña lágrima se escapa de uno de sus ojos.

—Hojalata, ¿es decir: que con esto puedo saber qué es lo que está a mí alrededor, verdad?

—Sí, Antonia, con esto puedes ver todo. Y si encontramos un sistema visual similar al mío podrás volver a ver.

Antonia cae arrodillada en el suelo, su llanto de alegría lava las manchas de polvo en sus cachetes. Red se acerca a su propietaria y le pone una de sus manos en la espalda, pero Antonia se abalanza sobre él, lo abraza y caen al suelo.

—Red, ¡muchas gracias! Te quiero, hojalata, eres el mejor cuidador del mundo.

Los dos quedan tendidos en el suelo bajo la luz de las dos lunas.

### III

El cielo está nublado, la lluvia caerá dentro de poco. El planeta sufre una crisis severa luego del calentamiento global, que arrasó con la mitad de la población. Los inviernos traen lluvias desastrosas y los veranos llegan con incendios y sequías intensas.

Antonia está sentada en un pequeño banco, viste un *jean* gastado y una camiseta blanca, está abrigada con su ruana. Sostiene la cámara fotográfica. Ya pasaron varios días desde que Red la encontró. Ella dura horas tomando fotos frente a su casa, mientras aprecia con sus manos todo su entorno. Sabe que el papel que usa la cámara es escaso y no debe malgastarlo. Red se le acerca. Trae consigo un libro de aventuras del espacio. Se sienta y estira su mano.

—¿Me podrías leer este libro, por favor?



Antonia palpa el libro, pero lo deja en el suelo, sin prestar atención. Se levanta del banco, toma su bastón y camina hacia la casa. Red la ve irse mientras la brisa levanta el polvo del piso. Agacha su rostro y lanza el libro lejos de él.

El sonido de un relámpago rompe el cielo, la lluvia empieza a caer con fuerza, las hojas del libro se deshacen, se mezclan con el barro. Red vuelve a correr, cojeando, hacia donde está Antonia, justo en la entrada. La lluvia es cada vez más fuerte, los destellos de los rayos iluminan el paisaje. El robot saca una bolsa de su pecho y se la alcanza a la niña. Ella se cubre. Da dos pasos y escucha un estruendo.

—Red, ¿qué fue ese sonido? ¿La casa está bien?

Su hogar, hecho de tejas y cartón, acaba de derrumbarse.

—Antonia, no podemos quedarnos, vámonos a la aldea.

El viento sopla y le vuela el plástico. Red la jala de un brazo. En la aldea las luces están apagadas. La lluvia ha mermado un poco, pero la antigua calle es ahora un pequeño riachuelo. Ambos caminan cerca del monumento del conquistador. Avanzan en dirección al orfanato. Antonia tose muy seguido. Red le ayuda a subir la escalera de la entrada, golpea por varios minutos, pero nadie abre. Antonia, cansada, se sienta en uno de los escalones mientras Red sigue golpeando. Ella saca la cámara, que guardaba bajo su ruana, y toma una foto de la plaza.

—Rojo, en serio, esta plaza es muy fea, pensé que tendría mejores cosas, esas gárgolas son espantosas.

Red la mira y frunce el ceño, hecho con dos láminas metálicas. Golpea de nuevo y el mismo niño que hace unas semanas había atendido a Antonia abre la puerta, observa con desprecio al robot y a la niña.

—Ciega, ya le dije que esta no es la beneficencia, y menos la chatarrería para que venga con este amasijo de cables y tornillos. Lárguese.

—Alex, por favor, déjame entrar. Será solo por unos días.

—¡No! Usted es una ilusa si piensa que una ciega podrá quedarse acá.

Alex la empuja sin motivos y Antonia vuela por encima de los escalones. Al caer, en el lodo de la entrada, suelta su cámara y esta se estrella contra el piso. Red corre a levantar a la niña, quien sangra por uno de sus codos.

—Rojo, mi cámara, ¿dónde está? No la puedo perder —dice Antonia llorando.

El niño baja por la escalera. Su cuerpo, robusto, se mece en cada paso. Empuja a Red con su hombro, aunque no logra mover al robot ni un centímetro. Se acerca a la cámara, que yace en el suelo, la levanta y se burla de Antonia.

—Cieguita, ¿buscas esto?

—Niño, por favor, eso es vital para ella —dice Red.

—Pedazo de lata, no te metas en lo que no te importa. ¿Qué eres, su perro guía?

Red da un paso al frente con rabia, sus cables echan chis-pas, pero la mano llena de sangre de Antonia lo detiene. El robot devuelve la mirada a su protegida, quien mueve su cabeza indicando que no lo haga. Alex sigue inspeccionando la cámara.

—Niño, dámela. Tú no la necesitas.

—Es mía. ¡Esa ciega es una bruta y esto no sirve para nada!

Alex lanza la cámara con toda su fuerza. Esta rebota y se rompe, se le desprende el cuerpo. El niño da un bufido y se ríe despectivamente de Antonia, quien sigue arrodillada junto a su robot. Alex, de una patada, manda los dos lentes de la cámara hacia la niña.

—Ahh, mira cómo quedó tu amado aparato... igual de inservible que tú.

Antonia los palpa, aún tienen una parte de la cámara.

—Alex, nunca te he hecho mal, ¿por qué lo hiciste? Solo con esto podía mirar, ahora vuelvo a las tinieblas.

El niño la observa por unos segundos y regresa al orfanato.

#### IV

La lluvia incesante se convierte en una suave llovizna, el agua sigue corriendo por el medio de la calle, en la mitad están arrodillados Antonia y Red, uno frente al otro.

—Rojo, ya no puedo ver. Quería verte y saber cómo eras. Nunca pude tomarte una foto.

—Antonia, perdóname, nunca pude protegerte como debía, tuve que haberlo golpeado.

—¡No! No quiero que seas violento, eres mi robot y sabes que no me gusta la violencia.

Red agacha su cabeza, observa las manos con la sangre de Antonia y los lentes que quedaron de la cámara.

—Antonia, hay una posibilidad para que puedas ver.

—¿Cuál? ¿Volviendo a nacer sin esta maldición?

Red estira una de sus manos, eleva el rostro de Antonia, le seca las lágrimas y le acomoda el pelo.

—Retransmisión. Noviembre 26, año 3112: Antonia eres la luz de mis ojos, la vida que me dio el universo, la estrella más brillante del cosmos, has sido negada de la vista, pero con tu corazón puedes ver lo más importante: el alma, el espíritu de las personas. Nunca lo olvides, mi pequeña guerrera. Quien te ama, tu papá.

Antonia lleva una de sus manos a la boca de Red, quien retransmitió el mensaje de su padre. Con su otra mano le oprime el pecho con fuerza. Red le retira la mano a Antonia con suavidad, levanta del piso los lentes de la cámara y dirige la mirada a su protegida.

—Tu padre tenía razón, ves el espíritu de los demás con tu corazón, ya sean de carne o de metal. Ahora es momento de que puedas ver el mundo con tus ojos. Nunca lo olvides. ¡Templo de acero, corazón de fuego!

—Rojo, ¿qué estás diciendo?

Red retira los vidrios rotos de los lentes de la cámara, dedica una última mirada a Antonia, quien no para de pedirle que le explique lo que dijo, vuelve su mirada a los lentes, retira sus dos vidrios que le permiten mirar, los coloca en los lentes, que ahora tienen el aspecto de unas gafas, retira su escáner vital, lo sitúa encima de los lentes, activa su batería de reserva de diez segundos, retira el mini reactor ubicado en su pecho debajo del logo del laboratorio y lo conecta a las gafas que realizó con los lentes de la cámara.

—Póntelas y ve el mundo.

Con sus últimas reservas de energía, le pone las gafas sobre las manos a Antonia, a quien juró proteger desde su nacimiento y hasta el final de su vida.

—Rojo, Rojo, ¿dónde estás? ¡Contesta, maldito robot!

Antonia palpa las gafas, se las pone y abre sus ojos, observa un pequeño robot negro y rojo, no más alto que un niño de diez años, con cuerpo de metal y un logo desgastado en su pecho, está tieso y tiene las manos estiradas hacia ella. Sus ojos están cerrados y una sonrisa amplia le adorna el rostro. Antonia vuelve a llorar. Estira una de sus manos, con la que acaricia los dedos del robot.

—Gracias, Red.

# CAZADO- RES DE BÓLIDOS

Por  
**Jaime Rebolledo**





---

## I

La tarde estaba despejada, y a pesar de los anuncios y una altísima humedad, el servicio meteorológico había fallado de nuevo. El día había permanecido sin lluvia.

Elías repasaba un libro digital en la proyección de su equipo portátil, el cual tenía un visor holográfico que le permitía usar de pantalla cualquier pared decente. Y era mejor para la vista que tener sus ojos fijos en una pantalla.

Las lecturas que el profesor le “obsequiaba” eran ladrillos, lastres, compendios de ecuaciones y una teoría que parecía oscura. Sin embargo, eran los pilares de su entrenamiento especializado, cuando comprendía era como si un área de su cerebro se reconfigurara, como si lograra llenar un espacio vacío.

Las matemáticas conformaban la piedra angular de este entramado de conocimiento en el que se había visto inmerso tras vencer en las recientes olimpiadas matemáticas de su ciudad, Cali. Las matemáticas eran sus amigas, y los números fluían en su mente con armonía.

De entre sus otros amigos, los de carne y hueso, Alejandro apareció repentinamente llevando su almuerzo recién calentado en la estufita solar con la que siempre andaba. Era un chico brillante, sus sentidos eran particularmente agudos, razón por la cual no se comía un almuerzo frío “ni a bala” y siempre recorría con su nariz las moléculas liberadas por los alimentos a punto de deglutir.

—¿Querés? —le preguntó a su viejo amigo Elías.

—Comé fresco, que yo estoy devorando este pedazo de monolito, y ya estoy que me indigesto...

En esas estaban cuando Juan apareció. Parecía afanado, el rostro algo descompuesto.



## II

Su tez trigueña estaba un tanto palidecida, quizá por la falta de sol, quizá por el afán en relatar lo que sabía.

—Muchachos, el profesor quiere hablar con nosotros.

—¿Y sabés de qué se trata?

—Sí, claro.

Juan era el estudiante más avanzado de los módulos de geología y física cuántica. Es como si los siglos de teorías cupieran fácilmente en el cajón de su capacidad intelectual. Por eso era la mano derecha del profesor. Así como la izquierda, y sus dos pies.

—¿Y se ha movido mucho el profesor? —preguntó Elías.

Todos rieron.

## III

El profesor estaba en el observatorio. Era una persona cuadripléjica, pero con capacidades plenas. Sus propuestas pedagógicas para difundir aspectos de la ciencia en la creciente escena del país habían trascendido fronteras. Era de los pocos científicos de su campo con infraestructura propia, capaz de dar sus conferencias virtuales en tres idiomas.

Contaba con un observatorio en el lugar más alejado del centro del campus universitario, al cual solo se podía acceder tras un recorrido de quince minutos. Obligaba a las directivas a que ordenaran el apagado de todas las luces cercanas al menos trescientos días al año para hacer del observatorio un lugar tan adecuado como fuera posible para la observación del firmamento.

Los chicos irrumpieron en su oficina, y él se alegró de verlos. Tenía planes que los involucraban.

—Muchachos, me encanta recibirlos.

—Profesor, el gusto es nuestro.

No quería preámbulos.

—Ustedes son estudiantes excepcionales, y creo que algo habrán escuchado en los pasillos sobre un grupo de investigación secreto, del cual solo quizá Juan sepa cosas concretas: “Los cazadores de bólidos”.

Los chicos enmudecieron. Juan sabía de antemano que hace doce años había un grupo de estudiantes que acompañó al profesor en salidas al desierto de la Tatacoa, cuando encontraron ese campo de meteoritos cargados de metales extraños que fomentaron no solo el crecimiento industrial de su país, sino el aumento sin precedentes en la investigación espacial.

Inicialmente se habían enganchado con el fenómeno de la luna roja, pero la sed de conocimiento, la curiosidad y la fascinación por el universo los agarraron por el cuello y reformularon el curso de sus vidas.

De los dos chicos que conformaron aquel equipo, uno trabajaba actualmente en proyectos de uso de materiales de la agencia espacial china, el otro laboraba para una corporación de minería en Chile. Trabajaban en lo que querían, seguramente en sus ratos libres seguirían con exploraciones personales.

Respecto a Juan, Elías y Alejandro, quienes aún no cumplían los dieciocho años, ya sabían lo que querían de la vida.

—Por eso les extiendo la invitación a formar parte de este grupo...

—Sí, señor —dijeron los tres al unísono, sin siquiera escuchar la propuesta.

#### IV

Y hubiera sido buena idea escuchar lo que el profesor tenía para decir, pues formar parte del grupo básicamente requería un montón de lectura, rellenar papeles, hacer presencia en turnos para cubrir de mejor forma el observatorio. Los chicos comenzaron a trabajar en horas nocturnas, por fortuna ninguno vivía muy lejos del campus.

Así pasaron meses. En una de las jornadas, Elías estaba de turno, y si bien era de madrugada tenía los ojos bien abiertos, contemplando el cielo a través del ventanal, mientras el telescopio hacía una inspección automatizada en una de las constelaciones más llamativas, Escorpio. El sol estaba ubicado a  $-13^\circ$ , y el cielo se encontraba parcialmente despejado.

En ese preciso momento cruzó el firmamento un bólido enorme, en una trayectoria casi horizontal. Él se paró rápidamente, y se quedó congelado ante la escena que parecía sacada de un cómic de ciencia ficción.

—Es increíble lo que vi... —le relataba por celular al profesor.

—¿Estás seguro?

—Yo esperaba observar objetos celestes usando el telescopio, no esperaba ver meteoritos enormes pasando por la ventana...

—Ve a dormir. Hoy en la tarde saldremos a dar un paseo, y como en los viejos tiempos, trataremos de dar con este ejemplar llegado del espacio.

El profesor pensó de inmediato que tendría que usar la cápsula andante que le habían mandado los alemanes.

## V

Habían emprendido un camino por tierra hasta el punto más alto del río Pance. A partir de cierto punto, debieron continuar el camino a pie.

Los tres chicos “ensamblaron” al profesor en un armatoste sofisticado. De repente contaba con cuatro extremidades animales. Los dos brazos servían para agarrar distintos tipos de objetos, aunque no eran aptos para ejercicios

de motricidad fina, mientras las patas eran largas y resistentes, aptas para salvar cualquier camino, por escarpado o irregular que pudiera ser. La cápsula era controlada por las ondas cerebrales del profesor.

La mañana se convirtió en tarde. El grupo tenía pistas concretas del avistamiento, además del testimonio de Elías. Juan había encontrado algunas menciones en foros y reportes de una explosión en la zona, así como relatos de observadores de una bola de fuego; por su parte, Alejandro había revisado algunos instrumentos en el momento y la hora señalados por Elías, y había accedido específicamente a uno de los sensores satelitales usados en la detección de rayos y asteroides, logrando hallar una foto cenital del presunto asteroide.

Pasadas algunas horas, y luego de una parada estratégica para recargar energías y beber y comer un poco, el grupo emprendió el tortuoso camino en ascenso por una montaña cercana a Pico de Loro.

## VI

El profesor iba transportado por esa especie de huevo con patas, las cuales a su vez parecían de un avestruz metalizado, con luces de colores por todos lados, muy notorias en la noche, con una serie de reflectores pequeños pero poderosos. Si bien el profesor era un anciano de la quinta edad, pues tranquilamente sobrepasaba los 130 años, mantenía su vigor, su lucidez y su curiosidad intactas. Su huevito andante estaba sellado completamente, pero poseía una panorámica de 270° gracias a que el vidrio tenía una microaleación de paladio.

La neblina se hacía pesada en el bosque húmedo. Los cuatro caminantes recibían un rocío sutil, refrescante, e incluso revitalizante pues, hasta cierto punto, decrecía el ánimo ante el esfuerzo físico inusual. Solo el profesor andaba medio reído.

—La materia oscura —les decía a los tres jóvenes, mientras hurgaban en una zona bastante más boscosa— compone la mayor parte de lo que existe,

así sea invisible. Lo que me recuerda que aquí lo que más existe son zancudos.

Hubo risas entre la muchachada. Mientras caía la noche, cada uno esgrimió su instrumento de iluminación: Elías tenía una linterna de banda en la frente, Alejandro llevaba una especie de reloj que proyectaba una luz intensa, Juan llevaba una luz adherida a su gorra. El profesor tenía una discoteca en su cápsula. Ya en este punto, el grupo avanzaba con cierta pesadez.

—Pero no nos podemos dejar ganar, lo digo porque quizás alguien más está en una búsqueda quijotesca como la nuestra. Es posible que nos estén siguiendo, y todos sabemos la importancia de lo que buscamos.

## VII

Hicieron una fogata y desempacaron las carpas autodesplegables. Aunque apenas Alejandro presionó el botón las carpas ya estaban montadas, aún debían aferrarlas a cuatro puntos de superficie sólida. Los tres chicos se pusieron a la tarea. De repente Juan lanzó un grito al aire, que incluso pareció alterar a algunos murciélagos cercanos. Elías volteó rápido y se dirigió veloz en su ayuda.

Encontró a Juan sangrando de una mano, quejándose de dolor, pero en buen estado general. Juan lo tranquilizó y le dijo que al obviar el uso de guantes, casi se arranca un dedo con una de las tiras súper tensas que se disparó cuando estaba ajustándola a su base, pero que estaba bien. La cosa no pasó a mayores.

Mientras tanto el profesor hacía cálculos en una súper computadora incorporada en su nicho, básicamente analizando y recalculando la trayectoria, ahora que se suponía que estaban tan cerca.

—El ángulo trazado fue inusual, la trayectoria particularmente horizontal. Este tipo de bólido no es normal, y ese es el interés mayor en que seamos nosotros quienes primero demos con él...

Juan tomó el botiquín y emprendió el camino al riachuelo, orientado en parte por su oído, pero mucho más por su sentido de ubicación. Cuando Juan se estaba lavando, a unos treinta metros del campamento, alguien le pegó un golpe en el costado de su tórax.

## VIII

Juan estaba frente a Julio, ahí, a kilómetros de la civilización, en un paraje remoto insertado en las montañas boscosas. No lo podía creer.

—Hola, primo.

—¿Vos qué hacés acá, Julio? ¿Estás loco? ¿Le dijiste a mi tío?

—Te puse un rastreador y te seguí. No, no. Me volé.

Señaló la chaqueta que llevaba Juan, e incluso se acercó y haló un cierre específico. Juan metió la mano al bolsillo y extrajo un pequeño objeto plano y redondeado, que tenía un tipo de velcro en uno de sus costados, forma en la cual se adhería a la ropa.

—¿Cómo hiciste para llegar hasta acá?

—Cogí un Uber... ¿Y qué te pasó, primo? Te escuché gritar y por eso arrimé.

—¿No ves cómo estoy? Casi me tiro la salida de campo.

—¿Necesitás ayuda?

—Ya que estás acá, ¿sabés si alguien más está en la zona haciendo algo inusual?

—Yo vi a unas peladas que andaban con unas maletas grandísimas, pero ni idea.

—Quién sabe quiénes serán y si tendrán relación con esto...

Luego del susto, regresó con su primo al campamento recién instalado.

## IX

Una vez presentado, con sus zapatos inadecuados y una actitud menos rigurosa, Julio se unió al equipo, a pesar de que solo tenía nueve años... El peligro de la misión era ponderable, y si bien ya no era una zona de guerra, y asimismo grandes especies mamíferas se habían extinto o relegado, incluso en zonas protegidas como esta, cualquier cazador de bólidos con intenciones más mundanas estaría dispuesto a lastimar a quien fuera con tal de apoderarse de la roca.

Ellos solo eran geólogos espaciales y pertenecían a la red internacional de recolectores interestelares, cuya función de recuperar piezas recién caídas del firmamento era bien ponderada entre la comunidad científica, así como recompensada de manera adecuada, permitiendo vivir una vida de observación, lectura, exploración e investigación científica.

Desde adolescentes, Elías, Juan y Alejandro habían hallado su vocación, pero aún estaban persiguiendo sus primeros logros. El profesor les advirtió sobre la posibilidad de pasar la noche y quizá no tener inconvenientes, pero arriesgándose a que otro grupo más ágil se llevara el botín:

—Este bólido, de acuerdo a su trayectoria y color de incandescencia, es una pieza de un porcentaje alto de hierro y níquel, y normalmente eso indica la presencia de otros metales preciosos, como el oro, el platino y el cobre.

Apenas Juan les contó sobre las jóvenes con grandes maletas que Julio había visto, deshicieron en minutos el campamento y reemprendieron el viaje.

## X

Avanzaron en silencio en medio de las faldas montañosas y húmedas, mientras se adentraban más y más en una espesura salvaje. El GPS señalaba que estaban en un rango de mil metros cuadrados del objeto venido del

cielo. Activaron el detector de metales y el magnetómetro. Caminaron una hora, orientados por el campo magnético, hasta que el detector de metales empezó a sonar de manera constante. El profesor interrumpió el momento con una anotación en voz alta:

—Es todo muy extraño, muchachos, así como emocionante.

Alejandro le pidió un poco de silencio al profesor de forma respetuosa, pues creía sentir sonidos ajenos a los del grupo. La brújula en su bolsillo tenía un comportamiento hipercinético. De repente se toparon con un claro, en el que se veía un cráter considerable, humeante. Antes de aproximarse, Alejandro comprobó lo que sospechaba.

No estaban solos.

## XI

El grupo del profesor y los cuatro jóvenes se topó con dos chicas. Cada una cargaba una maleta como de alpinista, pero que en realidad era un sofisticado aparato de vuelo personal conocido como jet propulsor.

—¡Hola, muchachos!

—¿Y tú quién eres? ¿Ustedes dos qué hacen aquí? —preguntó Elías.

—Somos astrobiólogas. Este quizá sea nuestro santo grial —comentó la otra.

Estaban boquiabiertos, aunque era bastante claro cómo habían dado con el lugar antes que ellos: usando jets propulsores, y siguiendo la pista del grupo hasta dar con la zona roja de impacto, simplemente tomaron la ventaja al instante que los chicos y el profesor se detuvieron para armar el campamento. Pasaron sobre sus cabezas, avistaron el lugar y aterrizaron.

De acuerdo a la primera ley de la red internacional de recolectores interestelares, quien primero llega a un sitio de impacto, tiene derechos



primarios sobre la roca. Pero la noticia no era mala, al contrario. Solo había sido “impactante”.

—Es un alivio que sean científicas y no oportunistas. Eso sí, tendrán que trabajar después de nosotros. A nuestro equipo le interesa la composición química, física y molecular de esta maravillosa roca que tuvimos... —decía el profesor, hasta que una de ellas, que tenía el rostro no solo enrojecido sino visiblemente alterado, lo interrumpió.

—Señor, esta no es una roca normal.

## XII

El grupo de jóvenes geólogos observaba a las chicas, el profesor miraba cómo la noche estrellada se derramaba mientras la brújula del bolsillo de Alejandro giraba enloquecida. Las chicas no querían acercarse al agujero en el suelo.

—Es imposible...

El escéptico ángulo desde el cual el profesor oteaba el mundo se desbarrancó cuando su mirada se concentró en el agujero. Ya Alejandro miraba en esa dirección, y se limitaba a señalar con su linterna de pulsera, impávido: del cráter todavía humeante emergía una mano langaruta...

# CUENTOS SALVAJES PARA NERDS

## **Miguel 2.0**

Jorge Alberto Hernández Vélez

## **Los exploradores**

Andrés Velásquez

## **Ruptura de la entropía**

Juan Manuel Pacheco

## **La singularidad que alguna vez fuimos**

Catalina Navas

## **Dentro del no-autómata**

James March

## **El viajero del tiempo y sus papayas maduras**

Jacug 2019

## **No apto para dinosaurófobicos**

Elisa de Cortázar

## **El Holter del terror**

Huver Alexis Quintero

## **Sonido blanco**

Li

## **La máquina contra el olvido**

Dixon Acosta Medellín

**RED**

Ness & Javer

**Cazadores de bólidos**

Jaime Rebolledo

**JURADOS DEL CONCURSO**

**Presidente**

Leo Felipe Campos

**Mesa Principal**

Tania Delgado

Natalia Suárez

Paula Marulanda

Cristiam Camilo Muñoz

**Jurados**

Christopher Tibble

Ángela Correa

David Rubio

Mónica Arana

Isaías Romero

Maritza Arango

David Ríos

María Estefany Barrera

Miguel Ángel Ramírez

Santiago Díaz

Luisa Aranda

Jhon Fredy Guecha

Esteban Parra

Santiago Gómez



Este libro reúne los mejores doce cuentos del **Primer Concurso de Relatos de Ficción Sobre Ciencia**, organizado por **Colciencias** y **Grupo Planeta**, en el cual participaron colombianos de diferentes regiones del país quienes buscaban contar, desde la ficción, cómo la condición humana está presente incluso en ámbitos que consideramos tan calculados, fríos y precisos como la ciencia y la tecnología.

Con esto, buscamos desmitificar, desde la voz y la pluma de escritores inéditos, el imaginario que ubica a la ciencia como un oficio aburrido, y demostrar que, en ella, al igual que en la ficción, se hace real y posible todo lo que permitan la imaginación y el ingenio humano.

**Cuentos salvajes para nerds** es el primer libro de la línea editorial **Polen**, en donde la ficción, la crónica y la ciencia se conjugan para contar historias y revelar que a la hora de crear no existen límites.

